Un extraño en mí corazón



Susy quería dejar su pueblo y comenzar una vida nueva, por eso aceptó el trabajo que Wolfe Vyner le ofreció como secretaria. Sabía que no podía desaprovechar una oportunidad como aquélla.

Cuando descubrió que estaba enamorada de su jefe, decidió no negarse al placer de ese amor. Se entregaría a Wolfe, sería su amante, haría cualquier cosa que él le pidiese con tal de permanecer a su lado… aunque estaba segura de que él no la amaba…



Anne Weale

Un extraño en mí corazón

Bianca - 170

ePub r1.0
jala 12.05.16

Título original: *Ecstasy*
Anne Weale, 1984
Traducción: Rosa Mª Méndez
Publicado original: Mills & Boon Romance (MB) - 2165 y en:
Harlequin Presents (HP) - 670

Editor digital: jala
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Poco después de tres horas de haber despegado de Nueva York, el avión aterrizó en Heathrow, Inglaterra.

El primero de los ochenta y dos pasajeros en salir del avión fue un hombre de pelo negro y ojos oscuros, quien despidió cortésmente a la azafata que le había servido el desayuno. El hombre alto, abandonó el aeropuerto con más rapidez que los demás pasajeros. Había cruzado el Atlántico sin equipaje, sólo con un maletín negro de piel que contenía los documentos que había estado revisando durante la última etapa del vuelo.

Había salido de Nueva York a las ocho y media de la mañana, pero, debido al cambio de horario, el chófer le dijo:

—Buenas tardes, señor Vyner.

El conductor le abrió la puerta del Rolls Royce negro y el hombre entró.

Vyner aprovechó el recorrido hacia el centro de Londres para dictar un memorándum en un pequeño magnetófono. Su destino era el Connaught, un selecto hotel que se encontraba en el centro de Mayfair, en donde, desde hacía años, se le reservaba una de las veintidós suites para su uso exclusivo. En Londres ésta era su casa. En Nueva York vivía en el Pierre; en París en el Plaza Athenée. Las condiciones en las que viajaba eran típicas de su lujoso estilo de vida.

Cuando llegó a su suite, decorada y amueblada a su gusto, Vyner encendió el televisor para oír las noticias.

No se oía el sonido de la imagen, había tres personas en la pantalla. Una de las mujeres era una comentarista que ya conocía.

Las otras eran desconocidas para él. La apariencia del hombre no era interesante, pero había algo en la joven que hizo que Vyner desistiera de cambiar de canal.

Parecía tener cerca de veinticinco años, su pelo rubio, recogido hacia atrás mostraba una frente amplia e inteligente, sus ojos eran grandes y grises. Si usaba maquillaje sólo se notaba en el lápiz de labios que delineaba su boca, una boca en completa armonía con el resto de su cara.

Aunque llevaba el pelo descubierto, parecía una monja cuya orden hubiera adoptado una vestimenta moderna. Notó los detalles: blusa blanca, traje gris, medias grises y zapatos negros formales, de tacón bajo.

Se sentaba como una monja, los pies juntos, la falda hasta las rodillas y las manos unidas suavemente sobre su regazo. Tenía una expresión serena y calmada, como una religiosa. Él observó que ponía toda su atención en lo que el hombre de edad madura le estaba diciendo a la comentarista.

En este punto, Vyner se percató de que algo le sucedía al sonido o que el aparato de televisión no funcionaba bien. Muy pronto descubrió que era lo último.

Mientras pedía por teléfono que reemplazaran el televisor, continuó observando a la joven vestida de gris, deseando poder escuchar lo que estaban comentando.

Ahora era el turno de ella para contestar a las preguntas de la entrevistadora. Sonrió una o dos veces, mientras lo hacía, tenía una expresión agradable y cuando una de las preguntas le hizo sonreír, sus adorables labios se abrieron, mostrando unos dientes perfectos.

Era imposible que una chica como ella pudiese tener vocación religiosa. Pero si no era una monja, ¿qué era? Y, ¿por qué aparecía en la televisión?

La respuesta estaba en todos los periódicos nacionales de Inglaterra, que había sobre una mesa, al otro lado de la habitación. Pero él no los vio hasta más tarde, después de haber terminado la entrevista. Cuando comenzó a leer los periódicos no sabía nada, ya que todavía no le habían llevado el nuevo aparato de televisión, y por lo tanto, no había podido oír lo que hablaban las tres personas que aparecían en pantalla.

En un hotel pequeño y antiguo, frecuentado por clérigos de

provincia y miembros del Instituto Femenino, Susy Walker apagó la televisión en la que Alix Johnson y ella habían estado viendo la entrevista grabada horas antes.

—No parecías nerviosa. ¿Te dieron una copa de ginebra antes para tranquilizarte? —preguntó Alix, quien llegó justo a tiempo para ver la parte del programa donde Susy surgió del anonimato al fugaz resplandor de la fama publicitaria.

—Me la ofrecieron, pero pensé que era mejor mantenerme sobria y calmada —dijo Susy—. En realidad no ha sido una prueba difícil. Ya imaginaba lo que me iban a preguntar y preparé mis respuestas de antemano. Bueno, ya hemos hablado bastante de mí. Quiero saber todo sobre ti. ¡Oh, Alix, es maravilloso verte! Quisiera que vinieras a casa con más frecuencia o escribieras más a menudo. Te echo de menos muchísimo.

Las dos eran amigas desde su infancia y se tenían un profundo afecto, aun cuando el destino había determinado que Susy permaneciera en una pequeña ciudad de Yorkshire, donde había nacido, y que la otra joven se marchara al sur para trabajar en uno de los famosos hospitales de enseñanza en Londres.

—Yo también te echo de menos —reconoció Alix—. Pero tú sabes cómo es esto; no me llevo bien con Gerald —el segundo esposo de su madre—, y las tarifas de los trenes siguen aumentando. Soy una pésima corresponsal, y dispongo de muy poco tiempo. Si pudiera escribir a máquina, todo sería más fácil, pues tardo una eternidad cuando escribo cartas a mano. ¿Por qué no vienes a Londres más a menudo? Tu sueldo es mejor que el mío. Tú sí puedes pagar el viaje y te conviene salir y conocer otras ciudades. No debes quedarte estancada en Brockthorpe, es una ciudad pequeña y aburrida. No sé cómo lo soportas.

—Ahora que papá se ha retirado y que puede cuidar de mamá, vendré con más frecuencia. De hecho, el señor Howard también piensa retirarse y estoy considerando cambiar de trabajo. Él piensa que sería un error que me quedase a trabajar para su sucesor. Cree que, si yo sé inglés y francés, debo buscar un puesto que me permita utilizar mis conocimientos.

—Tiene toda la razón —asintió Alix—. Estoy segura de que no progresarás mucho en el rústico North Riding, Susy. Quizá la entrevista de esta tarde por televisión te proporcione ofertas

interesantes de trabajo. Es una lástima que no hayas mencionado que buscabas otras posibilidades de empleo. Pienso que como la «secretaria británica más destacada», puedes escoger cualquier excelente trabajo.

Susy rió.

—No debes creer todo lo que lees en los periódicos, Alix. En realidad no soy la «secretaria británica más destacada». Ése es un título inventado por la prensa, que se le otorga a cualquiera y a quien premian con una medalla de oro. Este año había seiscientas candidatas para el diploma de secretaria particular, y más de cien de nosotras pasamos. Saqué las notas más altas, pero hubo muchas chicas que se aproximaron bastante. ¡Me estoy muriendo de hambre! Vamos a comer, ¿te parece bien? —dijo, cambiando de tema.

Alix era una experta que sabía dónde se comía bien y barato. Llevó a Susy a un restaurante italiano, donde pidieron dos exquisitas raciones de *tagliarini verdi,* una pasta verde hecha en el mismo restaurante por el propietario y su esposa, y de postre comieron helado, también especialidad de la casa.

Mientras comían, Alix hablaba acerca de su romance con un doctor llamado Mike. Ella deseaba casarse pero él no estaba muy decidido.

Mientras la escuchaba, Susy miraba su precioso pelo castaño y sus grandes ojos de color marrón claro, preguntándose la causa de esa indecisión.

¿Sería porque él disfrutaba ya de los privilegios del matrimonio pero sin ninguna de sus responsabilidades? Alix no vivía con él, mas se habían convertido en amantes casi desde el principio de su relación.

Susy sabía que la madre y el padrastro de su amiga, se escandalizarían si llegaran a enterarse de la cantidad de amantes que había tenido Alix. Su amiga no era una persona indiferente a todo, simplemente no creía en los antiguos cánones que habían regido la conducta de sus padres. Si un hombre le gustaba, no veía por qué no podía hacer el amor con él.

Susy, sin embargo, no tenía las ideas tan claras. Tenía su propia teoría, pero nunca la había llevado a la práctica. A los quince años se enamoró de un joven, que era su vecino. A los diecinueve,

virgen, se casó con él. Y a los veintiuno, enviudó.

Tardó mucho tiempo en recuperarse. Para entonces, todos los hombres jóvenes que pertenecían a su círculo habían abandonado Yorkshire o estaban casados. Hubiera podido marcharse de allí, pero debía cuidar de su madre que se encontraba casi inválida.

El resultado fue que, a los veinticuatro años, era aún una viuda cuya experiencia sobre el sexo se había limitado a ciertas relaciones, no demasiado íntimas, con el hombre que se había casado, y a algún desagradable encuentro con ese tipo de hombres que creen que todas las viudas caen en los brazos de cualquiera con tal de pasar un momento lleno de placer.

—Quizá debieras evitar a Mike por un tiempo, Alix —sugirió—. Si lo haces, tal vez se dé cuenta de lo importante que eres para él.

—O será lo contrario y verá que le intereso muy poco —contestó Alix, con una mueca amarga—. Él es demasiado guapo y además tiene mucho dinero, así que puede invitar a salir a cualquier mujer, con más facilidad que otros médicos jóvenes. Cuando empecé a salir con él, fuimos a todos los sitios lujosos, y todavía lo hacemos, aunque ya no con tanta frecuencia. Pero estoy segura de que si termino con él, aunque sea por un tiempo, en menos de cinco minutos ya estará acompañando a otras mujeres.

Como Susy no dijo nada, Alix prosiguió:

—Quizá pienses que él no me ama realmente; pero el problema es que yo sí le amo; y si puedo seguir manteniendo esta situación, quizá un día Mike sienta que lo nuestro debe formalizarse.

Para la manera de pensar de Susy, aquélla era una situación intolerable. Pero hacía tiempo, Alix había pensado que ella debía estar loca para casarse con Chris, siendo tan joven.

No servía de nada aconsejar a los demás. Cada uno tenía sus propias opiniones, y si se equivocaban, vivían con sus errores o aprendían de ellos. Ella nunca sabría si su matrimonio hubiera sido un éxito o un fracaso.

—¿Piensas en Chris, no es así? —preguntó Alix, con gentileza.

Susy lo negó, estaba molesta por permitir que sus pensamientos se alejaran de los problemas de su amiga.

—Ya son tres años, Susy. Él no hubiera deseado que prosiguieras con tu pena. Ésa es otra razón para que te alejes de Brockthorpe. Nunca encontrarás a nadie interesante allí.

—Lo sé… y no me aflijo por Chris —dijo Susy con calma—. Él siempre está dentro de mi corazón, pero ahora estoy preparada para amar a alguien más.

—Sólo ten cuidado al enamorarte, eso es todo. Has vivido en tu casa todo el tiempo, recibiendo clases de idiomas por las tardes y estudiando para obtener tu diploma, y, posiblemente, debido a tu poca experiencia, cederías con facilidad ante el primer hombre atractivo que tratase de conquistarte —le previno Alix.

Su amiga sonrió mientras lo decía, pero en realidad no bromeaba. A pesar de que Susy era ahora miembro del Instituto Calificado de secretarias particulares, Alix sospechaba que emocionalmente era muy vulnerable.

Un hombre sin escrúpulos le haría mucho daño; y después de todo lo que había pasado, no soportaría otro trauma.

Cuando Susy regresó a su hotel, se sorprendió al recibir una nota que contenía un mensaje del interlocutor de la Cámara de Comercio e Industria de Londres. Este hombre había intervenido en la entrevista televisiva y le pedía que se comunicara por teléfono con él.

Él había estado en la entrevista por televisión para hacer un comentario sobre la historia del diploma ganado por la joven, y explicó también que las candidatas no sólo habían tenido que pasar la prueba de velocidad de taquigrafía y mecanografía, sino que tenían que entregar una conferencia firmada y ser entrevistadas por un jurado compuesto de acreditados hombres de negocios.

Preguntándose por qué querría que le telefoneara, Susy subió a su cuarto y marcó el número.

—Ah, señora Walker, buenas noches —dijo, cuando contestó el teléfono—. ¿Tenía razón al pensar que usted no saldría de Londres hasta pasado mañana?

—Sí, así es, señor Cooper. Mañana iré de compras, visitaré algunos sitios de interés, y por la noche asistiré al teatro.

—Ya veo. Bueno, la mayoría de las tiendas y lugares de interés no abren antes de las nueve y media o diez; así que no creo que un desayuno con el señor Vyner la haga cambiar de planes.

—¿Quién es el señor Vyner? —preguntó ella intrigada.

—En la ciudad de Londres y en Walls Street, el señor Vyner es uno de los hombres más destacados de nuestro tiempo —expresó el

señor Cooper—. En poco más de una década ha construido un imperio comercial que lo ha convertido en uno de los hombres más ricos de este lado del Atlántico.

—¡Dios mío! ¿Por qué quiere desayunar conmigo?

—Porque nos ha visto en la entrevista televisiva de hoy, y piensa que usted sería la persona adecuada para sustituir a su actual secretaria. Le gustaría que estuviera en su hotel a las ocho de la mañana. Quizá pueda llamarme por teléfono después de la entrevista para que me comente lo sucedido. Se hospeda en el hotel Connaught, que está bastante retirado del sitio donde usted se aloja. Necesitará coger un taxi. En el Connaught, a las ocho. ¿Quiere anotarlo?

—Ya lo he hecho —dijo Susy.

—Bien, sólo me resta desearle suerte, señora Walker. No olvide llamarme mañana. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó el auricular y estuvo mirando un buen rato la nota escrita que tenía en la mano.

Wolfe Vyner. Hotel Connaught. Ocho A. M.

¿Sería inglés o americano? Americano, lo más probable. Seguro, si fuera inglés y tan importante como había dicho el señor Cooper, ya habría oído hablar de él. El hecho de que se hospedara en un hotel apoyaba su conclusión.

* * *

A la mañana siguiente, veinte minutos antes de las ocho, Susy se encontraba en el lado sur de la calle Mount, contemplando la modesta fachada del hotel del señor Vyner.

Pasó una noche de insomnio y a las seis, decidió ir andando a la entrevista. La noche anterior, cuando preguntó a la recepcionista dónde estaba el hotel Connaught, ésta le proporcionó un mapa turístico. Mirando ese mapa, pudo conocer algunas calles: Regent, Bond, y pasear un poco en la plaza Berkeley.

A esa hora de la mañana, Londres estaba casi desierto. Disfrutó de la caminata con sus cómodas zapatillas, que iba a necesitar cuando fuera de compras más tarde.

Para la entrevista de prensa y de televisión, se había vestido como acostumbraba en la oficina. Hoy, excepto por el espeso pelo rubio, que llevaba recogido, su apariencia era más informal. Llevaba puesta una falda plisada de color beige y una blusa de cuello abierto.

Si al señor no le gustaba su aspecto, en realidad no le importaba; porque no deseaba trabajar en América. Estaba demasiado lejos de Brockthorpe. Sería mejor tratar de trabajar en Londres por un año y ver si le gustaba, antes de aventurarse a ir más lejos.

Sin embargo, ella iba a la entrevista; el señor Vyner no desperdiciaría horas de trabajo, y, si le ofrecía el puesto, sería una valiosa publicidad para el diploma y además una distinción no sólo para ella sino para todas las secretarias particulares calificadas.

Mientras cruzaba hacia el otro lado de la calle Mount, notó que un hombre alto, de pelo oscuro se dirigía hacia ella.

Sus zapatillas de deporte y la banda elástica en la cabeza indicaban que había estado corriendo en Hyde Park. Mientras él se aproximaba, Susy quedó impresionada al notar la flexible elasticidad que reflejaba en sus largos pasos.

Por la manera en que se movía, creyó que era más joven que ella; un hombre como de veinte años, lleno de energía y dinamismo, como había sido Chris.

Sin embargo, cuando le tuvo más cerca, notó que tenía más edad de la que aparentaba. Antes que él se acercara más y se diera cuenta de que ella le observaba, miró hacia otra parte, pretendiendo estar interesada en los edificios del otro lado de la calle.

Para su asombro, él le dijo.

—Buenos días, señora Walker. Soy Wolfe Vyner.

Susy casi se desmaya de la impresión. Primero, no esperaba que le hablara, y después no creía que fuera quien decía ser. No se asemejaba en nada a la imagen que ella tenía de un financiero americano.

—Creo que tendré la mano bastante sudorosa en este momento. Nos saludaremos cuando haya tomado una ducha. ¿Siempre llega tan temprano? —preguntó, con un ademán que la alentaba a seguir

caminando.

Susy recobró la compostura.

—No, no siempre. Pero no conozco Londres, y no sabía cuánto tiempo iba a tardar en llegar hasta aquí.

—¿En dónde se hospeda?

Estaba segura de que el nombre del hotel no le diría nada.

—Cerca del Museo Británico.

—Es una larga caminata desde Bloomsbury hasta aquí, pero usted usa zapatillas, me doy cuenta. ¿Acostumbra a caminar mucho?

—Los fines de semana, sí… bastante. Vivo en una ciudad excelente para eso.

Se notaba que él tenía muy buena retentiva. No le preguntó de dónde era, pero dijo:

—He volado sobre Yorkshire algunas veces, camino de Escocia, pero nunca he estado allí. ¿Ha vivido siempre en ese lugar?

—Toda mi vida. He ido dos veces de vacaciones a Francia, y es el único lugar que conozco. Aun el sur de Inglaterra es territorio nuevo para mí. ¿Usted ha viajado mucho, no es así?

—Yo viajo constantemente. Me agrada. Si permanezco demasiado en un lugar no puedo descansar —contestó él—. Me alegra saber que no acostumbra a llegar muy temprano a sus citas. Es perder el tiempo, lo mismo que si no se llega puntualmente. ¿Qué le gustaría desayunar?

—Oh… cualquier cosa… lo que usted vaya a pedir.

—Seguro que lo que yo pida no le va a gustar. ¿Qué le agradaría? —Por su tono de voz supo que quería una respuesta precisa.

Ligeramente molesta, mencionó lo primero que se le ocurrió.

—Zumo de naranja y huevos revueltos, por favor.

—¿Té o café?

—Café, por favor.

Para entonces ya habían llegado al hotel. Mientras atravesaban el vestíbulo, Wolfe Vyner saludó a dos miembros del personal. Le conocían por su nombre, lo que sugería que se hospedaba allí con regularidad.

Creyendo que desayunarían en público, Susy pensó que le haría esperar abajo, mientras él subía para ducharse y cambiarse de ropa.

Cuando Wolfe se dirigió hacia los ascensores, ella preguntó insegura:

—¿Le espero aquí?

Él la miró, sorprendido por la pregunta. De inmediato captó los pensamientos de ella y dijo:

—Arriba tengo una habitación.

Él rió irónicamente, mientras añadía:

—¿No le importa que desayunemos los dos solos, o sí, señora Walker?

Ella se ruborizó, consciente de su provincianismo.

—No del todo.

En ese momento la joven se percató de que el cuello y la cara de su interlocutor estaban cubiertos de sudor. En el limitado espacio del ascensor, podía aspirar el olor que exhalaba el cuerpo de un hombre después de un ejercicio agotador. La última vez que había estado cerca de un hombre, fue después de jugar un partido de tenis con Chris.

En la actualidad era muy extraño que alguna escena o sonido le trajera recuerdos súbitos del pasado. Pero ahora, en el ascensor, recordaba como si fuese ayer, una tarde calurosa de verano, cuando Chris y ella jugaron un partido de tenis en una cancha situada en la granja de los padres de él.

Eran muy jóvenes y nunca habían imaginado que…

Interrumpió con rapidez los recuerdos e intentó prestar atención al hombre que tenía a su lado, observándolo detenidamente.

La cinta elástica negra que llevaba en la frente, combinada con el color de la piel, y la estructura facial angular, le hizo pensar en los indios americanos.

No se dio cuenta de su acento americano hasta que habló por teléfono desde su habitación.

—Estaré con usted dentro de diez minutos. Siéntese, por favor —dijo, antes de dejarla sola.

Se sintió impresionada por la grande y lujosa estancia.

Su madre hubiera opinado que eran colores exagerados. Mary Campbell gustaba decorar con alfombras sencillas, fundas floreadas para los muebles y cortinas del mismo estilo. Susy, que la quería mucho, pero no compartía sus gustos decorativos. Esa estancia despertaba en ella un gran interés; le gustaba su decorado.

Pensaba en lo que costaría permanecer en un lugar así. Sobre sus pies había una gruesa alfombra de lana y las cortinas de lino pálido, que llegaban hasta el suelo, eran de la mejor calidad. Ese lugar parecía más un salón sofisticado que la habitación de un hotel.

Lo más sorprendente eran los cuadros que había sobre la pared; el más impresionante era, quizá, un hermoso desnudo, una mujer yacía sobre la cama, en una habitación, donde las persianas casi bajadas, permitían el paso de la brillante luz exterior, transformándola en un resplandor subacuático en el que sus lánguidos miembros se reflejaban con los mismos suaves tonos de la madera dorada y tallada de un espejo que colgaba en la otra pared.

Esa pintura no era la única representación de un cuerpo femenino. Había dos cuadros más de mujeres desnudas y también un par de esculturas, una de bronce y la otra en piedra. Le parecía un poco extraño encontrar cinco desnudos en la habitación de un hotel, pero suponía que habría sido un capricho del diseñador que había decorado la suite.

Después de observar las pinturas, Susy empezó a mirar los libros y se sorprendió de nuevo, le parecía un poco raro que en un hotel hubiese libros tan selectos.

Estaba hojeando uno sobre arte islámico, cuando oyó el sonido de una llave en la cerradura de la puerta por la parte de fuera. Momentos después, entró un camarero que traía un carrito de servicio.

Cuando la vio, dijo:

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

Susy le observó quitar un tiesto de porcelana de una mesa camilla, que estaba plegada. Él acercó la mesa hacia una de las ventanas, desplegándola, y cubrió la brillante caoba, primero con un fieltro acolchado, y después con un mantel blanco de Damasco.

Enseguida dispuso dos lugares, enchufó una cafetera eléctrica y colocó dos sillas a los lados de la mesa.

Hizo todo esto con tanta eficiencia, que en pocos minutos todo estaba preparado, sólo le quedaba algo que hacer: sacó un clavel rojo de un florero, secó el tallo y colocó la flor sobre la mesa.

Cuando el reloj daba las ocho en punto, se abrió una puerta en el interior de la suite y apareció Wolfe Vyner.

—Buenos días, Barnes. ¿Cómo está?

—No me puedo quejar, señor, gracias. ¿Cómo le va a usted?

—Muy bien, gracias —cogió el clavel de la mesa e introdujo el tallo en el ojal de la chaqueta de Vyner.

Vestía un traje de color gris oscuro, camisa rosa y corbata gris. Después de acomodar la flor, cruzó la estancia en dirección a Susy.

—Ahora sí podemos estrecharnos las manos, señora Walker —dijo mientras su mano se cerraba con firmeza sobre la de ella, Susy no sólo era consciente de que poseía una presencia física dinámica sino que también se había dado cuenta de que era un gran intelectual.

Presentía que ese hombre podría hacer con ella lo que quisiera. El jurado que examinó sus conocimientos generales y actitud hacia el trabajo no había sido tan intimidante como él. Reconocía que había confiado demasiado en sí misma al pensar que podía renunciar a su oferta de trabajo. Ahora le parecía que no estaba capacitada para ese empleo.

—¿A qué hora acostumbra a levantarse por las mañanas, señora Walker?

—En el invierno a las siete. En el verano me levanto más temprano.

Él le indicó su lugar, la joven le sonrió al camarero, que apartó la silla para que ella se sentase.

—Yo siempre me levanto a las seis. Si no hay suficiente luz como para salir a correr, trabajo en mi escritorio hasta que puedo salir —mientras el camarero desdoblaba la servilleta de ella, el señor Vyner hacía lo mismo con la suya—. No necesito dormir mucho tiempo. ¿Y usted? —preguntó.

—Yo acostumbro a dormir ocho horas.

Ella miró la enorme fuente de fruta, pedazos de durazno y naranja mezclados con cerezas, higos y relucientes ciruelas, a los cuales Vyner les agregaba una espesa crema.

—Después de verla en la habitación, leí varios artículos periodísticos, que me permitieron conocer algo más sobre usted. Pero hay uno o dos puntos que me gustaría que me explicase.

—Por supuesto, pero quiero señalarle que en la actualidad tengo un trabajo en el que me siento a gusto y me pagan bien. ¿Por qué piensa que quiero cambiarlo, señor Vyner?

—Quizá no deseaba hacerlo, ayer. Pero seguramente usted se merece algo mejor, y debe aceptar esta oferta si quiere obtener más dinero del que está ganando.

—¿Sabe cuánto gano? —preguntó, sorprendida.

—No, pero puedo imaginarlo —sugirió una cifra que se aproximaba bastante a la cantidad que ella ganaba.

—Sí… más o menos es eso —asintió ella, mientras se disponía a comer. ¿A qué se debe la renuncia de su actual secretaria, señor Vyner?

—Aunque no es una mujer joven ha decidido casarse —contestó él—. Pensaba retenerla en su puesto hasta que se retire. Sin embargo, a los cuarenta años, se ha enamorado de un viudo con tres hijos quinceañeros. Me imagino que se arrepentirá después de perder su libertad, pero no puedo persuadirla de que cambie de idea. ¿Cuánto tiempo hace que falleció su esposo?

—Tres años.

—Los periódicos dicen que no tiene intenciones de casarse de nuevo. ¿Es cierto?

—Sí, absolutamente cierto.

Él levantó los ojos del plato y la miró de manera afectuosa.

—Sin duda alguna se casará otra vez, aunque no lo haga ahora. Quiero aclararle que no le voy a pagar un salario excepcionalmente elevado por la jornada normal de nueve a cinco. Yo trabajo por lo menos el doble que mucha gente, y espero que mi personal haga lo mismo. No hay días libres ni horas libres. El trabajo le quitará mucho tiempo. Pero tendrá sus recompensas. Vivirá en los mismos hoteles que yo, siempre viajará en primera clase y muchos meses del año los pasará disfrutando del sol, ya sea en el Caribe o en el Pacífico.

Susy decidió no comentar nada al respecto. El trabajo parecía tan extraordinario que creía que estaba soñando. Por lo que a ella concernía, ese horario de trabajo tan arbitrario no suponía ningún problema. Quizá existían otras desventajas que no conocía en ese momento.

—¿En dónde vive cuando no viaja, señor Vyner? —preguntó.

—No tengo casa fija. En Londres, ésta es mi casa —dijo abarcando con su mirada toda la habitación—. Para mí, una casa es cualquier lugar donde pueda vivir con comodidad. No necesito ser

propietario de una casa, como la mayoría de la gente, aunque me gusta tener siempre algo que realmente me pertenezca, pinturas, libros y cosas por el estilo.

—Yo sé que usted trabaja en los dos lados del Atlántico pero no estoy segura de cuál es su nacionalidad.

—Pienso que soy un ciudadano del mundo, señora Walker. Es una lástima que no todos lo sean. Donde nacemos, o el país que aparece registrado en nuestro pasaporte, tiene muy poca importancia para la clase de gente que somos. Cuando se vuela, como lo hice ayer, a una altura en la que se aprecia la curvatura de la tierra y el cielo se mezcla con la oscuridad del espacio, uno se da cuenta de que la nacionalidad es un concepto arcaico, útil sólo para beneficio de los políticos y otras personas que buscan el poder. No deberían existir las fronteras, ninguna barrera entre un lugar u otro; no deberíamos pedir permiso a los burócratas para ir a donde deseamos o vivir como queramos.

—Pero esto ¿no supondría algún problema? —preguntó ella.

—¿Por qué?

Antes que la joven pudiese reaccionar y responder de una forma razonada, apareció el camarero con una bandeja repleta de platos llenos de comida.

Era obvio que, por la esponjosa apariencia, los huevos revueltos se habían cocinado minutos antes. Colocados sobre pan tostado con mantequilla y adornados con berros, parecían deliciosos; ella se dio cuenta de que la caminata le había abierto el apetito.

El señor Vyner estaba desayunando salmón ahumado.

Cuando estuvieron solos de nuevo, él dijo:

—Tal vez para mí es sencillo no tener una nacionalidad, porque de ocho de mis antepasados sólo tres eran del mismo país. Un par de generaciones después, esa mezcla se redujo a un padre americano y una madre británica, pero mi ascendencia aún perdura en mi sangre. ¿Sus padres son originarios de Yorkshire?

—No, mi padre es escocés y mi madre nació en el Oeste del país.

—¿En qué trabaja su padre?

—Es un veterinario o lo fue, pues se retiró hace dos meses.

—¿Tiene hermanos mayores que usted?

—Tres hermanas. El esposo de la mayor de ellas fue socio de mi padre y ahora es su sucesor. Las otras dos están casadas con

granjeros de la localidad.

—Y usted trabaja para una compañía que produce maquinaria agrícola. Parece ser una familia muy unida y con muchas cosas en común.

—Sí, supongo que así es.

—¿Ha trabajado para la misma compañía desde que salió de la escuela?

—Sí —decidió ser honesta con él—. Al principio no tome en serio mi carrera. Era sólo un medio de ganar un poco de dinero hasta que me casara. En ese período de mi vida lo que deseaba era ser esposa y madre. Más tarde, cuando murió mi esposo tenía que hacer algo que me mantuviera ocupada. Me dediqué de lleno al trabajo para alejar de mi mente… lo que me había sucedido. Después de un tiempo, me di cuenta de que realmente me gustaba ese trabajo y comprobé que quería hacerlo lo mejor posible. Después de un año en una oficina, fui ascendida a secretaria del gerente. Desde entonces ocupo ese puesto.

—Ya es hora de que cambie —dijo él con viveza—. No dudo de su extremada eficiencia, dentro de los límites de su experiencia. Pero para justificar el título de la «secretaria británica más destacada», necesita ampliar sus conocimientos.

—Sé que es necesario —asintió—. Pero hasta hace poco tiempo aún me necesitaban en casa. Ahora que mi padre está allí todo el tiempo, la situación ha cambiado. Él siempre fue un hombre hogareño, pero cuando ejercía su profesión no le quedaba tiempo ni energía para hacer todas las cosas que realiza ahora.

—¿Así que, aparte de que se ha consagrado a su trabajo, ahora está libre para abandonar Yorkshire cuando quiera? —preguntó él.

—No del todo.

—¿Por qué no?

—Llevó trabajado para mi jefe desde hace mucho tiempo. No está bien que deje el trabajo sin avisar con anticipación. Estoy segura de que su secretaria no lo va a dejar plantado, señor Vyner.

—No, ella me ha avisado con tres meses de anticipación. Una de las razones por las que no me ha acompañado en este viaje es que se ha quedado seleccionando a seis de las sesenta y cuatro aspirantes para ocupar su puesto.

—En ese caso, ¿por qué tomarse tantas molestias conmigo?

—Porque me impresionó su admirable comportamiento en la televisión, a pesar de ser un medio a través del cual no es fácil causar buena impresión. Usted demostró poseer una agradable personalidad, y un gran sentido del humor. Todo esto combinado con sus cualidades profesionales le hace una candidata excelente para el puesto. ¿Habla bien francés?

—No demasiado mal. ¿Si trabajo para usted tendré que utilizar el francés a menudo?

—Con frecuencia. Mañana estaré en París y voy a pasar bastantes días allí. También practicará el español, en España y en América Latina. ¿Se considera usted una persona sociable, señora Walker? ¿O prefiere la soledad?

—Prefiero estar sola a convivir con una persona que no congenie conmigo, y si me dieran a escoger entre una fiesta y un libro, prefiero lo último.

—¿Tiene otros pasatiempos aparte de la lectura? Hannah, mi secretaria actual, tiene dos: la fotografía y el tejido. Los considera de gran ayuda para ocupar su tiempo libre, cuando visitamos ciudades en donde no conoce a nadie, o los fines de semana en que yo visito a mis amigos.

—No, no tengo ningún pasatiempo por el momento. Como tenía que estudiar, ayudar a mi madre en el trabajo de la casa y cuidar a los hijos de mis hermanas, casi no disponía de tiempo libre. Si usted me contratara, señor Vyner, tendría mucho tiempo libre que podría aprovechar conociendo muchos lugares de interés. Solamente para conocer Londres necesito meses.

—Es cierto, pero a veces sería más práctico que se distrajera sin tener que salir. Existe la televisión, por supuesto —dijo, haciendo un gesto despectivo.

El apetito de Susy quedó satisfecho cuando terminó de comer los huevos revueltos.

—¿Fuma, señora Walker? —le preguntó él.

—No, no lo hago.

—Muy inteligente. Tampoco yo, y no veo la razón para tolerar este hábito en otras personas.

—¿Le importaría si le hago algunas preguntas?

—Acaba de hacer una —le recordó él—. Adelante, pregunte lo que guste.

—Sé que usted es un financiero sobresaliente, pero no sé de qué clase. ¿Cuáles son sus principales intereses?

—Todo lo que sea provechoso —contestó él—. Mis intereses varían de país en país y de año en año. En los tiempos que vivimos, es necesario ser muy flexible… y no dedicarse a un solo negocio. Las compañías de mi firma incluyen una fábrica de chocolates en Bélgica, un par de haciendas en Inglaterra, una cuadra de cría de caballos de carrera, en Virginia, y en Italia, yates de motor —él sonrió—. Si quiere comprobarlo, no tendrá dificultades para hacerlo.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cartera de piel negra y una pluma del mismo color. Cogió una tarjeta de la cartera y en el reverso escribió un nombre y un número.

—Este número le pondrá en contacto con la secretaria del Administrador del Banco de Inglaterra. Fue ella quien se comunicó con el hombre que le habló a usted la noche pasada. Ella podrá informarle de mis buenas intenciones.

Mientras él pasaba la tarjeta sobre la mesa, Susy dijo:

—Yo no he querido sugerir que…

—Hace bien en ser precavida —la interrumpió—. Tanto en Europa como América existen hombres de negocios cuya aparente integridad les sirve de pantalla para realizar actividades reprobables y aún más, criminales —le ofreció la pluma y otra tarjeta—. Escríbame su dirección y su número de teléfono.

Mientras lo hacía se abrió la puerta del interior. Susy levantó la mirada y vio a una mujer hermosa, de pelo castaño rojizo que, vestida con un pijama de seda, masculino, atravesaba la habitación. Al ver a Susy, se detuvo de pronto, ligeramente sorprendida.

Wolfe Vyner se levantó de su asiento.

—Buenos días. Te has levantado muy temprano —cruzó la habitación hacia donde se encontraba ella y se inclinó para besarla en la mejilla. Abrazándola por la cintura, la presentó a Susy.

—Ésta es la señora Walker, a quien debes haber visto en los diarios de ayer. Ganó una medalla de oro por su habilidad como secretaria. Le pedí que desayunara conmigo para hablar de la posible sustitución de Hannah. Te lo comenté la noche pasada.

—Oh, sí, así fue. Pero lo había olvidado —dijo, apoyándose

ligeramente en él—. Mucho gusto, señora Walker. La felicito por su medalla de oro.

—El gusto es mío. Gracias, señora Vyner —dijo Susy, pensando que era su esposa.

Mientras terminaba de apuntar su dirección, Susy oyó que le decía a la otra mujer:

—Tengo que partir dentro de cinco minutos. Te veré a la hora de la comida. ¿Adónde te gustaría ir?

—Iré de compras a Knightsbridge esta mañana. El Berkeley me parece perfecto.

—Entonces en el Berkeley a la una. ¿Quieres que te pida el desayuno?

—No, todavía no me he bañado. Desayunaré más tarde. ¿En serio tienes que salir, mi amor?

—Me temo que sí. Tengo una cita en la ciudad a las nueve y media. Podemos pasar la tarde juntos.

Sin atreverse a levantar la vista, Susy imaginaba que estarían mirándose a los ojos. Dejando la tarjeta sobre la mesa, ella se levantó, y, sin mirar hacia esa dirección, cogió su bolso.

Cuando iba a salir se dio cuenta de que ya se habían separado.

—Gracias por el desayuno, señor Vyner —dijo cortés.

—¿Hacia dónde va? Quizá pueda llevarla —aseguró él.

—Gracias, voy a la Torre de Londres a ver las joyas de la corona. Puedo llegar allí en el metro.

—El metro de Londres a esta hora es tan insoportable como el de Nueva York. El único sistema de trenes subterráneos civilizado que conozco, es el de Toronto. Pero yo debo pasar por la Torre, la dejaré allí —dijo él, con firmeza.

Dirigiéndose hacia aquella mujer, que despertaba la curiosidad de Susy, añadió:

—La señora Walker querrá lavarse las manos. Por favor, Belinda, muéstrale el cuarto de baño. Tengo que ir por mi maletín.

Belinda, le indicó en dónde estaba el lavabo, situado en la parte exterior del vestíbulo.

Mientras se retocaba la pintura de sus labios, Susy se preguntaba si el señor Vyner era siempre tan considerado con los demás, o si sólo pretendía estar a solas con Belinda para proporcionarle un dulce goce anticipado de los placeres que compartiría con ella más

tarde.

Se preguntaba todavía cuánto tiempo llevarían casados. No mucho, a juzgar por la pasión que manifestaban los dos. Ella no recordaba haber visto un deseo tan intenso entre dos personas.

Mientras se arreglaba los puños de la camisa y se enjabonaba las manos, estuvo segura de que, en su habitación, los Vyner se estaban abrazando.

Sin desearlo realmente, se imaginó a Belinda tumbada en el suelo, temblando voluptuosamente entre las manos morenas de su marido, que la estarían acariciando, mientras sus bocas se fusionaban en un beso apasionado e interminable.

Era como si estuviese viendo una escena de televisión o de cine. Susy en ese momento, era consciente del abandono de su propio cuerpo, desamparado y sin amor. Algunas veces, no muy a menudo, su necesidad de afecto físico se transformaba en un dolor insoportable.

Sólo le faltaban seis años para cumplir los treinta, y presentía que nunca encontraría a alguien que lograra satisfacer su deseo de realización. Parecía que se tendría que conformar con ser la segunda esposa de alguien, o tal vez, como Hannah, una madrastra.

Belinda Vyner no apareció para despedirse. Mientras bajaba, por el ascensor, Susy se preguntaba si sería la primera esposa y si a ella no le importaba vivir siempre en hoteles. Seguramente no tenían hijos, a menos que él tuviera algunos de un matrimonio anterior.

Un Rolls Royce les esperaba. El conductor saludó:

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Rivers. Quisiera dejar a la señora Walker en la Torre antes de dirigirnos a la calle Lombard.

—Muy bien, señor.

—¿Le interesan de manera especial las joyas? —le preguntó Wolfe Vyner—, sin intención de seguir manteniendo la conversación.

—Yo no diría eso, pero la grandiosidad de las joyas y la leyenda de la Torre han despertado mi curiosidad y además merece la pena verla. ¿Ha estado allí?

—No, ese período de la historia inglesa no me interesa. Si tengo una o dos horas libres, prefiero pasarlas en las galerías de arte.

—¿Cuál de las galerías considera usted la mejor? —preguntó

ella.

—¿Se refiere a aquellas que venden pinturas, o a los museos de arte?

—A los museos de arte.

Durante el resto del camino hacia la Torre, él habló sobre los méritos comparativos de las mejores colecciones de arte en Londres. Era evidente que estaba ante un verdadero conocedor de obras de arte. Una vez más, Susy era consciente de su falta de sofisticación.

Como él no había hecho ninguna alusión a una nueva entrevista, ella pensó que no la había considerado apta para el puesto.

Se sorprendió cuando él dijo:

—¿Debo de tomar en cuenta lo que usted ha dicho durante el desayuno, que en el presente, no está interesada en cambiar de trabajo, señora Walker?

De pronto, ella se dio cuenta de que realmente deseaba trabajar con él, como la secretaria.

—Oh, no, no he querido decir eso —dijo ella con presteza—. Lo cierto es que el señor Howard, para quien trabajo, está pensando en retirarse, y había pensado en cambiar de trabajo. Pero no puedo irme antes que él lo haga.

—Ya veo. —Wolfe se inclinó hacia adelante para hablar con el conductor—. No hay necesidad de que se baje, Rivers. Puede mantener el motor en marcha, serán sólo dos minutos.

Tan pronto como se detuvo, cerca de la entrada de la Torre, él salió del coche y esperó a que ella le siguiera.

—La Torre no se abrirá hasta las diez —dijo él, mientras ella bajaba del coche.

—Abre a las nueve y media, no me importa esperar. Gracias por traerme hasta aquí, señor Vyner.

—Ha sido un placer. Añadiré su nombre a mi lista y le comunicaré mi decisión tan pronto como me sea posible —le dijo.

Susy intentó disimular la excitación y la esperanza que se encendieron en su interior.

—Gracias —expresó llanamente la chica.

Él estrechó su mano y la miró de manera tan penetrante que difícilmente pudo guardar la compostura.

—Adiós, señora Walker —su mano bronceada estrechó la suya firmemente pero no la apretó.

—Adiós —sonrió la chica.

—A propósito, no estoy casado —expresó él, antes de soltar sus dedos y alejarse.

Capítulo 2

—¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido hoy? ¿Estás muy cansada? —preguntó Alix, mientras cenaban en un restaurante, antes de ir al teatro.

—Sí, estoy un poco cansada. ¡Dios mío, el metro a esas horas es el infierno! Nunca había sido tan maltratada, y, como iba cargada con todos los paquetes, lo he pasado bastante mal en el trayecto. Sin embargo, empecé el día paseando en un Rolls Royce.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Alix arqueando las cejas.

Susy explicó todo detalladamente, desde que la llamó por teléfono el señor Cooper, la noche anterior.

—¡Dios mío!, es maravilloso, Susy. Ha salido todo como yo había imaginado, recuerda que te lo comenté. Espero que no tarde en darte una respuesta.

—No ha dicho cuándo me llamará, pero ya estoy pensando en lo que dirá mi familia, si les cuento a papá y mamá todo lo que pasó en la entrevista, les va a dar un ataque y no querrán que acepte el trabajo.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Alix, intrigada.

Susy le habló de la mujer que había confundido con la esposa de Wolfe Vyner.

—¿Quién te imaginas que era? ¿Una amante casual? ¿Una mujer con la que vive habitualmente?

—Oh, por supuesto que la mujer con la que vive habitualmente. Él no es de la clase de hombres que pagaría por una noche de placer.

—¿Quieres decir que es atractivo?

—Mucho.

—Un financiero rico, atractivo y soltero. Debe de ser un partido excelente.

—Sí, pero es muy egoísta.

—¿Quién no lo sería con su posición? ¿Les vas a comentar a tus padres lo de la chica?

—No. Si consigo el empleo, no quiero que se preocupen pensando que trabajo para alguien a quien ellos considerarían inmoral. Por cierto, después de haberla conocido, esta mañana en la habitación del señor Vyner, hoy la he vuelto a ver.

—¿En serio? ¿En dónde?

—En Harrods. He ido allí después de haber visto la Torre. Precisamente cuando yo entraba, ella salía. Me llevé una gran decepción cuando me di cuenta de que no me había reconocido. Sólo me gustó su perfume, pues no me pareció una chica con demasiado estilo.

—Y él, ¿qué edad tiene? ¿Cómo es? —preguntó Alix.

—No estoy segura. Cerca de treinta y cinco, pero tiene una constitución física impresionante, y creo que se cuida bastante bien, comiendo lo que más le ayuda a mantenerse en forma.

* * *

Una hora más tarde, mientras se encontraban sentadas en el palco del teatro de la avenida Shaftesbury, esperando que el telón se levantara para ver una obra bastante aceptada por los críticos, Susy apretó repentinamente el brazo de su amiga.

—¡Allí están!

—¿Quiénes?

—El señor Vyner y Belinda. Acaban de llegar, están en el lado derecho de la segunda fila.

En ese momento, las luces del teatro iban haciéndose poco a poco más tenues. Solamente se podían distinguir las siluetas de la alta y bien parecida pareja, que se dirigía hacia dos asientos vacíos en la segunda hilera de las butacas.

No abandonaron los asientos hasta el primer descanso, y cuando salían, entre las demás personas, para ir hacia el bar, Alix pudo

verlos claramente, por lo que le dijo a Susy:

—La cara de ella me parece conocida. Estoy segura de haberla visto antes. ¡Mira cómo va vestida!

Susy la miró. Esa noche Belinda llevaba puesto un vestido negro entallado.

—Él está bronceado, pero ella no, lo que sugiere que no es la mujer con la que vive —dijo Alix, mientras se dirigían hacia el bar, donde les habían preparado dos vasos de vino tinto, que ya habían pedido—. Me has dicho que ella llevaba puesto el pijama de él, por lo tanto debemos suponer que no esperaba pasar la noche allí; posiblemente hace poco tiempo que se han conocido, quizá en una fiesta. Con toda seguridad, él la invitó a tomar un trago en su apartamento, y terminaron pasando la noche juntos.

Susy movió la cabeza.

—Yo no pienso lo mismo. Si todo hubiera ocurrido como tú dices, no la habría confundido con su esposa. Por la actitud de los dos pude imaginar que mantenían una relación más o menos estable. Ninguno se sentía intimidado porque yo estuviera allí.

Alix se burló.

—Esto es Londres, no Brockthorpe, Susy. Existen personas en esta ciudad que no les importaría que les sorprendieras en medio de una orgía. Solamente te dirían: ¡Hola! ¿No quieres acompañarnos? Tienes que cambiar cuando empieces a trabajar con tu nuevo jefe.

—¿Crees de verdad que soy demasiado inocente?

—Realmente… sí —le dijo Alix amablemente—. ¿Cómo no ibas a serlo, viviendo todo el tiempo en tu casa? Tus padres son muy buenos, pero un poquito anticuados, tú lo sabes. Lo mismo pasa con Rosalinda, Elena y Judith. Me pregunto si alguna de ellas se dará cuenta de que existe un mundo más allá de Brockthorpe, y de que los esposos y los niños no son la única opción para las mujeres actuales.

—Cuando las personas viven en un lugar como Brockthorpe, es fácil aceptar los principios por los que se han guiado nuestros padres y resistirse a los cambios. Algo que me dijo el señor Vyner esta mañana, ha hecho que me diera cuenta de que pocas veces me pregunto sobre las cosas, o pienso si serían mejor de otra manera. Me hizo sentirme muy torpe. Y cuando comenzó a hablar sobre arte, me sentí completamente ignorante.

—¿Por qué hablaba él de arte?

—Es una de sus aficiones —ella le contó a Alix que en la habitación de Vyner, en el hotel Connaught, había cinco maravillosos desnudos.

Durante el segundo descanso, Wolfe Vyner y su compañera permanecieron en sus asientos, lo mismo que Alix y ella. Susy no podía dejar de mirarles.

Belinda era la que más hablaba. Su pelo era pelirrojo y llevaba un atractivo peinado, posiblemente obra de algún famoso peluquero.

Mientras estaba pensando sobre esto, vio que Wolfe Vyner cogía delicadamente, una de las manos de Belinda y la llevaba hacia sus labios, manifestando cierto cariño hacia ella.

Al día siguiente, Susy ya había vuelto con su familia. Al principio sus padres, sus hermanas y sus cuñados, que habían sido invitados a cenar, parecían muy interesados en su viaje. Pero antes que acabara la cena, el interés empezó a decaer y la conversación derivó hacia lo que había pasado en su ausencia. Después de la cena, todos se acomodaron para ver un programa de larga duración en la televisión.

—Qué agradable es tenerte de nuevo con nosotros, querida —dijo la señora Campbell, cariñosa, mientras su hija menor se sentaba sobre un cojín en el suelo, al lado de la silla de su madre—. Yo sé que tú eres una chica muy sensible, y no te gusta correr riesgos, y se oyen tantas cosas horribles que suceden en las grandes ciudades actualmente, asaltos y cosas así, que ahora me siento feliz de tenerte otra vez a mi lado.

Susy miraba la pantalla lo mismo que los demás, pero sus pensamientos estaban en otra parte. Ella se daba cuenta de que aunque estaban muy orgullosos de su éxito, fundamentalmente todos compartían el alivio de su madre al saber que ella había regresado y que la vida continuaría como había sido antes.

Un aspecto de su viaje que no mencionó fue la entrevista con Wolfe Vyner. No quería hablar de ello hasta que volviera a tener noticias de él. Probablemente, cuando él regresó a Nueva York, Hannah ya tenía una lista de candidatas mucho mejor preparadas que ella.

Mientras tanto, Susy deseaba rebelarse, no podía seguir como

hasta ahora. Aunque no fuese aceptada para ese trabajo, estaba dispuesta a cambiar, a ampliar la experiencia fuera de Brockthorpe.

Esta decisión no le iba a gustar a su familia, pero sabía que era algo que tenía que hacer. Cuanto más tardara en tomarla, más difícil le iba a resultar romper con todo. El haber ganado la medalla de oro le había obligado a salir de Brockthorpe, pero esto no le serviría de nada si se trataba de plantearse su vida de otra manera.

Pocos días después de haber regresado, Susy recibió una carta de Alix. Adjunta a ella estaba una página arrancada de una revista del corazón.

Al principio, Susy no se imaginaba por qué su amiga le había enviado un artículo sobre una boda de sociedad. En el lado posterior de la página había cerca de media docena de fotografías de personas que se encontraban en un baile, en una casa campestre. Una de estas fotografías había sido encerrada en un círculo por Alix.

En el encabezamiento se leía:

El coronel Sir John Fox y Belinda Stratton, hermana del Conde de Ormskirk.

Aunque parecía aburrida, Belinda era muy hermosa.

Alix escribía:

Pensé que esto te interesaría. ¿No sabes nada todavía de tu rico magnate? Estoy cruzando los dedos por ti.

—¿Quién te ha escrito, cariño? —preguntó su madre.

—Es sólo una carta de Alix —se dio cuenta de que su madre sentía curiosidad por la hoja arrancada de la revista. Era imposible explicar la verdadera razón por la cual Alix le había enviado esto. Ella se la mostró diciendo—: Alix está pensando en copiar ese diseño.

La señora Campbell observó la fotografía.

—Me gusta lo que ella lleva puesto, pero no me agrada su expresión malhumorada. ¿Irá Alix a un baile?

—Eh… al baile del hospital, eso espero. —Susy empujó su silla hacia atrás—. Debo irme.

Aquella tarde, con una lupa que pertenecía a su padre, ella estudió la cara de *Lady* Belinda muy de cerca. Su madre estaba equivocada en describir su expresión como malhumorada. Tampoco estaba aburrida como Susy pensó en un principio. Al observarla más de cerca parecía muy infeliz.

Probablemente se encontraba en la misma situación que Alix: enamorada de un hombre que no quería relacionarse con una sola mujer.

Estaba muy bien que las propagandas feministas exhortasen a las mujeres a no casarse hasta no haber considerado todas las posibilidades que se abrían ante ellas. Pero al asumir esa idea no se había tenido en cuenta el amor, que es algo que no se puede evitar.

Alix no podía dejar de amar a Mike. Y probablemente Belinda Stratton se había enamorado de Wolfe Vyner sin poderlo evitar.

Susy se preguntaba si su familia desaprobaría esa relación. Ella imaginaba que Belinda tenía cerca de treinta años. ¿Por qué no se había casado cuando era más joven? Las hijas de los aristócratas se solían casar muy jóvenes, sobre todo si eran atractivas.

A medida que pasaban los días, sin recibir ninguna carta de Nueva York, Susy perdía las esperanzas. Comenzó a comprar todos los días el periódico, esperando encontrar alguna oferta de trabajo interesante.

Sin embargo, ninguna le convencía.

Aunque los salarios ofrecidos eran bastante altos, no le compensaba trasladarse a Londres, porque los apartamentos allí eran muy caros.

Cuando ya habían transcurrido diez días, pensó que el señor Vyner ni siquiera le iba a notificar que su puesto ya había sido ocupado, aunque no podía creer que un hombre como él pudiera comportarse con tal descortesía.

Una tarde, mientras estaba en su habitación cambiándose de ropa, su padre le gritó desde los escalones:

—¡Al teléfono, Susy!

Ella creyó que sería una de sus hermanas. Algunas veces, cuando ellas y sus esposos decidían salir, en el último momento, la llamaban para pedirle que cuidara a sus hijos.

Cuando entró en la habitación donde estaba el teléfono, vio que su madre sostenía el auricular. Con una expresión de sorpresa, la

señora Campbell dijo:

—Es una llamada desde París para ti. Un tal señor Vyner.

Capítulo 3

Mientras estaba sentada en la sala de espera, reservada para los pasajeros del Concorde, Susy se preguntaba si alguno de ellos habría llegado a Heathrow en tren.

Al observar que sus compañeros de viaje pedían martinis secos, ella se imaginó que seguramente habían llegado al aeropuerto en taxi.

Sin embargo, como su tren había llegado a Londres a las dos en punto y el vuelo para Nueva York no salía hasta las seis de la tarde, Susy fue hasta Heathrow por el medio de transporte más económico.

Aunque posiblemente se iba a convertir en una de las secretarias mejor pagadas de uno de los hombres más ricos del mundo, ella no debía malgastar su dinero, ya que todavía no había firmado su contrato. Antes tenía que trabajar de prueba durante tres meses, para demostrar su capacidad.

Mientras bebía el café que le había llevado la azafata, se preguntaba a qué hora llegaría Wolfe Vyner.

Él venía desde París en un vuelo que iba a aterrizar justo a tiempo para coger el Concorde.

La idea de volverle a ver le hizo experimentar un escalofrío, que la recorrió por todo su cuerpo. Todavía no creía que él la hubiera elegido entre todas las candidatas.

Por enésima vez, desde aquella tarde en la que él le había telefoneado para comunicarle que el trabajo era suyo, se preguntaba si podría demostrar su eficiencia. No se trataba de que ella desconfiara de su capacidad, sino que sospechaba que el señor

Vyner era un hombre exigente y le preocupaba no poder responder como él esperaba que lo hiciera.

Veinticinco minutos antes de despegar, los pasajeros comenzaron a subir al avión. Susy empezó a inquietarse ante la suposición de que su jefe no llegara a tiempo. Pudiera ser que su vuelo desde Francia llegara con retraso. Pero en tal caso, seguramente él habría telefoneado.

—¿Está preparada para subir a bordo, señora Walker? —preguntó la azafata mientras recorría la espaciosa sala.

—Estoy esperando a mi jefe.

—Sí, pero el señor Vyner se las arregla muy bien. Yo ya estaría a bordo si fuera usted —dijo la chica sonriendo amablemente.

—Buenas tardes, señora Walker. Por aquí por favor —otra azafata igualmente agradable le indicó donde debía sentarse.

Susy se colocó en el asiento del pasillo, dejando el de la ventanilla para Vyner cuando llegara. Miró su reloj. Sólo faltaban diez minutos para partir. Por lo menos si Wolfe no aparecía, ella sabía adónde ir.

Su centro de trabajo en Nueva York era una suite en el Hotel Pierre. Ahí ella iba a encontrarse con la señorita Eisenhart, que todavía no había dejado el trabajo. Ella debía explicar a Susy todo lo referente a su trabajo y ponerla al día antes de partir a Boston, en donde vivían su prometido y sus tres hijos.

—¿Creía que no iba a llegar?

Levantó la vista y miró al señor Vyner que le sonreía.

—Oh… buenas tardes. Sí, empezaba a sospechar que sería así —ella se levantó, para dejarle el lugar cerca de la ventanilla.

—No, no, usted debe estar cerca de la ventanilla. Yo he contemplado esa vista muchas veces —él indicó con un gesto autoritario que aceptase el asiento interior.

Mientras se sentaban y aseguraban sus cinturones él dijo:

—Acostumbro beber sherry antes de la comida, pero como éste es su primer vuelo trasatlántico, pienso que deberíamos celebrarlo.

Para su asombro, Susy se encontró pronto con una copa de champán entre sus manos.

A diferencia de los demás pasajeros, que vestían trajes de color gris o azul marino, adecuados para la ocasión, el señor Vyner había cambiado las ropas formales acostumbradas para un viaje de este

tipo por un suéter y unos pantalones de color *beige*.

Él no tardó en decidir lo que iba a comer. Pero Susy no se decidía por ninguno de los platos variados del menú. Acababa de hacerlo cuando él le dijo:

—En los primeros vuelos supersónicos que se hicieron, la gente solía excitarse bastante, ahora la novedad ha pasado.

—¿Cuándo fue el primer vuelo del Concorde? No puedo recordarlo.

—En mil novecientos setenta y seis.

—¿Viajaba usted en el primer vuelo?

—Sí. Mientras me sea posible, nunca utilizo otro medio para desplazarme.

Después de que una de las cuatro azafatas hubo advertido a los pasajeros de todo lo que debían hacer, él prosiguió:

—Cómo usted podrá comprobar, en Nueva York vamos a aterrizar una hora y media antes de nuestra hora de salida. Pero esto no afectará en su ritmo de vida acostumbrado.

Probablemente fue el champán lo que le hizo contestar con prontitud:

—No se preocupe, en cierta manera, mis costumbres ya han empezado a alterarse. Apenas sí pude dormir la noche pasada. Estaba demasiado nerviosa.

Inmediatamente, se arrepintió de su confesión. Estaba demostrando su inocencia nuevamente, debía tener cuidado de no cometer estos errores.

—Su familia la echará de menos —afirmó él.

—Probablemente… un poco. Pero yo debo vivir mi propia vida, hacer mis propios proyectos. No gracias —dijo a una de las azafatas que iba a volver a llenar su copa de champán.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía tres años, se volvieron a casar por separado y tuvieron otro hijo. Tengo dos familias —confesó él.

Ante esta confesión, Susy comenzó a sentirse más segura, menos ridícula, aunque no tardó en cometer otra indiscreción.

—No debe resultar muy común el ser educado en una escuela americana, una escuela inglesa y una universidad americana —dijo ella.

Wolfe Vyner la miró asombrado.

—¿Así que sabe todo sobre mí?

—¡Oh!, solamente lo que leí en *Quién es Quién.*

Ella recordaba perfectamente todo lo que había leído sobre él: Wolfe tenía treinta y siete años, había nacido en Nueva York y era hijo de Bradley Vyner, probablemente alguien muy conocido. Su madre era hija de un barón inglés que había estado casado con una mujer francesa.

Tampoco había oído hablar de la escuela en la que había estudiado el señor Vyner, pero supuso que se trataba de una escuela bastante sobresaliente en cuanto a su eficiencia porque más tarde él había estudiado en Eton y, posteriormente en Harvard.

Su interés por las altas finanzas mundiales se había visto impulsado por su educación institucional. Debían existir en él la misma energía dinámica y tremenda fuerza que habían movido a hombres, que desde su origen sencillo habían alcanzado las cimas del éxito.

—Quizá es un poco extraño, pero estoy seguro de que fue una experiencia maravillosa el haber crecido en dos países —fue su respuesta a la pregunta de ella—. Acostumbro a pasar mucho tiempo como mi abuela en Francia. Ella es parisina por nacimiento, y regresó allí cuando mi abuelo murió. Tiene ochenta años. Sin embargo, aún es una mujer fascinante. La conocerá la próxima vez que vayamos allí.

Mientras comían, él le habló de una forma amistosa y sencilla.

Después de la comida, el señor Vyner comenzó a leer un libro. Lo debía haber comprado en París, era una biografía de un hombre francés cuyo nombre no le era conocido. Susy se grabó el título para comprarlo en la primera oportunidad que tuviera.

Proyectaban alguna película en el Concorde, pero la radio tenía selección de cinco canales. Susy movió su asiento hacia atrás, para escuchar la música cómodamente.

* * *

Al poco tiempo oyó que alguien le decía:

—Despierte, señora Walker.

La profunda voz masculina le hizo abrir los ojos.

Al despertarse no sabía dónde se encontraba creía que estaba en el hospital a causa de un accidente.

Entre sueños, comenzó a recordar una situación angustiosa, que nunca olvidaría, aunque ya habían pasado los años; estos recuerdos le hicieron llorar y deseó dormir profundamente, cerrando los ojos de nuevo.

La voz no la dejó escapar otra vez.

—¡Vamos señora Walker! —Una mano cogió su brazo y lo presionó, firmemente, lo suficiente para obligarla a despertarse.

Por un momento, Susy parpadeó, sin reconocer el rostro que estaba cerca del suyo. Éste no era el doctor joven que Susy recordaba, aún más, no estaba en una cama rodeada de pantallas.

—¿En dónde estamos? —preguntó confusa.

—Dentro de unos minutos aterrizaremos en el aeropuerto Kennedy. Pensé que preferiría despertar antes de tocar tierra. El ruido del cambio del motor en la velocidad podría alarmarla si continúa dormida.

De pronto, empezó a darse cuenta de dónde se encontraba y con quién. Mientras Wolfe Vyner miraba hacia delante, ella se sentó, comprendiendo que el champán y el vino que había tomado durante la comida le habían hecho dormir profundamente, sin enterarse de nada de lo que había ocurrido en el viaje, no se había dado cuenta de que él había quitado la cabecera de su asiento.

¿Habría abierto la boca cuando estaba durmiendo?, se preguntó con cierta preocupación.

Deseaba no haber tenido esa expresión vacía que había visto en las caras de otras personas cuando dormían en público. Seguramente no habría causado gran impresión al señor Vyner con su actitud. Aunque Wolfe decía que a veces dormía una siesta, ella estaba segura de que él no esperaba que ella lo hiciera. No era un buen principio, pensó molesta, apretando los dientes para evitar otro bostezo.

Los pasajeros del Concorde disfrutaron de un agradable viaje, y no tuvieron que esperar mucho tiempo para que les fuera entregado el equipaje. Enseguida la maleta de Susy y su bolso le habían sido devueltos. Para su sorpresa, el señor Vyner no llevaba equipaje.

—No necesito equipaje cuando viajo a lugares donde suelo ir con frecuencia —explicó.

Ella había esperado abandonar el aeropuerto en un gran coche como el que él tenía o había alquilado en Londres, sin embargo, lo hicieron en helicóptero, un vuelo de veinte minutos, que evitaba los retrasos causados por los problemas del tráfico.

La mayor parte del vuelo fue sobre el suburbio de Queens, un distrito que se extendía bordeando el East River. Mientras el helicóptero cruzaba por el río dirigiéndose hacia el helipuerto del lado East, Susy contempló la primera vista del famoso horizonte de Nueva York.

Desde el helicóptero al hotel Pierre, situado en el lado este de Central Park, tardaron solamente unos minutos en taxi.

Cuando entraron en el vestíbulo, una mujer, elegante, alta y de pelo oscuro, se levantó de su asiento y se dirigió hacia ellos.

El señor Vyner dijo:

—Hola Hannah. Ésta es la señora Walker. La veré mañana.

Él se fue, dejándolas solas.

—Encantada de conocerla señora Walker —dijo la señorita Eisenhart, estrechando sus manos—. Supongo que estará muy cansada; puede darse una ducha, pues es la mejor manera de descansar, aunque el señor Vyner no esté de acuerdo con eso. Él prefiere hacer deporte antes de tomar un baño.

—Sí, me percaté de que él es muy aficionado al deporte. La primera vez que le encontré había estado corriendo en Hyde Park —dijo Susy.

—Sí, él corre todas las mañanas, excepto cuando ha nevado. Si nieva, él practica su ejercicio en el interior. Y pienso que tiene razón cuando dice que el deporte da vitalidad. Como usted irá advirtiendo, él tiene una increíble energía, tanto mental como física. Cuando todos están exhaustos, el señor Vyner aún está lleno de energía. El mozo le traerá su equipaje por el ascensor de servicio —todo esto lo dijo mientras llevaba a Susy hacia uno de los ascensores.

La simpatía de la señorita Eisenhart hizo que Susy cogiera confianza rápidamente. Presentía que la señorita Hannah haría todo lo posible por ayudarle, y explicarle todo lo referente a su nuevo trabajo.

Parecía que el señor Vyner no acostumbraba a hacer una ficha de las personas que trabajaban para él.

Enseguida la secretaria buscó la llave del cuarto de Susy. Para su agradable sorpresa, a través de las ventanas de su habitación se percibían las copas de los árboles del parque.

—La calle de abajo es la Quinta Avenida, que divide al lado este y al oeste —la señorita Eisenhart le comentó—. La distribución de Manhattan es muy sencilla. Muy pronto lo podrá conocer sin dificultad. ¡Ah, aquí está su equipaje! —exclamó la señorita Hannah al oír una llamada en la puerta.

Después que el mozo hubo dejado el equipaje en la habitación de Susy, la señorita Hannah sugirió.

—¿Por qué no se baña mientras organizo sus cosas? Después, las dos podremos tomar una copa o café si lo prefiere para empezar a conocernos.

—Me parece perfecto, y preferiría el café si es posible. He tomado champán en el avión y no acostumbro a beber mucho —contestó la chica.

Susy abrió su maleta y cogió una bata de algodón, que era la última prenda que había guardado. Dejó a la señorita Hannah pidiendo por teléfono que les sirvieran el café, mientras ella iba hacia el baño.

La casa de sus padres sólo tenía un baño en el que no había ducha, y Susy había mandado instalar una de mano para lavarse el pelo.

El tener un baño para su uso exclusivo era un lujo; en especial uno tan bonito como ése.

Cuando Susy volvió a la habitación, la señorita Hannah ya había terminado de colocar su ropa. La fotografía de sus padres, y la de su esposo, habían sido colocadas sobre la mesa de noche.

—Muchas gracias por ordenar mis cosas. Como usted habrá visto, no he traído mucha ropa, he creído conveniente renovar mi vestuario, así que compraré ropa aquí, en Nueva York —le comentó Susy.

—Sí, Nueva York es un lugar perfecto para hacer compras, si usted sabe hacerlo. En otra ocasión le diré un secreto —le prometió la señorita Hannah—. A juzgar por las cosas que ha traído, parece tener muy buen gusto, y ahora debería comprarse prendas de prestigiosos diseñadores. Cuando tuve mi primer trabajo, recibí un consejo excelente de otra chica que ahora, veinte años más tarde, es

precisamente de su propia empresa, ella me dijo: «Hannah, olvídate de la moda. Compra siempre pensando en la calidad y el estilo clásico, si quieres llegar a la cima, tienes que empezar a vestirte como si fueras una persona de alta sociedad». Era lo que había hecho Eilleen aun cuando ninguna de las dos ganábamos mucho dinero.

Mientras hablaban llamaron a la puerta; el café que habían pedido estaba preparado.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado usted para el señor Vyner? —preguntó Susy cuando estuvieron solas de nuevo.

—Doce años. Me siento triste por tener que abandonar este trabajo. Él es un hombre extraordinario y nunca me ha aburrido. Jamás me he interesado en estudiar una carrera. Mi idea era trabajar durante algunos años, luego casarme, tener muchos niños y después, quizá, volver a trabajar, cuando mi familia no necesitara ya de mí. Sin embargo, no funcionó de esa manera. Pero es mejor tarde que nunca, supongo. Como le habrá dicho ya el señor Vyner, estoy a punto de casarme con un hombre adorable, que perdió a su primera esposa, y tiene tres encantadores hijos. Por fortuna, no les ha molestado que su padre se case de nuevo.

El teléfono que se encontraba a un lado de la cama comenzó a sonar.

—Probablemente es para mí —dijo la señorita Hannah, cogiendo el auricular para contestar. Después de dar el número del cuarto y su nombre, Hannah comenzó a decir—: Sí, señora Sawyer, él ya ha regresado. Si no lo localizan en el conmutador, probablemente está tomando una ducha, estoy en el otro piso con la nueva secretaria del señor Vyner, que acaba de llegar de Inglaterra. Si usted quiere hablar ahora mismo con él, puedo ir hacia su suite y decirle que le llame. No, no es ninguna molestia. En este momento voy para allí.

Mientras colgaba el teléfono, la señorita Hannah le dijo a Susy:

—Me tendrá que disculpar, señora Walker. Bueno, creo que es mejor tutearnos. Tú nombre es Susana, ¿no? En caso de que me retrase por alguna circunstancia, tómate tu café, por favor.

Cuando Susy se quedó sola, empezó a examinar los detalles de la habitación. Aparte de la cama y de un vestidor con armarios empotrados a cada lado, había también un escritorio y dos sillones muy confortables. Había una mesita de café entre ellos, aparte de la

mesa donde se encontraba el televisor.

La decoración tenía tonos azules, combinados con suaves sombras de color *beige*. Gruesos vidrios polarizados amortiguaban el sonido del tráfico de la quinta avenida. Le resultó difícil creer que se encontrara en esos instantes en el corazón de Nueva York, y que su familia y sus amigos se hallaran al otro lado del Atlántico. Antes de acostarse, telefonearía a sus padres para decirles que había llegado bien.

No sentía nostalgia de su hogar, su sensación era la de un prisionero, a quien, después de años de confinamiento, al fin le habían dado su libertad para volver a empezar.

«Tenía que haber hecho esto hace mucho tiempo», pensó ella.

Aun enamorada, nadie se debería casar a los diecinueve años. ¿Qué es lo que se sabía de la vida… o del mundo… o de cualquier cosa a esa edad?

«Papá y mamá no deberían haber consentido nuestro matrimonio. Si ellos se hubiesen opuesto no nos hubiéramos casado y Chris aún estaría vivo».

Dirigió la vista hacia la fotografía de su esposo y no pudo evitar compararle con el hombre que la había traído a América.

¿Cómo habrá sido Wolfe Vyner a la edad de veinte años?

Probablemente aun a esa edad, su educación cosmopolita lo hubiera hecho parecer más maduro que Chris, cuya experiencia en el mundo no salía de Yorkshire.

Por tercera vez llamaron a la puerta. Era Hannah que ya había regresado.

—Por cierto, las llamadas de la señora Sawyer son las únicas que se pasan directamente a la suite del señor Vyner. Todas las demás las contesto yo. —Hannah meditó por unos momentos antes de añadir—: La señora Sawyer y el señor Vyner son muy amigos, y lo son desde hace bastante tiempo. Podrás ver fotografías de ella en *W*, que es el suplemento quincenal a color publicado por *Wornen's Wear Daily*, el libro de la moda en América. Allí se comenta que existen en el mundo solamente dos mil mujeres con los medios para comprar las ropas de diseñadores parisinos, ella es una de estas personas; se casó con un hombre mucho mayor que ella y, cuando enviudó se convirtió en una de las mujeres más ricas, dudo que se vuelva a casar.

La mujer interrumpió su comentario para echar azúcar al café, Susy ya lo había hecho.

—Esto puede parecer un chisme, Susy, pero no intento que sea así. La casa del señor Vyner es su oficina, y no existe una clara división entre su vida pública y privada; por esto es importante que tú estés enterada incluso de su vida privada. Él no vive de acuerdo a las reglas establecidas por la sociedad. El señor Vyner no es una persona común.

—Alguien en Londres dijo que era uno de los hombres más conocidos e importantes del mundo.

—Es cierto, lo es. La palabra genio se aplica con frecuencia a los artistas y compositores, y a nadie le parece extraño si ellos viven en una forma diferente de los demás. Pero aunque el señor Vyner es un genio financiero, no dejan de criticarle su inconformismo social.

—¿Tiene él otras… amigas íntimas aparte de la señora Sawyer?

—Dos más. Una en Inglaterra y otra en París. Probablemente ya has leído lo referente a su relación con Belinda Stratton.

—No, pero ella estaba en el hotel Connaught cuando el señor Vyner me entrevistó.

—Sí, ella acostumbra a ir a Londres cuando él está allí. En París vive en el Plaza Athenée. Su amiga francesa es *Madame* Dupont. Ella y su esposo se separaron poco antes de que el señor Vyner la conociera. Éstas son sus únicas relaciones. Muchas veces los periodistas han tratado de inventar un romance entre él y otras mujeres, pero no es cierto. Existen solamente tres mujeres en su vida.

—¿Acaso cada una de ellas sabe su relación con las otras?

—Oh, sí, lo saben —dijo Hannah—. Todo el mundo lo sabe. Al señor Vyner no le gusta la publicidad y la evita lo más posible, pero nadie de su posición puede escapar de ella por completo. Sin embargo, cuando los periodistas no tienen nada nuevo que escribir acerca de él, se entrometen en su vida privada y especulan sobre cuál de sus amigas podría convertirse en su esposa. No dudo que cuando descubran que ha contratado a una rubia joven y atractiva para ser su nueva secretaria, tratarán de inventar algo parecido. Llamarán y querrán atraparte en algún comentario indiscreto sobre él. Así que ten cuidado cuando hables por teléfono con alguien que no conozcas.

Consciente de su debilidad para hacer preguntas indiscretas, Susy encontró esta advertencia muy alarmante.

—A propósito del teléfono, quisiera llamar a mis padres más tarde. Supongo que las llamadas hechas desde esta habitación se cargarán a mi cuenta, no a la del señor Vyner.

—No, todos tus gastos aquí, incluyendo tus llamadas telefónicas personales, todo lo que tomas, lavandería, y cosas por el estilo serán pagados por la compañía Vyner. Las llamadas telefónicas libres son una de las ventajas de nuestra posición. Trabajar con el señor Vyner es muy agradable, pero no siempre. Si algo le hace enfadar… ¡Oh, Dios mío! —dijo, levantando las manos en un gesto que sugería una catástrofe.

Capítulo 4

A las seis de la mañana del día siguiente, Susy estaba completamente despierta, deseando levantarse y empezar a conocer el nuevo ambiente en que se encontraba.

Tan pronto como amaneció, bajó al vestíbulo y se preparó para salir a pasear antes de desayunar.

Lo mismo que Londres, a esa hora de la mañana, Nueva York estaba muy tranquila.

Había caminado bastante, cuando alguien, que iba detrás de ella, le dijo:

—Buenos días —la chica se volvió y se dio cuenta de que su jefe trataba de alcanzarla.

—Es muy temprano. ¿No puede dormir? —preguntó, caminando a su lado.

—He dormido muy bien, pero me he despertado temprano, y me he levantado para pasear un poco.

—Debería comprarse un traje de deporte y acompañarme a correr todas las mañanas.

—No creo que pudiera mantener su ritmo —dijo—. Estoy segura de que no podría.

Aun cuando él iba más despacio que de costumbre, ella tenía que andar más rápido para alcanzarle.

—Al principio no, pero muy pronto logrará ir a mi paso. ¿Sabe patinar?

—En patines de ruedas, sí, o al menos, acostumbraba a hacerlo cuando era pequeña. Nunca he intentado patinar sobre hielo.

—A mediados de octubre habrá patinaje sobre hielo en la pista

Wollman. Está situada en el parque, muy cerca del hotel. Cualquiera con un trabajo sedentario necesita un ejercicio, especialmente las mujeres.

—¿Por qué especialmente las mujeres?

—Porque no están convencidas de que necesitan hacer deporte, como los hombres. Como sexo, la mujer tiene una imagen muy pobre del cuerpo. Piensa que los músculos no son femeninos.

—¿Admira usted a las mujeres que practican el físico culturismo? —preguntó curiosa, acordándose de las curvas de Belinda que se traslucían a través de la bata de seda oscura.

—Admiro a la mujer sana, activa, con energía en su paso y con color natural en sus mejillas —contestó—. Estoy seguro de que al final de esta década nuestro concepto de belleza habrá cambiado. En Londres y Nueva York ha empezado a ser así. Los gimnasios están aumentando. Aun las modelos no son tan delgadas como solían serlo. Las ideas promovidas por mujeres, como Fonda y Principal, no han hecho aún mucho efecto en el oeste medio y en las provincias inglesas pero lo harán. Actualmente, los principales productores de leotardos y de mallas para gimnasia, tienen ventas de alrededor de un millón de dólares, y creo que el mercado no está saturado todavía. Acabo de comprar una compañía de ropa que había fracasado, y una fábrica que elaboraba calzado barato. La primera está fabricando leotardos y la fábrica va a producir zapatillas de deporte en colores que aún no están a la venta en el mercado. He oído que las mujeres se quejan de no encontrar zapatillas que combinen con sus trajes deportivos.

Susy se dio cuenta de que nunca había conocido a un hombre que se interesase tanto por la mujer, en cuanto al deportase refiere. Por supuesto que su padre y sus cuñados no eran así, ni lo había sido Chris.

—Yo estaba aún en la escuela y usted era una niña, cuando los vaqueros se convirtieron en una moda. Han permanecido veinte años y mucha gente ha hecho un gran cantidad de dinero. Podrían haber sido una moda pasajera, pero no ha sido así. Pienso que van a seguir usándose bastante tiempo aún, aunque no por otros veinte años. Hablando retrospectivamente, no es difícil saber por qué una moda perdura y otra no. Los vaqueros estuvieron relacionados con la Revolución, en la cual la juventud se apropió del poder

adquisitivo, que había estado en manos de la clase media. También estuvieron relacionados, en América, con los esfuerzos pacifistas para evitar la guerra de Vietnam. Esos factores son fáciles de reconocer en retrospectiva. Lo que tengo que hacer son cambios inteligentes para el futuro.

—¿Y piensa usted que la afición al deporte va a perdurar? —preguntó ella mirándole a los ojos.

—Lo creo, por una excelente razón. Se convierte en una afición, como los cigarrillos, el alcohol o el café. La gente se vuelve dependiente. Sé por experiencia propia que si no hago ejercicio a diario siento la misma carencia que un fumador sin tabaco o un bebedor sin bebida. Probablemente mis síntomas de privación no son tan incómodos como los suyos, pero existen —hubo una pausa y luego preguntó—: Piensa que estoy exagerando, ¿no?

—He oído que algunas personas alcanzan cierta sensación agradable cuando corren, pero creí que esto le sucedía únicamente a los profesionales… no a cualquiera.

—Le sucede a cualquiera, si practican un ejercicio activo y frecuente, lo suficiente como para obtener el llamado efecto de entrenamiento. Lo que sucede es que, cualquier clase de deporte, ya sea correr en un parque o ejercitarse en un gimnasio, genera sustancias químicas en el cerebro llamadas endorfinas, las cuales se cree que son más fuertes que la morfina e igualmente crean adicción. Cuanto más ejercicio se hace, más se desea.

Habían llegado al hotel. En el ascensor, Wolfe Vyner le dijo:

—Suba a mi suite a las nueve. Estaré fuera la mayor parte de la mañana, y Hannah podrá mostrarle los alrededores y explicarle en qué va a consistir su trabajo.

Se sorprendió cuando, él cogió su brazo derecho y dijo:

—Cierre su puño y haga fuerza.

Después que se sobrepuso a su sorpresa, Susy hizo lo que él le ordenaba.

—Hmm… sí, aquí hay un músculo, pero está en muy baja condición física —expresó él, dejando su brazo.

Antes que ella pudiera replicar, las puertas se abrieron y él añadió:

—Éste es su piso.

* * *

Pocas horas más tarde, la señora Sawyer entró en la suite para pedirle a Hannah que le hiciera copias de una agenda para un comité de caridad.

—Tenía que haberle entregado esto al señor Vyner la noche pasada, después del teatro, pero lo olvidé y lo necesito para esta tarde. ¿Me podrías ayudar, Hannah?

—Por supuesto, señora Sawyer. Ésta es Susana Walker, la nueva secretaria que me va a reemplazar.

La señora Sawyer respondió graciosamente, pero sin la manera amable de la señorita Eisenhart.

Evidentemente al señor Vyner le gustaba la variedad. Ella era completamente diferente a Belinda, su cabello de color castaño era corto y estaba peinado con rizos sueltos que caían sobre su frente.

Llevaba puesto un traje de casimir en color *beige*. Su piel era perfecta, pero el delicado color de sus mejillas era debido al maquillaje, y no podía imaginarla jadeando y sudando después de un ejercicio extenuante.

Parecía como si el único deporte que practicara fuera andar sobre lujosas alfombras con sus zapatos de tacón alto.

—¿Es la primera vez que viene a Nueva York, Susana? —le preguntó.

—Sí, así es.

—Me han dicho que ganó el título de la más destacada secretaria británica. Hannah es sin duda alguna la mejor secretaria americana; nunca he conocido a nadie tan rápida y eficiente. Gracias, Hannah vendré a recoger esto más tarde.

Sonriendo a Hannah y dirigiendo su última mirada a Susy, salió con rapidez.

—No ha olvidado entregarle esto al señor Vyner. Quería una excusa para conocerte —expresó Hannah, irónica, cuando estuvieron solas.

—¿Acostumbra la señora Sawyer a pedirte este tipo de cosas con mucha frecuencia? —preguntó.

—Casi nunca. Ella es la presidenta del comité, no la secretaria. No me sorprendería que la secretaria ya tuviera copias de la agenda

y que la señora Sawyer, la hubiera copiado a mano con el pretexto de venir aquí esta mañana. De las «Tres Gracias», como las llamo, Dena Sawyer es la más posesiva y celosa. A ella no le hubiera gustado que fueras demasiado encantadora; con eso no quiero decir que no seas atractiva. Tienes una cara adorable y una hermosa figura, pero no eres el tipo de mujer que coquetearía con el señor Vyner. No te hubiera contratado si lo fueras. Él no es la clase de jefe que te hace la vida difícil. Uno lee cosas sobre la gran cantidad de problemas sexuales que tienen las mujeres en sus empleos, y creo que esto sucede a menudo. Pero aunque vas a pasar mucho tiempo viajando en su compañía, y permaneciendo en los mismos hoteles que él, no tienes por qué preocuparte al respecto. Le conozco desde hace mucho tiempo, y él no consideraría ético hacer ese tipo de insinuaciones a cualquiera de sus empleadas.

—Con tres hermosas amantes, no creo que tuviera mucha necesidad de relacionarse con alguien más —manifestó Susy, divertida.

Acababa de decir esto, cuando se dio cuenta, por la expresión de Hannah, de que no estaban solas.

La chica se volvió. La puerta que la señora Sawyer había cerrado cuando salió, estaba ahora abierta y Wolfe Vyner cruzaba la espaciosa estancia hacia el vestíbulo, que estaba comunicado con la oficina de su secretaria.

¿Habría escuchado su irreverente comentario?

Con la boca seca, deseando fervientemente haber contenido la lengua, Susy lo observó avanzar hacia ellas.

Si había oído lo que ella había dicho, había preferido ignorarlo, dirigiéndose solamente a Hannah.

—Dame el archivo CATV, ¿quieres, Hannah?

Cuando él ya había vuelto a salir, cerrando tras de sí la pesada puerta a prueba de ruidos, Susy preguntó ansiosa:

—¿Piensas que me ha oído?

—Seguramente, pero yo no me preocuparía. Por cierto, debes estudiar el archivo CATV, Susana.

—¿Qué es CATV?

—Antena de televisión común… lo que llamamos cable visión. Se estima que, para mil novecientos noventa, el sesenta por ciento de los hogares de los Estados Unidos, tendrán cablevisión. En la

actualidad es una industria de dos billones de dólares con proyectos para ingresos de un treinta por ciento anual.

Después de haber fotocopiado la agenda de Dena Sawyer y colocado las copias en un sobre oficial, Hannah le pidió que lo llevara a la recepción, donde el chófer de la Sawyer pasaría a recogerlo más tarde.

Cuando volvía de hacer lo que Hannah le había ordenado, Susy se encontró a su jefe. Él salía del ascensor en el momento en que ella entraba.

Por un momento, Wolfe dio la impresión de querer hablarle. Después, inclinó la cabeza en un frío gesto de reconocimiento y la saludó. Su corazón palpitaba, abatido. Estaba segura de que él se encontraba furioso, pero como iba a un desayuno ejecutivo, no tenía tiempo de hablar con ella.

A la una en punto, el camarero les llevó la comida y la colocó sobre una mesa. Hannah había pedido una piña que tenía muy buen aspecto y ensalada de queso.

—Acostumbro a comer ligeramente al medio día, y la comida principal la hago por la noche —dijo—. A veces solía desayunar solamente un café, pero el señor Vyner me convenció para que cambiara ese mal hábito. Él siempre desayuna muy bien, lo mismo que yo, y me siento mucho mejor.

—¿Ha tratado de convencerte para que corras? Esta mañana lo he encontrado muy temprano en la calle, y me dijo que tenía que practicar algún deporte —expresó Susy.

—Trató de convencerme, hace años, pero me resistí. No soy una persona inactiva. Los fines de semana, a menudo, camino kilómetros buscando temas para fotografiar.

—Oh, sí, recuerdo que me mencionó que te gustaba la fotografía y el tejido. Me preguntó si tenía algún pasatiempo que ocupara mi tiempo cuando no estuviera trabajando.

—¿Y lo tienes?

—Por el momento no. Pero, como le dije, conocer todo esto me mantendrá ocupada.

—Sí, así será. Hay tanto que ver aquí. Esta tarde, tan pronto como oscurezca, iremos al edificio Empire State y contemplaremos Manhattan de noche, desde el piso número ochenta. Es la vista más fabulosa, y muchos neoyorkinos no la conocen. Piensan que es para

el turismo, únicamente. Pero llevo a todos mis amigos que vienen de fuera a ese lugar, y no me canso de contemplarla. Después, cenaremos en alguna parte. ¿Te gustan el sashimi y él sushi?

—No sé a qué te refieres —reconoció Susy.

—A la cocina japonesa. O detestarás la comida o, por el contrario te gustará. Existen gran cantidad de restaurantes japoneses cerca de aquí.

El señor Vyner no regresó durante toda la tarde, y Susy, era consciente de su posible irritación. No creía que fuera la clase de hombre que pasara por alto cualquier cosa que le disgustara seriamente, y ella reconocía que no debía haber hecho ese comentario sobre su vida privada. No era de su incumbencia su forma de vivir, aunque le asombraba que tres mujeres hermosas y socialmente importantes, se permitieran ser tratadas como concubinas compartiendo al mismo hombre: ella estaba segura de que él esperaba una fidelidad absoluta de cada una de ellas durante todo el tiempo que estuviera ausente.

Nunca había sido una feminista activa, sin embargo la idea de un hombre occidental, rico y bien parecido que tratara a las mujeres como miembros de un harén le era por completo repugnante. ¿Amaría a las tres? Por supuesto que no. No eran más que juguetes para él.

De pronto, recordó la noche que estaba en el teatro con Alix, Wolfe había besado la mano de Belinda con un ademán tan íntimo y tierno, que no pudo evitar el sentir una dolorosa envidia.

—Son las cuatro en punto; es la hora del té —dijo Hannah, haciendo que Susy mirara con sobresalto el libro de instrucciones concernientes a la computadora, que era una de las muchas máquinas que Wolfe Vyner tenía a su disposición.

Sintiéndose culpable, se dio cuenta de que no había estado leyendo sino pensando. Pensamientos que no debía permitirse mientras estuviera trabajando.

—¿Té? —preguntó, arrugando la frente—. No sabía que los americanos acostumbraran a tomar té.

—Yo lo hago, y aquí hay algunas galletas de chocolate que hice el pasado fin de semana para los hijos de mi futuro marido —expresó Hannah—. Siempre me ha gustado cocinar, pero no había tenido la oportunidad desde que mi madre murió. El estar viviendo

en hoteles y que te atiendan, es muy agradable, pero siempre desearás un lugar que sea tuyo. Jorge, ése es el nombre de mi futuro esposo, me dice que muy pronto me cansaré de cocinar para él y los muchachos, pero yo no lo creo. ¿Continuaste trabajando después de haberte casado?

—No… no, no lo hice —dijo Susy—. Yo… yo estuve en casa hasta que mi esposo… murió.

Sabía que el haber enviudado tan joven atraía la simpatía y curiosidad de la gente. Aun ahora encontraba difícil hablar de Chris en una forma natural. Su conciencia le decía que no se debería de culpar por lo que había sucedido, pero en su corazón sentía aún un remordimiento doloroso porque no había estado allí esa tarde. En realidad había sido Chris quien le había pedido que sacara a pasear a Billy, el perro, pero eso no le hacía sentirse menos culpable.

La suite incluía una pequeña cocina de gas, en la cual Hannah había preparado el té.

—Lo tomaremos en la estancia. Al señor Vyner no le molesta que estemos allí si él está fuera. Algunas veces tomamos el té, juntos.

Más tarde, cuando se encontraba en su habitación, cambiándose para salir por la noche, se preguntaba la causa por la cual Hannah no se habría casado más joven. De pronto, sonó el teléfono.

—Suz… habla Susana Walker.

—Hágame el favor de subir, señora Walker.

Su terminante tono de voz hizo que su corazón se contrajera con un presentimiento.

—Sí, enseguida, señor Vyner.

Pero antes de abandonar la habitación, quiso que Hannah supiese que el señor Vyner le había llamado, y le dijo:

—El señor Vyner me acaba de llamar. Tardaré un poco.

—Oh… bueno, gracias por avisarme. Para no tener que esperarte en el vestíbulo, ¿por qué no vienes a mi habitación, ya que de todas formas vas a subir?

—Bien… lo haré. —Susy deseó que su voz no delatara el pánico que sentía.

Mientras subía por el ascensor hacia la suite, se obligó a relajarse; aquel hombre no se la iba a comer, se dijo.

La habían dado una llave para la puerta de servicio de la suite.

Entró, cruzó el hall y, temblando llamó a la puerta que conducía hacia la estancia.

Una voz cortés, respondió:

—Entre.

Susy abrió la puerta y entró.

Él estaba parado de perfil contemplando una pintura de fresas salvajes, apiñadas en un jarrón chino, que según Hannah, era obra de un artista holandés del siglo dieciocho.

Cuando él se volvió para mirarla, ella observó que el nítido cuello de su camisa resaltaba su bronceado.

Wolfe Vyner, con su espeso cabello y su recia mandíbula parecía soberbio. Perspicaz como era, Susy comprendió súbitamente por qué la señora Sawyer, Belinda y la aún desconocida *Madame* Dupont, aceptaban que no les perteneciera exclusivamente. ¿Qué mujer no disfrutaría una tarde, incluso una noche, con este hombre tan atractivo, de mente brillante y de cuerpo atlético?

Capítulo 5

Después de haber hablado con el señor Vyner, Susy se sorprendió de haber tenido el valor suficiente para tomar la iniciativa, en lugar de esperar que él la agraviara.

Había hablado sinceramente con cierta seguridad en sí misma:

—Sé por qué me ha mandado llamar, señor Vyner. Le debo una disculpa. Esta tarde hice un comentario que se que no era… muy correcto. Le aseguro que no volveré a hacer comentarios tan indiscretos. Siento mucho que haya pasado hoy.

Transcurrió un largo rato antes que él contestara:

—Es una cualidad muy rara y recomendable el reconocer un error antes de ser acusado por ello. La mayoría de las personas se confiesan inocentes y, si es posible, le echan la culpa a alguien más —dijo él con ironía—. Seré franco, señora Walker. Cuando esta mañana oí lo que usted describe correctamente como un comentario indiscreto, pensé que me había equivocado en mi juicio sobre su carácter; no soporto tales indiscreciones. ¿Por qué hizo ese comentario?

Esta vez Susy se quedó pensativa antes de hablar.

—Hannah me estaba diciendo, que no debía preocuparme de que en mi trabajo tuviera que soportar… vejaciones, aunque, por supuesto, esta advertencia era innecesaria.

—¿Por qué dice que era una advertencia innecesaria?

—En ningún momento he pensado que pudiera ser molestada; nunca he tenido ese tipo de problemas pero me imagino que los hombres que se insinúan con sus empleadas o son hombres dominados por su esposa o tan faltos de atractivo que deben utilizar

la coacción —contestó Susy.

Él sonrió al oír este comentario.

—Ya veo. Me alegra saber que usted me considera una persona seria —expresó irónicamente—. ¿Le gusta su habitación? ¿Tiene todo lo que necesita?

—Sí, muchas gracias. Es muy cómoda. Esta noche Hannah me va a llevar a ver la ciudad desde el Empire State, y después vamos a ir a comer a un restaurante chino.

—Nueva York cuenta con una espléndida colección de comidas. Mexicana, china… judía… italiana. Deseo que disfrute de todo esto.

Imaginando que ya podía retirarse, ella dijo:

—Gracias, buenas noches señor Vyner —y salió de la habitación.

Pero cuando llegó al ascensor, se sintió desfallecer a consecuencia de la tensión; había estado a punto de ser despedida.

Un día antes que Hannah se marchara a Boston, donde la volverían a ver en su boda, Susy le recordó que le había prometido revelarle algunos secretos acerca de hacer compras en Nueva York.

—En realidad no son secretos. La mayoría de la gente los conoce, pero no se aprovechan de ellos —dijo la mujer—. Si te quieres vestir, dentro de un presupuesto, el truco es buscar tu ropa en tiendas de gran calidad como la de Henry Bendel, Bergdorf Goodman y Altman's, pero comprarla en el lado este. Las tiendas que venden ropa de alta costura en las calles de Orchard y la calle Canal no disponen de mucho espacio para mostrar los modelos. Debes anotar la referencia de cada una de las etiquetas de la ropa, que hayas elegido en esas tiendas de gran calidad y luego intentar encontrar los modelos donde te he dicho. Por supuesto que no siempre van a tener todo lo que llevas anotado, pero cuando lo encuentres será muchísimo más económico que si la compras en la Quinta Avenida.

—¿Qué clase de ropa debo comprarme para un viaje a Barbados? —pregunto Susy.

Mientras Hannah y su esposo disfrutaban su luna de miel, ella estaría acompañando a Wolfe Vyner al Caribe, en uno de aquellos frecuentes viajes de vacaciones y trabajo.

—Un par de trajes de baño, una bata de playa, dos o tres vestidos de verano y algo para ponerte por la noche, si es que te invitan a salir —comentó Hannah.

La última advertencia de Hannah y la más asombrosa fue la que le hizo el día de su partida.

—Espero por tu propio bien, que no permanezcas tanto tiempo como yo en este trabajo, aunque es un trabajo bastante agradable. Conocerás una gran parte del mundo y a mucha gente interesante. Pero no cometas el mismo error que yo cometí el primer año.

—¿Cuál fue? —preguntó Susy.

—No te enamores de tu jefe.

—¿Tú te enamoraste del señor Vyner? —preguntó asombrada.

—Sí, fui una tonta. Tienes que recordar que era un poco mayor que tú cuando empecé a trabajar para él; yo tenía un novio muy agradable, pero a él no le agradaba Wolfe, a muy pocos hombres les agradaba. Rompimos nuestras relaciones, y yo fui la única culpable. Cuando me di cuenta de que sólo estaba soñando un imposible, Tom ya se había casado y tenía dos niños. Ya era demasiado tarde cuando me di cuenta de que Wolfe no era la clase de hombre que desea casarse, y si lo fuera, buscaría la persona adecuada, alguien con cerebro, belleza y educación.

Sonrió mientras añadía:

—Creo que tú eres mucho más juiciosa de lo que yo fui en mis veinte años, y además ahora él está en una situación diferente, en lo que a su vida privada se refiere. Las Tres Gracias no estaban con él entonces. Él sólo se divertía, pero la mayor parte del tiempo estaba muy ocupado, tratando de escalar la cima, y no todas sus empresas marchaban de bien como este momento. Acostumbrábamos a trabajar hasta muy tarde cuatro o cinco noches a la semana, y algunas veces me llevaba a cenar y me hablaba sobre sus planes futuros. No fue culpa suya el que yo me enamorara de él. Él nunca me dio ninguna esperanza, excepto el ser un jefe considerado y un hombre encantador.

* * *

Susy completó su período a prueba en Cay Pine, un paraíso situado en un archipiélago de ocho islas, entre las Bahamas y Haití.

Su jefe había acudido a Cay Pine invitado por un amigo, quien pensaba que Wolfe debería de tener una casa allí, lo mismo que él.

En este viaje, Wolfe la pudo haber dejado en Nueva York. Aquí había muy poco trabajo, excepto transcribir algunas notas que él había grabado, mientras inspeccionaba lugares para construir nuevas casas.

Aparte de eso, ella había pasado el tiempo disfrutando del sol y aumentando el bronceado que aún perduraba de su viaje reciente a Barbados.

El último día de su período de prueba, estaba tomando el sol al lado de la preciosa piscina del club, cuando vio que él venía hacia ella.

Susy apoyó los pies en las tablas del muelle y se levantó, atándose los tirantes del bikini.

Antes que él llegara a donde estaba ella le dijo:

—¿Me necesita para algo, señor Vyner?

—Sólo para decirle que nuestro vuelo sale mañana por la mañana. He escuchado algo por la radio que me ha animado a regresar a la civilización o incivilización como Billy la llama.

Billy era su anfitrión, un multimillonario americano que estaba ya cansado de los sitios de veraneo sofisticados.

—¿Vamos a Nueva York? —preguntó.

—Sí, por unos días. Mientras estemos allí, recuérdeme que debo de hacer su contrato. Espero que, lo mismo que yo, usted crea que el período de prueba ha sido satisfactorio.

Susy no pudo disimular su alegría. Aunque Wolfe tenía una memoria fenomenal, no esperaba que recordara la fecha en que había comenzado a trabajar con él.

—Desde mi punto de vista, más que satisfactorio —contestó ella —. No muchas secretarias disfrutan de algo así —con un gesto de satisfacción, miró a su alrededor, manifestando cierto regocijo.

—Todo esto es maravilloso para pasar una semana pero no me gustaría estar durante meses aquí, como muchas de estas personas lo hacen —dijo él, mirando a la gente sentada a la sombra y a las personas que estaban tomando el sol—. Probablemente dentro de veinte años estaré preparado para unirme a los comedores de loto pero aún no. La veré más tarde.

Ella lo observó caminar hacia la laguna, todo su cuerpo era musculoso. Suspiró, deseando que él le hubiera dicho: «Voy a nadar. ¿Le gustaría venir conmigo?».

Recordó la advertencia de Hannah. «No cometas el mismo error que yo tuve en mi primer año. No te enamores de tu jefe».

De todas maneras ya era muy tarde. Ella se había enamorado de Wolfe Vyner el primer día que le conoció en Londres.

Esa noche fueron a una fiesta en la que Susy conoció a un francés llamado Robert Marignay. Al principio, solamente se dirigía a ella con cierta cortesía, pero cuando descubrió que era la secretaria de Wolfe, se volvió más atento.

—Pensaba que era su novia. ¿Qué significa esto? —Tocó el anillo de boda—. ¿Es divorciada?

—Soy viuda.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Tres años.

—¿Su esposo era mucho mayor que usted?

—Solamente un año.

—Oh, es muy triste morir tan joven. Pero tres años es tiempo suficiente para conocer a otra persona. ¿No ha tenido ningún amante?

Su pregunta tan directa la sorprendió y alarmó. Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no? Usted es hermosa y joven. Debería de tener un, amante. ¿No ha encontrado algún hombre que le agrade?

Ella dijo alegremente.

—Todavía no, pero no he buscado muy en serio. Por el momento estoy enamorada de Nueva York. ¿Ha estado allí alguna vez?

—Muchas veces. He estado en todos los lados —él peinó hacia atrás un mechón de cabello que le caía por la frente. El color de sus ojos era azul, casi gris, su piel estaba bastante bronceada.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó Susy.

—Soy lo que llamarían un *bon vivant*. ¿Qué significa eso en su idioma? ¿Un vividor?

—Sí, pero no es una profesión.

—Al contrario, es la profesión más excitante. Para disfrutar cada día… para llenar cada hora con placer, que, por cierto, no es tan sencillo.

—Creo que eso sería imposible.

—No para mí. Reconozco que unos días son mejores que otros. Mañana será uno de mis mejores días. Lo voy a pasar con una chica

adorable que me atrae muchísimo. Por la mañana alquilaremos un bote y navegaremos en la laguna, por la tarde… todo depende…

Por un momento, Susy pensó que estaba hablando de alguien más. Cuando se dio cuenta de que se refería a ella, y que él había dicho «todo depende» en un tono que dejaba muy pocas dudas sobre cómo pensaba pasar la tarde, ella no pudo evitar sonrojarse.

Roberto cogió una de sus manos y la besó.

—¿A qué hora podremos vernos? ¿Hacia las siete?

Ella logró separar su mano de la de él.

—El señor Vyner y yo nos vamos a Cay Pine mañana.

—Oh, eso es terrible. ¿Adónde se dirigen?

—A Nueva York.

—Entonces yo también debo ir pronto a Nueva York. ¿Cree usted en el destino?

Susy le sonrió.

—Sospecho que tu destino te ha proporcionado muchos encuentros al atardecer, Roberto —dijo, tuteándole.

Él le devolvió la sonrisa.

—Han existido muchas mujeres en mi vida —lo aceptó—. Pero cada vez creía que con la que estaba en ese momento iba a ser la mujer de mi vida. El amor es como cualquier otra cosa… solamente por medio del error se consigue llegar a la perfección. ¿Bailamos?

Antes del accidente, la primera cosa que hacía al despertarse por la mañana era encender la radio y buscar una emisora donde estuvieran tocando música para bailar. Su padre odiaba la música moderna y por eso le había regalado un transistor con auriculares, para que él no tuviera necesidad de soportar la música que hacía bailar a Susy. Dos o tres veces a la semana Chris y ella pasaban la tarde en una discoteca. También escuchaban música moderna en la radio de su coche deportivo, que le habían regalado a Chris sus padres el día que cumplió veintiún años. En ese coche habían tenido el accidente y desde entonces ya no había habido más música, ni baile.

Con cierta indiferencia dejó que Roberto la condujera a la pista. Al principio, sus movimientos eran torpes, como los de una persona que no tenía sentido del ritmo. Pero como el francés bailaba muy bien ella comenzó a relajarse, sintiéndose bastante mejor; sus caderas se movían, siguiendo el ritmo de la música.

Bailaron tres canciones seguidas sin descansar.

Ella estaba ya sin aliento pues hacía tiempo que no bailaba, aunque los ejercicios físicos que practicaba desde hacía dos meses, le hacían sentirse bastante mejor que antes.

Siguiendo el consejo de Wolfe, Susy iba todos las noches a un gimnasio.

—Por la forma de bailar de una mujer se dice cómo hace el amor, —murmuró Roberto, mientras empezaba a tomarla en sus brazos.

Cuando su brazo rodeó su cintura, una mano bronceada cayó sobre sus hombros y Wolfe dijo con frialdad:

—Hay otras personas que quieren bailar con Susana, Marigni. No pienses tenerla para ti sólo toda la noche.

Era una situación en la cual Roberto no podía hacer otra cosa, sino dejar que ella bailase con Wolfe. Mientras cambiaba de pareja, Susy sintió una excitación punzante que no había experimentado momentos antes.

Sin embargo, Wolfe no se acercó tanto a ella como Roberto lo había hecho. Su mano derecha descansaba con suavidad sobre su cintura, él dijo:

—La he visto bailar.

—Me encantaba cuando yo tenía quince años.

—¿Qué piensa de Roberto Marigni?

—Evidentemente es un conquistador tremendo.

—Es más que eso —dijo, irónico—. Llevar a las mujeres a la cama es su deporte favorito.

—Podría decirse que eso es común en la mayoría de los hombres en cierta etapa de su vida.

—De hombres jóvenes sí. Marigni tiene veintinueve o treinta. Es un tipo peligroso.

Él se apartó un poco de ella para mirarle a la cara.

—Y si piensa que algunas personas dirán lo mismo de mí, existe una diferencia. Las mujeres que he tenido jamás han sido esposas de otros hombres o chicas sin experiencia. Para Marigni cualquiera es parte del juego.

—Bien, gracias por advertírmelo, pero no creo que esté en peligro durante mucho tiempo sobre todo si nos vamos mañana.

—Eso mientras no la persuada a caminar bajo la luz de la luna

con él. Me ha dicho que no suele perder su tiempo.

—Así debe de ser, con conquistas fáciles pero yo no soy así —expresó Susy un poco obstinada.

De nuevo, él se retiró para mirarla.

—¿Ha tenido muchas citas desde que empezó a trabajar para mí?

—He salido una o dos veces a comer…

—¿Lo ha hecho? ¿Con alguno de mis empleados?

—No, he salido con amigos que he conocido fuera de mis horas de trabajo.

—¿En dónde?

—Realmente, señor Vyner, no pienso que sea de su…

—Me puedes llamar Wolfe cuando estemos fuera de horas de trabajo.

—Así lo haré si lo deseas, no creo que tengas derecho a examinar mi vida privada.

—Nueva York no es Yorkshire. Pensé que tenías mucho sentido común, pero veo que no tienes tanta experiencia como para saber con qué personas debes relacionarte. Cualquier relación que comienza con un conocimiento casual, aún si pasa en un lugar como la colección Frick, por ejemplo, supone riesgo. ¿Has estado en el Frick?

—Sí.

La mansión, construida durante la primera guerra mundial en Pittsburgh, por un industrial del acero, Henry Clay Frik, estaba a unas pocas cuadras al norte del Pierre. Susy había estado allí un domingo por la tarde. A los cinco años de haber construido la mansión, Frick había muerto y dejado la casa y todo lo que había en ella a la gente de la ciudad de Nueva York.

—¿Te fijaste en el órgano que había al lado de la escalera? —preguntó Wolfe—. Los sábados por la tarde, Frick mandaba traer al organista para que tocara todo el día mientras él leía el Evening Post.

—¿En serio? La tarde que estuve allí escuché a un muchacho que le decía a su novia que la fortuna de Frick se había hecho a base de sangre de los trabajadores que murieron durante una huelga por un contrato de la unión.

Él se encogió de hombros.

—Algunas personas dicen que los millones de Rockefeller están manchados con la sangre de los mineros, pero John Davison Rockefeller, fue también un gran filántropo. Cedió seis millones de dólares para la investigación médica y muchas otras causas más. Nos estamos alejando del tema, ¿con quién y en dónde has ido a cenar?

—Si quieres saberlo, todas mis citas han sido las clases que recibo por las noches.

—¿A qué clases te refieres?

—Clases de gimnasia.

—Con razón te veo en mejor forma que cuando estuvimos en Barbados. Has mejorado en la natación y tu paso es más ligero y enérgico ahora.

—Oh, gracias —se sorprendió de que él lo hubiera notado. Ella lo había visto observando la figura de otras mujeres, pero nunca la había mirado a ella de esa forma, o por lo menos nunca se había dado cuenta de ello.

—Porque pienso que no es posible para un hombre y una mujer ser amigos, excepto quizá cuando los dos están felizmente casados tienen algún interés en común, ya sea su trabajo o algún pasatiempo absorbente.

Aquella noche ya no tuvo ninguna conversación a solas con Wolfe. Ni, para su sorpresa, Roberto la invitó a bailar de nuevo.

* * *

Diez días después de haber regresado de Cay Pine, Susy encontró en su habitación, cuando llegó por la noche, un florero con claveles rojos, sobre la mesita de café. Al principio, pensó que los habían dejado allí por equivocación. Pero cuando estaba a punto de llamar a la floristería del hotel para decir que le habían enviado unas flores, que posiblemente pertenecían a otra persona, se dio cuenta de que había una tarjeta entre las hojas.

En ella estaba escrito:

Estaré en este número hasta las siete de la noche. Es importante que me llames. Luego, había un número y las iniciales R. M.

Al principio esto no le dijo nada. De pronto, recordó al francés,

que le había dicho que debería de tener un amante, insinuándose él mismo. Había dicho que iba a ir a Nueva York, pero durante ese tiempo ella ya lo había olvidado.

¿Cómo se había enterado dónde se encontraba? Probablemente a través de sus anfitriones de Cary Pine. Por supuesto que Susy no tenía ningún interés en llamarle, y aunque él probablemente se imaginaba que ella estaría muy ocupada, sin embargo debería darle las gracias por las flores.

El número que mareó fue el del hotel Mayfair Regent, que estaba muy cerca del Pierre. Ella había pasado por ese lugar más de una vez, y también le había reservado mesa varias veces a Wolfe para cenar en Le Cirque, el renombrado restaurante francés del Regent Mayfair.

Le avisaron inmediatamente.

—Susana, ¿cómo estás? —Por teléfono su acento parecía más pronunciado.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Mucho mejor si escucho tu voz. Ha pasado mucho tiempo desde que bailamos, pero no he podido venir antes. ¿No creíste que te iba a seguir hasta aquí?

—Realmente, no… y estoy segura de que has venido a Nueva York por algo más que por mí.

—Estás equivocada. La única razón de este viaje ha sido verte. ¿Cuándo nos podemos ver? ¿Esta noche? ¿Estás libre para cenar conmigo?

—Me temo que no.

—¿Tienes alguna cita con alguien?

—No, tengo una clase hoy por la noche.

—¿No puedes faltar una vez?

—No quiero hacerlo. Disfruto en mis clases.

—¿Qué es lo que estás estudiando?

—Anatomía.

—¿Eres una artista en tu tiempo libre?

—No.

—¿No me digas que estás estudiando para enfermera? No deberían dejarte a cargo ningún paciente masculino. El excitarse no es bueno para hombres que padecen del corazón o de alta presión.

—Lo que estoy estudiando es físico culturismo. Cómo desarrollar

unos músculos largos y flexibles.
—¿Tú quieres tener músculos? ¡Debes estar loca! Tienes un cuerpo hermoso, ¿por qué quieres echarlo a perder? Los músculos son para los hombres.
—Los cerebros acostumbraban a ser también únicamente para los hombres. Hasta ahora no se han dado cuenta de que nosotras también tenemos.
—¡Dios mío! ¡No me digas que me he enamorado de una feminista!
—Oh, Roberto, no seas absurdo, tú no te has enamorado de mí, y yo no soy una feminista. Por cierto, muchas gracias por las flores.
—Te iba a mandar rosas rojas, pero cuando vi los claveles me recordaron el color de tu piel cuando te sonrojas —dijo con su tono seductor.
—Quisiera que no hubieras sido tan atrevido —manifestó Susy.
—¿A qué hora se terminan tus clases de físico culturismo? Probablemente tendrás hambre después de tanto ejercicio. Nos veremos y podrás comer algo.
—No estaré apropiadamente vestida para cenar en uno de ésos; restaurantes a los que tú acostumbras ir.
—Tú no sabes dónde me gusta comer. Conozco infinidad de lugares donde nadie se extrañaría de ver una chica en traje de deporte. ¿Usas también mallas?
—No.
—Deberías, son muy eróticas. ¿Cuál es la dirección, y a qué hora; puedo pasar por ti?
Susy no sabía por qué había aceptado esa invitación. Estaba segura de que Wolfe no lo aprobaría si se enteraba. El único motivo por el que Roberto le asediaba era la conquista sexual. Sabía que era una tonta si comenzaba algo que no iba a terminar en la forma en que él pensaba.
A pesar de tener razones suficientes para negarse, le dio la dirección del gimnasio y le preguntó a qué hora podía pasar a buscarla.
La llevó a un restaurante húngaro de la segunda avenida. Era pequeño y elegante. En el camino, Roberto le comentó que la comida era casera y excelente.
—¿Por qué no llevas el traje de deporte? —Él le preguntó

mientras le ayudaba a quitarse la gabardina.

—Acostumbro a cambiarme cuando ya me voy a casa.

—¿Seguro que vas todas las noches andando a casa?

—Casi siempre. No suelo salir tarde y jamás me voy por calles oscuras. ¿Qué es lo que te trajo a Nueva York?

—Ya te lo he dicho.

Susy le sonrió.

—Pero no te he creído, y aún no te creo.

Un camarero se acercó y dijo:

—Buenas noches. ¿Quieren tomar algo mientras le sirven la cena?

—¿Qué te gustaría beber, Susy?

—Vino tinto.

—Me parece buena idea. ¿Puedo ver la lista de vinos?

El camarero le dio la carta. Roberto la miró rápidamente, pidió el vino que había elegido y, cuando el camarero se retiró, Roberto dijo:

—Te aseguro que es cierto. No tengo otra razón para estar aquí. Quería verte de nuevo. ¿Por qué no puedes creerlo? La razón eres tú misma, tu belleza.

—Gracias. Sin embargo, te diré que necesitas algo más que tres docenas de claveles, una cena deliciosa y una cortés adulación para llevarme a la cama. Si estás esperando hacerme el amor, al final de la velada, me temo que te voy a decepcionar. No acostumbro hacer el amor de una manera casual.

Roberto parecía asombrado.

—¿Le dices esto a cualquiera que te lleva a cenar?

—La situación no se me había presentado antes. Tú eres el primer hombre con quien acepto cenar desde que mi esposo murió.

Después de una pausa, Roberto dijo apacible.

—Lo debes haber querido mucho.

—No lo sé. Los dos éramos muy jóvenes e inmaduros. No estoy segura de que las personas a esa edad puedan ser capaces de querer realmente. ¿Has estado casado, Roberto?

—No. Como alguien dijo, el matrimonio es una admirable institución, pero no estoy preparado aún para esa institución.

El camarero volvió con el vino, y en ese momento se acordaron de que todavía no habían mirado la carta de comidas que había

sobre la mesa. Como Susy no había probado la comida húngara antes, le dijo a Roberto que le recomendara algo.

—Sugiero que empecemos con un arenque ahumado, luego podremos saborear un pollo con pasta nokeldi y salsa de crema ácida. ¿No crees que tiene que estar muy bueno?

—¡Delicioso!

Cuando el camarero se alejó, él preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Wolfe Vyner?

—Un poco más de tres meses.

—Me di cuenta, por la forma en que nos interrumpió cuando estabais bailando, de que no deseaba que nos hubiéramos conocido. Lo he visto en París muchas veces. Me imagino que te habrá aconsejado que te mantengas alejada de mí.

—Sí, lo hizo.

—Pero no has hecho ningún caso.

—Me gusta hacer mis propios juicios sobre las personas. Pero no creo que él me hubiera dicho que tienes mala reputación entre las mujeres, si no hubiese algo de verdad en ello.

—No es el más indicado para hablar. ¿Sabes algo acerca de sus mujeres?

Conteniendo su curiosidad acerca de *Madame* Dupont, a quien Roberto probablemente conocía, Susy dijo:

—No acostumbro a comentar nada sobre el señor Vyner. Era de tu reputación de lo que estábamos hablando.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, reconozco que tengo mi historia. Pero las mujeres no son unos ángeles. Ahora que no existe peligro de quedar embarazadas, la mayoría hace lo que le place, no existen muchas vírgenes de más de dieciséis años. Quieren conocer todo al respecto, y ¿por qué no? No es un crimen tener relaciones sexuales, sino una de las cosas buenas que tiene la vida.

Susy dijo, pensativa:

—No lo sé, pero me imagino que tener relaciones sexuales con alguien a quien no amas, es como saborear la crema artificial —tratando de cambiar de tema dijo—: ¿Pasas mucho tiempo en París?

—Solamente en primavera y otoño me gusta estar en París, en el verano hay demasiados turistas, y en el invierno el tiempo es insoportable.

—Iremos a París a finales de este mes. Nunca he estado allí. Deseo conocerlo. ¿Qué es lo primero que debo visitar?

—En tu primera noche en París debes cenar conmigo bajo el emparrado de La Colombe. Es el restaurante más antiguo de la lié de la Cité. En la lié Saint Louis, que es más pequeña, tengo mi apartamento al que algún día te invitaré. Es un lugar muy agradable para vivir; está en el corazón de París, pero es muy tranquilo. La casa la heredé de mi abuela, que era amiga de la abuela de Vyner. Es una casa muy grande, así que la he convertido en cuatro apartamentos. El ático, que estaba destinado a la servidumbre, lo convertí en un gran apartamento, y también tiene un jardín en la terraza con una vista hacia el río. Las rentas de los demás apartamentos me permiten vivir como deseo.

—Las rentas deben ser muy altas si te permiten hospedarte en hoteles como el Mayfair Regent —acentuó ella, sospechando aún sobre qué clase de negocio lo había traído a Nueva York.

—Son altas. La de Saint Louis es un lugar muy agradable para vivir. El presidente acostumbraba a vivir allí. La mayoría de las casas fueron construidas en el siglo diecisiete, cuando la arquitectura francesa era muy agradable y gozaba de gran esplendor. Todas las habitaciones principales de mi casa tienen hermosas pinturas en los techos. Por desgracia, mi abuela nunca estuvo de acuerdo en la remodelación. Por el contrario, pasó los últimos días de su vida con muy poco dinero y con sólo una doncella que la cuidaba, en lugar de vivir cómodamente.

—¿Acaso la abuela del señor Vyner vive también en la isla? —preguntó Susy.

—No, ella tiene un apartamento en el lado oeste de París. Está en la misma urbanización que el apartamento de Jackeline Dupont. Ella es la amante francesa de tu jefe, un arreglo muy conveniente. Le permite combinar el placer con el deber.

Susy no hizo comentario alguno.

—¿Antes que tu abuela muriera, trabajabas? —preguntó ella.

Él hizo una mueca.

—¡No me lo recuerdes! Trabajaba en la banca, una ocupación en extremo aburrida a la que renuncié con gran placer.

—¿No te ha interesado nunca trabajar en otra cosa?

—No. Siempre quise ser un hombre acomodado como mi abuelo

y mi padre. Ellos no estaban acostumbrados a trabajar.

—Pero ahora, cuando todo el mundo trabaja, ¿no es un poco triste pertenecer a una clase, que casi está desapareciendo? ¿Qué esperas encontrar en esa vida tan ociosa, de la que te sientes satisfecho?

—Muchas cosas. Viajo, practico gran cantidad de deportes. Tengo amigos en todas partes y siempre hay una fiesta a la que, como hombre sin ataduras, soy bienvenido. Nunca me aburro, te lo aseguro. ¿Te aburrirías si pudieras renunciar a tu trabajo?

—No lo sé. Quizá no.

Cuando acabaron el pollo, Roberto la persuadió de que compartieran algunos palacsintas.

—Deberías probarlos —insistió él, cuando Susy protestó, aduciendo que había comido demasiado—. Son como nuestros crepé están deliciosos.

Los crepes húngaros estaban muy sabrosos, cada uno con un relleno diferente de crema de durazno, nueces azucaradas y queso.

—Mañana deberíamos probar un thali hindú —sugirió Robert en el momento en que terminaban de comer.

—Pero no puedo cenar contigo mañana por la noche —manifestó apresurada.

—¿Tienes otro compromiso?

—No, pero tú debes tener amigos en Nueva York a quienes desearás ver.

—Podría ver a algunos de ellos durante el día mientras tú estás trabajando. Me gustaría más pasar mis veladas contigo, aunque no pueda convencerte de que tomemos el desayuno juntos —añadió burlón.

La llevó en taxi hasta el hotel Pierre, pidiéndole al conductor que lo esperara mientras la acompañaba a la puerta, y, cuando llegaron, él besó su mano. No dijo nada sobre la cita de la noche siguiente.

Mientras cruzaba el vestíbulo, Susy reconoció que desde que había parado el taxi en la puerta del hotel, ella había tenido el temor de encontrarse con Wolfe. No se sintió liberada de este sentimiento, hasta que estuvo segura de que el ascensor se dirigía a su piso.

Capítulo 6

La mañana siguiente, mientras desayunaba, sonó el teléfono. Era Roberto. Quería saber cómo había dormido, qué estaba desayunando y si podría verla a la hora de la comida.

—No, lo siento pero no puedo verte —rechazó ella con firmeza —. Sólo dispongo de media hora.

—Sólo de media hora. ¡Pero eso es tremendo! ¡Ese hombre es un capataz!

—Yo no lo creo así, es un jefe muy considerado. ¿Cuántas secretarias se pueden permitir el lujo de comer salmón o Chateaubriand?

—No tomes Chateaubriand hoy o no podrás disfrutar de un thali hindú esta noche. ¿Te puedo llamar a las siete, sí?

Contra su voluntad, Susy asintió.

Él continuó charlando hasta que ella se vio obligada a decirle:

—Debo colgar ahora, Roberto, o se me hará tarde.

—Bien, iré por ti a las siete. ¡Hasta pronto!

Pero no le vio aquella noche porque a mediodía Wolfe y ella se fueron en avión a Toronto. En una nota que había dejado para Roberto en el hotel, no decía hacia dónde se dirigían, solamente que no iban a estar en Nueva York por algún tiempo.

Susy ya llevaba siete meses trabajando con Wolfe cuando fue a su casa por primera vez. Se sentía más a gusto en Nueva York y París que en la pequeña ciudad de Yorkshire donde había crecido.

Fue una visita reveladora, porque se dio cuenta, con mayor claridad de lo qué imaginaba, cuánto había cambiado y progresado.

—¿Te has divertido? —le preguntó Wolfe, cuando se reunió con

él en Londres.

—Sí, gracias.

De Londres volaron a Bruselas y luego a París, donde Susy preparó todo lo necesario para la celebración de los setenta y nueve años de la abuela de Wolfe. Ya conocía a la anciana dama, y sabía que tenía gran predilección por Wolfe, aunque lo disimulaba. Susy se sentía nerviosa, al imaginar que ella adivinaba sus sentimientos.

Fue en otra visita a París, cuando se encontró con Roberto del nuevo. Paseaba bajo las arcadas cubiertas de Place de Vosges, la plaza más hermosa de la ciudad, cuando alguien exclamó:

—¡Susana! —Ella se volvió y encontró a Roberto que la saludaba, resplandeciente.

Cenaron juntos esa noche, y durante el resto de su estancia le hizo la corte asiduamente. Pero en su último día en París, sentados en un café al aire libre, él preguntó:

—¿No voy a llegar a nada contigo, o sí, querida?

Los dos sabían a qué se refería. A Susy le gustaba y disfrutaba cuando estaba con Roberto, pero nunca iba a dormir con él.

—Me temo que no.

Cuando, después de la cena, la acompañó de regreso al Plaza Athenée, supo que era muy probable que no volviera a verle. En la vida de Roberto no existía lugar para amistades platónicas ni en la de ella para romances pasajeros.

Se enteró, por medio de Hannah, de que el harén de Wolfe se había reducido a dos.

Ella le pidió la tarde libre para ir de compras con su antigua secretaria. Hannah y su esposo, Jorge, habían llegado a Manhattan la tarde anterior. Susy había ido al teatro con ellos y después a cenar.

Al día siguiente, Jorge tenía negocios que arreglar, lo que permitió que Hannah y ella se citaran temprano para ir de compras a Blomingdale, la tienda de modas.

—¿Qué tal las compras en Boston? —preguntó Susy.

—No tan mal, ahora que ya me estoy acostumbrando. Acabo de hacer unas compras maravillosas en el basamento de Filena. Deberías visitarme y así podríamos curiosear juntas. El Emporio Quincy posee también buenas tiendas, pero Boston no es como Nueva York.

—¿Echas de menos Nueva York? —preguntó Susy.

—Oh, no, no, ni por un momento. Bueno, tal vez algunas veces —se corrigió Hannah, sonriendo—. Odiaría el no poder regresar aquí, pero no quisiera volver a vivir en este lugar. No es porque Boston sea mejor que esta ciudad, sino porque me encanta mi nueva vida. Me gusta cuidar de mi familia y no extraño el trabajo para nada.

—Creo que ahora trabajas mucho más que cuando te encontrabas aquí.

—Tal vez, pero es diferente trabajar para ti misma. Antes era mi jefe quien fijaba el horario, ahora lo hago yo. Hablando de Wolfe, ¿qué pasó entre él y Dena Sawyer? ¿Tienes alguna idea de por qué rompieron?

—Ni siquiera estaba enterada de ello. ¿Estás segura?

—Suele suceder. Debe haber pasado hace tiempo ya. Me enteré casualmente en una revista atrasada cuando fui a la peluquería. Parece ser que Dena había estado saliendo con alguien más. Tú qué haces las reservas, y pides las flores y los jarrones de Royal Beluga, que acostumbraba a enviar en lugar de bombones, deberías saber cuándo rompió con ella.

—Tienes razón. Hace ya tiempo que no ordena esas cosas. Creí que ella estaba fuera de la ciudad. Probablemente, Dena fue la que terminó la relación —sugirió Susy.

—¡Debes estar bromeando! ¿Romper con Wolfe?

—Quizá ella se cansó de compartirle.

—Yo creo que fue él quien la dejó, posiblemente por insinuar ella que deberían casarse. Me pregunto quién la irá a reemplazar. No lo sabrás durante algún tiempo. En un principio, él suele escoger las flores y los regalos, sólo se nota en sus cuentas bancarias personales.

Sin embargo, pasaba el tiempo, y parecía que la señora Sawyer no era remplazada.

Una de las tareas habituales de Susy era grapar y archivar nuevos temas periodísticos, que Wolfe subrayaba con rojo.

Una tarde, estaba guardando un uniforme de un grupo científico de la Universidad de Agronomía y Mecánica de Texas, cuando él entró en la oficina y preguntó:

—¿Estás libre esta noche, Susana?

Esa noche tenía su clase de gimnasia, pero contestó:

—Sí.

—Un conocido ha llegado a la ciudad inesperadamente y desea que vaya a cenar con él y su tercera esposa. Es treinta años menor que él y no tiene sesos en la cabeza, o no los he podido descubrir. ¿Podrías acompañarme y hablar con ella de modas?, de otra forma no podré tener una conversación seria con él y, excepto en su elección de esposas, es un hombre muy inteligente.

—Estaré encantada —dijo ella—. ¿A qué hora debo estar preparada?

—Llegarán aquí a las siete. No le he preguntado donde ha reservado mesa para la cena, pero más tarde, si no vamos a una discoteca iremos a una sala de fiestas. A su esposa le encanta bailar y Boris le consiente cualquier capricho. Recuerdo que a ti también te gusta el baile.

—Sí —asintió Susy—. ¿Será de etiqueta?

—No, pero Charlene se vestirá con elegancia exagerada. Siempre lo hace —respondió, sin más comentarios.

—Oh, Dios mío. No poseo un guardarropa a la altura de las circunstancias —dijo, mirando su reloj—. Si no te importa que posponga lo que estoy haciendo hasta mañana, podré apresurarme para ir a Bloomie’s y conseguir algo más adecuado.

Wolfe no asintió inmediatamente, pareció considerar la pregunta. Finalmente, ante su asombro, le dijo:

—Iré contigo.

Si él deseaba opinar en lo que debía comprarse, ella difícilmente podría negarse. Cinco minutos más tarde el portero preguntaba:

—¿Un taxi, señor Vyner?

—No, gracias. No vamos muy lejos.

Se dirigieron hacía Henri Bendel, una tienda, que junto con la de Bergdorf Goodman, era de las más elegantes en Manhattan, y donde únicamente la alta sociedad hacía sus compras.

—Oh, Wolfe, yo no puedo comprar un vestido aquí —objetó, mientras se aproximaban a la entrada.

—¿Por qué no?

—Esta tienda es demasiado cara para mí.

—Pero no para mí —dijo él sonriendo.

—No puedo dejar que pagues mi vestido —manifestó, cortante.

—No seas tonta —expresó con impaciencia—. Tú no tienes inconveniente en que yo pague tus pasajes.

—Eso es diferente.

—No del todo. Esta noche quiero que hagas algo que está fuera de tus obligaciones normales de trabajo. No tienes nada adecuado, así que es de mi incumbencia proporcionarte todo lo necesario.

—Pero puedo encontrar algo perfectamente adecuado y menos costoso en Bloomie's.

—No tengo cuenta allí. Ven. Van a cerrar antes de una hora —la cogió del brazo y entraron con rapidez en la tienda.

Mientras subían por las escaleras mecánicas, él comentó:

—No puedo presentarte como mi secretaria esta noche, Charlene se intimida ante cualquier mujer que sea más brillante que ella, y esto le molesta a Boris. ¿No te importaría hacer el papel de alguien igual de tonta por una noche?

—En lo más mínimo. Pero ¿si me pregunta por mi trabajo?

—Dudo que lo haga. Hablará únicamente de ella. Si te pregunta algo, será el nombre de tu esmalte de uñas o dónde te arreglas el cabello.

—¿Si tu amigo es un hombre inteligente, como puede soportar a una esposa tan poco inteligente?

—No se casó con ella para tener una compañera intelectual. Es un hombre que se ha hecho a sí mismo, consolidó su fortuna casándose con la única hija de su jefe. Ella murió, y su segunda esposa fue una mujer de negocios muy astuta, que le ayudó a asegurar el éxito. Charlene es su esposa de placer, le hace sentirse joven y viril. A él le gusta contemplarla, pero dudo que la escuche alguna vez.

—¿No teme que lo abandone por un hombre más joven?

—A ella le gusta ser la consentida de un hombre maduro, nunca se fija en hombres jóvenes.

Susy había ido a Henri Bendel en alguna otra ocasión, pero la dependiente no la había atendido demasiado bien. Ahora que iba acompañada por Wolfe, la miró con gran interés.

Una de ellas se adelantó y dijo:

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarle en algo?

—Estamos buscando algo apropiado para ir a cenar y a bailar —dijo Wolfe.

—Por supuesto —la vendedora dirigió una mirada experta hacia la figura de Susy antes de decir—: ¿Le gusta algún color en especial?

—Negro —contestó la chica.

—Rojo —indicó Wolfe.

—¿Rojo? —repitió Susy atónita. Era un color que nunca había usado.

—Rojo —afirmó él.

—Si quieren sentarse, traeré un muestrario para que lo vean. ¿Talla ocho?

Susy asintió. Wolfe se sentó y cruzó sus largas piernas.

Poco después, la vendedora volvió con cinco o seis vestidos, todos excesivamente elegantes, pero ninguno de ellos de color rojo.

—Por desgracia no tenemos su talla en el color que pidió, señor Vyner. Mi compañera está mirando de nuevo, pero mientras tanto podría probarse alguno de éstos. Este azul suave combina muy bien con el cabello rubio —sugirió la mujer.

Susy se probó cuatro de los vestidos. Ninguno le quedaba bien, y a Wolfe tampoco le gustaron.

Cada vez que salía del probador, la veía y movía la cabeza.

Estaba a punto de probarse el quinto vestido, cuando apareció la otra dependienta, que llevaba un vestido de seda de color rojo oscuro.

—Oh, encontró el color, señora Miller. Pero creí que ese Halston ya estaba vendido —indicó la primera vendedora.

—La cliente lo ha devuelto, a su esposo no le gustó. Creo que no le sentaba muy bien, sólo es apropiado para alguien que tenga muy buena figura.

—Esta señorita tiene una figura adorable, así que estoy segura de que le sentará a la perfección, y el color es exactamente el que deseaba el señor Vyner —dijo la primera vendedora con entusiasmo.

La dependienta le sugirió que se quitara el sostén, porque el vestido no lo necesitaba. Susy la obedeció y le permitió deslizar el vestido sobre su cabeza. Volvió la espalda hacia el espejo mientras la mujer le abrochaba el vestido. Las mangas eran sueltas, la cintura estrecha, la falda delineaba sus caderas y caía a la altura de las rodillas. Hasta que no se miró en el espejo no se dio cuenta de que

el vestido tenía una gran escote, que marcaba sus senos.

—Oh, éste no es mi estilo —exclamó con énfasis—. ¡No, definitivamente no!

El probador estaba cerca del lugar donde se encontraba sentado Wolfe. Él debió escuchar su comentario porque dijo:

—Ven aquí y déjame mirarte.

—Pienso que le queda muy bien —manifestó la vendedora.

Llevó a Susy hacia el sitio donde se encontraba Wolfe.

La chica colocó sus dedos sobre el escote en un intento por ocultar sus curvas descubiertas, y se detuvo a pocos pasos de su silla.

Él dirigió una rápida mirada hacia ella antes de decir:

—Date la vuelta, déjame ver la parte posterior.

De pronto, sonó un teléfono.

—¿Me permiten un momento? —La vendedora se alejó con rapidez.

—Ahora déjame verte por delante de nuevo —pidió Wolfe. Cuando ella se volvió, él le dijo que bajara las manos.

Susy obedeció, reacia, ruborizándose cuando su mirada se posó en el profundo escote.

—Es excelente —dijo—. Tu color, tu estilo… perfecto. ¿Tienes zapatos que combinen?

—Tengo unas sandalias negras.

—¿De tacón alto?

—De tacón mediano.

Él movió la cabeza.

—El color oro sería más conveniente.

La vendedora regresó. Se alegró cuando Wolfe dijo que cargara el vestido a su cuenta y lo guardara para llevarlo.

—Voy a la sección de zapatería en lo que tú te cambias —dijo a Susy—. ¿De qué número calzas?

—Un siete.

Cuando se reunió con él en la zapatería, Wolfe acababa de escoger un par de sandalias para que se las probara. Tenían un tacón mucho más alto de lo que hasta ahora había usado.

—Ésas son bonitas —dijo a la vendedora cuando Susy se las puso.

—¿Tiene un bolso que combine? —preguntó Wolfe a la mujer.

—Sí, aquí tenemos una cartera de piel dorada.

—Y un par de pantys para sandalias… las más finas y transparentes que tenga —expresó después de considerar que el bolso era bastante apropiado.

Cuando regresaron al hotel, en lugar de dirigirse hacia los ascensores, Wolfe dijo:

—Me imagino que te gustaría que te peinaran.

—Acostumbro hacerlo yo misma. Dudo que en el salón de aquí me atiendan sin pedir hora.

—Te atenderán —le aseguró él—. Creo que deberías dejar tu pelo suelto esta noche. Será más rápido si te lo arregla un buen peluquero.

Aunque él tenía razón en pensar que no habría problema, no la llevó directamente al salón de belleza.

Primero, se dirigieron a la joyería del hotel. Los atendió una elegante muchacha ya entrada en años.

Ante el asombro de Susy, Wolfe le preguntó:

—¿Podría prestarle algo a la señora Walker para esta noche?

—Por supuesto señor Vyner.

Momentos después, la vendedora dijo:

—¿Qué le parece esto, señora Walker? —preguntó, mostró una gargantilla de perlas, cada perla estaba separada por una piedra de color rojo oscuro, con un pendiente de forma oval en piedras preciosas de color rojo y perlas.

—Es magnífico —expresó sin aliento, preguntándose cuánto costaría—. ¿Son rubíes?

—No, zafiros rosas. El cabujón —indicó la piedra oval con la punta de su pequeño dedo—, es de dieciocho quilates y de un color precioso. Por cierto, señor Vyner, tendremos otro *padparadschach* para usted la próxima semana, si se encuentra aquí. Si no es así, se lo apartaremos.

—Espero estar aquí. —Wolfe se volvió hacia Susy—. *Padparadschach* es la palabra para designar a la flor del loto. En Sri Lanka tienen lo que se conoce como el loto sagrado. Es de un hermoso color amarillo. Las piedras que el dueño de la joyería está coleccionando para mí toman su nombre del color de ese loto.

—El *padparadschach* más notable de todos se encuentra en el vestíbulo del Morgan Memorial, en el museo de historia natural —

dijo la vendedora de la joyería—. ¿Ha visto la colección de joyas de J. P. Morgan, señora Walker?

Susy negó con la cabeza.

—El gemólogo de Tiffany's ha reunido una colección de piedras notables para él, incluyendo la Estrella de la India y la Estrella de Medianoche. Debería ir y examinarlas —dijo la mujer.

—Es una sugerencia peligrosa —replicó Wolfe—. Yo la tomé en cuenta y me enamoré del *padparadschach*, el menos conocido de la familia de los zafiros. Bulgari es uno de los pocos joyeros que lo trabajan.

—No es un zafiro que atraiga al nuevo rico o al comprador que piensa sólo en términos de inversión —asintió la mujer—. Es una gema para el conocedor que responde a la belleza de la piedra. ¿Le agrada esta gargantilla o quiere que le muestre algo más?

Dirigió esta pregunta a los dos, pero Susy dejó que Wolfe respondiera.

—Ésta es espléndida.

—¿Les gustaría ver algunos pendientes? Las perlas que usa la señora Walker son pequeñas en relación con las de la gargantilla.

—Ahora debes ir a que te peinen —le ordenó Wolfe, después que la dependienta de la joyería les mostró un par de pendientes cuyas perlas eran muy parecidas a las de la gargantilla—. Yo me haré cargo de las joyas, también pasaré por tu apartamento para pedirle a una de las doncellas que saque el vestido y lo cuelgue. Reúnete conmigo a las siete menos diez.

Aliviada por no ser responsable de la seguridad de unas joyas que suponía debían de valer miles de dólares, Susy fue al salón de belleza.

Mientras le lavaban el pelo, Susy pensaba si Wolfe estaría comprando la colección de extraños zafiros *padparadschach* únicamente para coleccionarlos, o si, con el tiempo le encargaría al joyero la creación de un fabuloso adorno para una de las mujeres de su vida.

Pero ¿qué hombre daría tan valiosas joyas a una mujer a la que pensaba dejar algún día?

Ningún compromiso parecía perdurable en un mundo donde el divorcio era algo común. Pero de algún modo presintió que, si él se llegara a casar, sería para el resto de su vida.

La suposición de que Wolfe podría estar coleccionando las gemas de color de loto para adornar a la futura señora Vyner, le hizo experimentar una sensación de pánico.

Ella sabía que, el día en que Wolfe anunciara su compromiso con alguna radiante belleza de la alta sociedad, no podría seguir trabajando para él. Sería el fin de aquel sueño en el que él llegaría a mirarla algún día, no como a una empleada eficaz, sino como a una persona que le interesaba de una manera especial por sí misma.

Como sucedía con todos los sueños, sabía que éste tampoco se haría realidad. Pero, como le quería, no perdía las esperanzas. Podía aceptar a Belinda y a *Madame* Dupont, a una esposa, no. Una vez que él se casara, lo habría perdido para siempre.

Su pelo era demasiado largo y espeso para secarlo. Se lo fijaron con rulos anchos y una vez bajo el secador le ofrecieron unas revistas de modas. Por fortuna, se había arreglado las uñas la noche anterior y sus manos estaban perfectas.

Más tarde, sentada ante el espejo del tocador, puso especial cuidado en su maquillaje, esparciendo una fina capa de base sobre su piel, clara y perfecta antes de aplicarse el colorete, delinear sus ojos con sombras y rímel. El peluquero había cepillado y ordenado su cabello en una aureola sedosa de ondas y rizos sueltos, muy diferente al que acostumbraba.

Las altas sandalias doradas hacían más esbeltos sus tobillos y sus piernas. Se las había puesto un poco antes para irse acostumbrando a andar con ellas. En ese momento, llamó a una doncella para que la ayudara a vestirse.

La que se presentó era una mujer de edad mediana llamada María, con quien Susy había hablado algunas veces.

Ella dijo:

—¡Qué hermoso vestido se pondrá esta noche señora Walker! ¿Va a ir a algún lugar especial?

—Voy a cenar, pero no sé todavía dónde.

—Quizá cuando su acompañante vea lo elegante que va, la llevará a «Las Cuatro Estaciones». Es el lugar adonde van a cenar la mayoría de los que se hospedan aquí. Ya está todo, señora.

—Muchas gracias María. —Susy dejó caer una propina dentro del bolsillo del uniforme de la doncella.

—Gracias, señora Walker. Que tenga una velada agradable.

Cuando cogió el ascensor para dirigirse hacia la suite de su jefe, se sentía un poco nerviosa y esperó a que él la hiciera pasar. Era excitación más que nerviosismo lo que le causaba esa sensación.

Entró en la suite por la puerta de servicio. Eran las siete menos once minutos cuando llamó a la puerta y esperó a que él la hiciera pasar.

—Adelante —dijo, sin hacerle esperar demasiado.

Cuando entró, Wolfe estaba inclinado, colocando una aceituna en un plato que había sobre la mesa. Llevaba puesto un traje nuevo.

Él se enderezó, volviéndose para mirarla. Mientras ella caminaba a través de la espaciosa habitación, la mirada masculina estaba fija en sus piernas. Pero no era el escrutinio impersonal a que la había sometido cuando se encontraron por vez primera, ni en ocasiones posteriores. No había nada impersonal en la mirada que permanecía fija en su cuerpo.

En el instante en que ella llegó al otro lado de la mesa, él le estaba mirando la cara y el pelo. Desde la primera vez que la había conocido, ésta era la primera vez que veía en sus ojos el súbito y ardiente deseo.

Por fin no la miraba como la eficiente ayudante, sino como a una mujer a quien deseaba poseer.

—Espero que te guste el peinado.

—Mucho. Te favorece bastante —su mirada se posó sobre su boca y bajó por las curvas de sus senos—. ¿Qué te sirvo de beber?

—¿Tienes algún Cassis?

—No sólo lo tengo, sino que es un Cassis de Dijón.

—Entonces probaré un Kir, si me lo permites.

Éste era un aperitivo francés que Roberto le había enseñado: un poquito de Cassis, un licor de grosella oscura de Bungundy mezclado con vino blanco helado. Esta bebida, le había comentado, fue inventada por un sacerdote, que había sido un héroe de la resistencia en la segunda guerra mundial.

Wolfe dejó su vaso sobre la mesa y comenzó a prepararle la bebida. Al ver las burbujas en el vaso que le ofrecía, Susy advirtió que había utilizado vino espumoso.

—Éste es un Kir Royale hecho con champán.

—Gracias.

—¿Quieres que te abroche la gargantilla?

Él la sacó con cuidado del estuche que estaba encima de la mesa y la colocó delicadamente en su cuello.

Al tocar las suaves perlas su piel, sintió un escalofrío, que se convirtió en excitación al advertir el contacto de los dedos de Wolfe, que abrochaban la valiosa joya.

Era la primera vez que la tocaba. Ella tembló en su interior, deseando que él pusiera las manos sobre sus hombros y la obligara a volver la cara para besarla.

En lugar de eso, Wolfe recogió el estuche que contenía los pendientes y se lo ofreció. Susy dejó su vaso y cogió un pendiente en cada mano, dirigiéndose hacia un espejo. Mientras se ponía las finas perlas, se preguntaba cuántas mujeres antes que ella, habrían usado ese espejo.

El teléfono sonó y Wolfe contestó rápidamente.

—¿Podría decirles que suban, por favor?

Ella se apartó del espejo. Mientras se acercaba adonde él se encontraba, lo vio mirar el destellante zafiro en el centro de su escote revelador. Entonces, sus ojos se encontraron; los de él aún reflejaban el brillo que confesaba su deseo.

Capítulo 7

Boris Kashevsky era bajo de estatura, calvo y un poco obeso. Su esposa medía seis centímetros más que él. A pesar de la apariencia, poco atractiva de Boris, éste tenía un aire de gran confianza en sí mismo.

Mientras se estrechaban las manos, Susy se dio cuenta de que el hombre no dejaba de observar su figura e imaginó que probablemente estaría pensando que ella era el nuevo amor de Wolfe.

Inmediatamente, Boris empezó a hablar sobre el combustible de hidrógeno líquido y, sin pretender siquiera escuchar, Charlene se volvió hacia Susy y alabó su gusto, al ver el elegante vestido que llevaba.

—¿Quién lo ha diseñado? —le preguntó.

—Éste… Halston.

—¿Es tu diseñador favorito?

—No diría eso exactamente. Me gustan muchos diseñadores americanos —contestó Susy, convencida de ello—. Anne Klein… Geoffrey Beene… Betty Hanson. También me gusta mucho la diseñadora italiana, Laura Biagiotti. ¿Quién es tu favorito?

—Creo que prefiero a Ivés Saint Lauren, aunque últimamente he comprado bastante en Valentino.

Charlene vestía un diseño negro de raso, de un solo hombro, que se ajustaba a su cuerpo con cintas asimétricas de terciopelo del mismo color. La falda tenía una abertura, y sus transparentes medias negras permitían apreciar sus bonitas piernas. Llevaba unos preciosos pendientes de diamantes, haciendo juego con las pulseras.

A su llegada se había quitado el abrigo de visón, y lo había dejado sobre una silla.

Cuando vio a Charlene servirse Vodka, Susy recordó el comentario de Wolfe, verdaderamente parecía la esposa de placer de Boris.

¿Pero por qué se habría casado con ella si probablemente podían haber sido solamente amantes? Quizá el matrimonio habría sido el precio de Charlene y por lo tanto, la única manera de satisfacer Boris su deseo. Pero el hecho de estar casados no prestaba ninguna dignidad a su matrimonio. Debía ser obvio para cualquiera que el dinero era la base de su relación.

Mientras Charlene hablaba sobre ropas y Susy intervenía en uno que otro comentario, ésta se preguntaba si no estaría juzgando a la otra chica con severidad.

Quizá, como la mayoría de su sexo, Charlene había soñado, cuando era más joven, con el amor de un hombre pero algo hizo que sus sueños juveniles se esfumaran.

Sin embargo, Susy reconocía que hace pocos años no hubiera pensado de ese modo.

Minutos antes de la llegada de los Kashevsky, había decidido que, aunque a sus padres no les gustase e incluso fuese en contra de sus principios, si Wolfe la deseaba, ella se entregaría a él.

El hecho de que Wolfe no la amara no le restaba importancias su amor por él. De alguna manera tenía que satisfacer a este amor y si no lo conseguía nunca se lo iba a perdonar.

Necesitaba pasar una noche con Wolfe, sin importarle las consecuencias, ya que era lo único que iba a dar sentido a su vida para siempre.

Sabía que lo más probable era que nunca fuera a convertirse en su esposa, pero iba a recibir algo mucho más precioso que los regalos sofisticados con los que él obsequiaba a sus otras amantes.

Podría quedar embarazada, pero para ella no sería problema, sino que realmente lo deseaba.

Si sucedía esto tenía que mantenerlo en secreto. Poseía algunos ahorros que la ayudarían a mantenerse mientras esperara el niño. Más tarde, no tendría dificultad en encontrar otro empleo bien remunerado. Los niños que no tenían padres eran algo común en la actualidad, y, debido a sus especiales circunstancias, tenía la

ventaja de ser llamada señora. Si permanecía en América, nadie tenía por qué enterarse si ese niño era el fruto de su matrimonio.

Su familia se enteraría y, seguramente, no aceptarían, fácilmente su situación. Pero esto no influiría en su decisión. Iba a vivir a su manera. Estaba enamorada de Wolfe, sin poder evitarlo, y si nunca se iba a convertir en su esposa, por lo menos sería la madre de su hijo.

—¿Ya estáis preparadas para partir, chicas? —preguntó Boris.

Los llevó al Quo Vadis, donde Susy había reservado, en alguna otra ocasión, mesa para Wolfe. Sabía que era uno de los restaurantes más famosos de Nueva York.

Cuando entraron, el *maître* del hotel los condujo enseguida a una mesa, y Boris pidió champán para beber mientras examinaban el menú. Charlene parecía estar más interesada en las personas que los rodeaban que en escoger lo que deseaba cenar.

—Tú decides por mí, cariño —expresó acariciando con la mano la ancha y velluda muñeca masculina.

La manera en que Charlene miraba y tocaba a su esposo, hizo pensar a Susy que no existía una razón para seguir manteniendo su actitud fría hacia Wolfe. Le quedaba la excusa de aducir que creía que era parte del plan el flirtear con él.

Susy se volvió sonriente hacia su acompañante.

—Has estado aquí antes. ¿Qué nos recomiendas?

Él advirtió con rapidez el cambio en su expresión y respondió asombrado:

—Las mollejas en brioche son excelentes.

—¿Qué son mollejas? —inquirió Charlene.

—Las glándulas del timo y del páncreas de borregos o terneras. Tienen un sabor muy delicioso —explicó Wolfe.

—No me gustan cosas como ésas.

—¿Las has probado?

—No, pero sé que no me van a gustar —se volvió hacia Boris—. ¿Cómo se llama ese paté que me gusta? Pediré eso para empezar, si es que lo tienen.

—Por supuesto que lo tienen. Lo que tú quieras, ellos lo deben de tener. Es el paté de foie gras. ¿Te gusta el paté, Susana?

—Sí, claro, pero todos menos el de foie gras.

—¿En serio? Qué extraño. Es mi favorito —dijo Charlene.

Susy deseaba responder a ese absurdo comentario pero sólo dijo:

—Probaré las mollejas.

Cuando los hombres ya habían decidido lo que iban a pedir y Boris miró la lista de vinos, se enfrascaron en una conversación aparte; Charlene le preguntó a Susy que dónde había estado, pues la sorprendía que tuviera la piel bronceada.

—Yo nunca tomo sol —le confió—. No es bueno para la piel. Te puede provocar arrugas prematuras, a pesar de que uses bronceados.

Esto la llevó a un largo discurso de las cremas y lociones que usaba, de las que había probado con anterioridad y de las que pensaba usar en el futuro. Obviamente solo pensaba en su apariencia y Susy se preguntaba qué pasaría cuando empezara a perder sus atractivos. Quizá para entonces fuera una viuda adinerada, pero muy solitaria.

Después de las mollejas, Susy saboreó un pescado aderezado con cebollas fritas en mantequilla y con hongos silvestres.

Miraba constantemente a Wolfe, durante la comida, sin querer evitarlo, y cuando él notaba que lo estaba observando, le dirigía a ella una mirada ardiente.

Susy sentía una debilidad creciente y no era lo que estaba bebiendo lo que la hacía sentirse de ese modo; ella acercaba el vaso a los labios la mitad de las veces que lo hacía Charlene, bebiendo sólo pequeños sorbos. La decisión que había tomado era lo que la angustiaba; comenzaba a sentirse la dueña de su propio destino.

Cuando salieron del restaurante se dirigieron a una discoteca, que, según Charlene, era uno de los lugares más íntimos. Era un sitio oscuro, con una atestada pista de baile en la que las parejas se confundían al ritmo de la música que tocaba una banda integrada por cinco miembros.

—Me gusta esta clase de baile —dijo Boris, tan pronto como les dieron una mesa y hubo pedido más champán. Más tarde, fue con Charlene hacia la pista.

—¿Te gustaría bailar? —inquirió Wolfe.

Ella asintió. El pensamiento de estar entre sus brazos la hacía sentirse débil desde que habían salido del restaurante.

En un lado de la pista, él la abrazó con suavidad. Bailaban muy juntos, pero esto era algo inevitable, debido a la gran cantidad de

gente que allí se encontraba. No era el sitio adecuado para personas que no deseaban realmente estar juntos, pero Susy deseaba a Wolfe, hizo todo lo posible por sentir su contacto. No pudo ver su reacción porque tenía la cabeza apoyada en su hombro, pero, por la manera en que rodeaba su cintura y apretaba su otra mano, se dio cuenta de que su atrevida actitud no le había molestado en absoluto.

Más tarde bailó con Boris, quien bromeó un poco sobre su relación con Wolfe, pero se divirtió cuando escuchó sus comentarios sobre sus visitas a Europa.

La música no le permitió permanecer tan cerca de Wolfe como ella hubiera deseado. Durante las canciones rápidas se sorprendió de sí misma. Le gustaba mover su cuerpo al ritmo de la música, esa noche no tenía inhibiciones; cada giro rítmico de sus hombros y el movimiento de sus caderas era una invitación deliberada. Quería que Wolfe la deseara y a juzgar por la manera en que la apretaba contra él, cuando la música era lenta, estaba alcanzando su propósito.

De pronto, Boris exclamó:

—No acostumbro a quemar todos mis cartuchos al mismo tiempo, como tú lo haces, Wolfe. Charlene y yo ya hemos tenido bastante, nos vamos a marchar, pero vosotros os podéis quedar hasta que cierren.

Charlene pareció desanimada.

—¿No podríamos quedarnos más tiempo?

—No, querida. Estoy muy cansado.

—Si tú lo deseas podemos marcharnos ahora también —expresó Wolfe, y ella respondió:

—Sí, yo también estoy un poco cansada.

Poco después Boris le pidió al chófer de su coche que dejara a sus invitados en el hotel antes de llevarle al Plaza. Charlene parecía disgustada, era obvio que no deseaba haber abandonado todavía la fiesta.

Mientras el automóvil se alejaba de la acera exterior del Pierre, Wolfe levantó la mano en un gesto de despedida, luego cogió a Susy por el brazo, mientras caminaban, bajo el dosel, hacia el interior del hotel. La chica se preguntaba si la invitaría a tomar algo en su suite.

Pero muy pronto salió de dudas, cuando en el ascensor, él pulsó el botón que les llevaría directamente hasta su piso.

Fingiendo no haberse dado cuenta, Susy bajo la vista, sin poder evitar la excitación interior.

Las puertas del ascensor se abrieron. Ella dio un paso hacia afuera, suponiendo que Wolfe esperaba que demostrara sorpresa, pero no fue así.

Tratando de mantener su expresión tan serena como la de él, esperó a que Wolfe abriera la puerta y encendiera la luz del vestíbulo.

Abrió su bolso y comenzó a quitarse los pendientes de perlas.

Wolfe no le ofreció nada de beber. Cruzó la habitación hacia el mueble donde tenía el equipo de música, abrió uno de los estantes donde guardaba su gran colección de cintas y seleccionó una de ellas.

Era una pieza clásica, las delicadas notas ejercieron un efecto tranquilizador sobre la joven; era un completo contraste con la música ruidosa que habían escuchado en la discoteca.

—¿Quieres que te ayude a quitarte el collar? —preguntó él, mientras se aproximaba a ella.

—Sí, por favor.

Sentía sus dedos cálidos sobre su piel mientras trataba de abrir el intrincado broche. Cuando lo consiguió, en lugar de retirar las perlas de su cuello, apoyó las manos sobre sus hombros, cerca de su nuca, de tal forma que el pendiente se deslizó entre sus senos.

Él empezó a besar su cuello, sus labios eran suaves, pero su rostro no estaba tan afeitado como horas antes. La áspera barba le hizo experimentar un escalofrío que recorrió su espalda. Ella se quedó sorprendida, inmóvil mientras la cálida boca se movía sobre su nuca.

De pronto, Wolfe soltó la gargantilla, y Susy logró evitar que cayera a la alfombra. Cuando él inclinó la cabeza y ella, instintivamente, cerró los ojos, esperando que los labios se unieran a su boca.

Había pasado tanto tiempo sin que la besaran que pareció como si fuera la primera vez. Como si él lo intuyera, su beso fue inesperadamente dulce.

De pronto, el abrazo se tornó más intenso; las manos masculinas recorrieron desde los hombros hasta las caderas con movimientos llenos de deseo.

De pronto, Susy sintió que la boca masculina se apartaba de la suya y le besaba el cuello. La chica emitió un suave gemido ante el exquisito placer que el contacto de su boca le producía.

¿Cómo había podido vivir tanto tiempo sin estas deliciosas sensaciones?, se preguntaba, mientras los labios masculinos besaban un extremo de su oreja.

Repentinamente, Wolfe dejó de besarle el lóbulo. Ella se dio cuenta de que él había levantado su cabeza y que seguramente la estaba observando.

Con la respiración agitada y los latidos de su corazón acelerados, Susy levantó los ojos, esperando, en parte, ver un irónico destello de asombro en la mirada que la contemplaba.

Por primera vez, el rostro masculino no reflejó ninguna burla. Tenía la expresión que adoptaba antes de tomar una decisión importante. Ella la había observado muchas veces como para no reconocerla, pero esta vez se encontraba matizada por claros signos de asombro.

Susy se ruborizó.

—¿Estás segura de saber lo que quieres, Susana? —Su voz era más ronca que lo usual.

—Sí —respondió la chica con rapidez.

—Has bebido mucho champán esta noche… más de lo que acostumbras.

—¿Piensas que estoy ebria, no?

—No, ebria no. Pero tampoco te encuentras demasiado bien.

Ella acarició su mejilla con una de sus manos y le dijo:

—Quería que me abrazaras así antes que saliéramos con los Kashevsky. No soy una niña, Wolfe, soy una mujer. Sé lo que hago.

—Sí, creo que lo eres. Aunque algunas veces…

Dejó la frase sin terminar porque ella lo atrajo hacia sí y le besó.

Esta vez su caricia no fue dulce. Mientras la boca de él se movía posesivamente sobre la suya, ella sintió una rigidez en el cuerpo masculino y una sensación suave y debilitante invadió el interior de su cuerpo.

El beso pareció prolongarse una eternidad. Al fin, él dejó de besarla y la levantó en los brazos para llevarla hasta su habitación.

Wolfe empujó la puerta con el hombro y la dejó sobre el suelo, diciendo con voz profunda:

—Quédate dónde estás por un momento.

Esperaba que él encendiera la luz pero no fue así. De pronto, escuchó el ruido susurrante de unas cortinas al descorrerse y vio que la impenetrable oscuridad desaparecía ante el mágico panorama nocturno de Manhattan.

Susy observó a través de la pálida claridad que iluminaba la habitación un amplio lecho, los contornos de los muebles destacaban en aquel maravilloso ambiente nocturno; volvió la mirada hacia la alta silueta del hombre que se iba a convertir en su amante.

Cuando Wolfe se aproximó a su lado, la estrechó contra sí mientras ella reclinaba la cabeza sobre su hombro; las manos masculinas buscaron la cremallera del vestido y lo bajaron con lentitud, sus dedos acariciaban su espalda mientras lo hacía. La elegante prenda cayó al suelo y su esbelto cuerpo quedó casi desnudo.

Tomándola de la mano, Wolfe se inclinó, asió la sábana y con un movimiento poderoso la quitó del lecho y luego la arrojó a la alfombra. Después, se sentó. Atrajo a la chica hacia sí y sus fuertes manos la cogieron de la cintura antes de deslizarse hacia arriba para acariciar sus senos.

—Quítame la corbata, ¿quieres? —murmuró él con voz ronca.

Con los dedos torpes a causa de las caricias que le prodigaba, ella desató el nudo, desabrochó el cuello de la camisa y después todos los botones de ésta.

—Ahora bésame —le ordenó él, con suavidad.

El largo beso que prosiguió, combinado con las hábiles caricias, hizo que los sentidos de la joven se perturbaran. Con lentitud, él la recostó sobre la almohada.

—¿Me quito también esto? —preguntó inocente la chica.

No hubo necesidad de respuesta. En un instante, él la despojó de todo lo que llevaba puesto todavía después de haberle quitado las elegantes sandalias doradas. Mientras tanto, ella le miraba fijamente.

Wolfe comenzó a acariciar sus pies, sus cálidas manos se deslizaron hacia sus piernas. Tocó zonas sensibles que Susy ni imaginaba que existiesen; recorría con una lentitud atormentadora la parte superior de sus muslos… descendiendo… subiendo… hasta

que su aliento se transformó en un jadeo entrecortado. Cuando él besó sus senos, ella emitió un gemido placentero ante el contacto. Susy yacía inmóvil, sin aliento, resistiéndose a la anhelante necesidad de mover sus caderas en respuesta a sus ardientes caricias.

—Tengo demasiada ropa encima —expresó Wolfe. Mirando su cuerpo acariciadoramente empezó a desnudarse, despojándose con rapidez de su chaqueta y sacándose la camisa del interior del pantalón con tal rapidez, que le hizo experimentar a ella nuevos estremecimientos.

Pronto estuvo desnudo como ella.

—Hazme sitio, querida.

Susy se recorrió de la orilla hacia el centro de la cama. Él se acostó a su lado y la abrazó.

Ella deslizó los brazos alrededor del cuello masculino, sentía que todo esto era un sueño, no podía creer que fuera realidad.

Cuando Wolfe respondió a su rendida entrega, Susy experimentó un efímero dolor. Duró sólo uno o dos segundos. Sus cuerpos se fusionaron en una entrega definitiva. Los movimientos fuertes le hacían estremecerse llena de placer. Al principio fueron violentos, después intensos hasta que todo terminó, después de haber conseguido satisfacer completamente su deseo.

Durante un largo periodo de tiempo ninguno de ellos se movió. A ella le hubiera gustado acariciar su espalda y cubrir de besos el hombro que estaba a pocos centímetros de su boca. Pero sus manos permanecieron inmóviles y, con la cabeza apoyada sobre la almohada, sonrió agradecida de que al menos él permaneciera sobre ella y no se separara, como hubiera sido de esperar después del acto sexual. Eso hubiera sido imperdonable.

Ella también agradeció que se quedara dormido entre sus brazos. Aunque el cuerpo de él sobre el suyo se volvía cada vez más pesado, a ella no le importó.

Sabía que había hecho lo que en realidad deseaba. No importaba lo que fuera a suceder al día siguiente, recordaría esa noche maravillosa durante el resto de su existencia. Cada beso, cada caricia le había confirmado que Wolfe era un amante hábil y gentil.

Mientras permanecía inmóvil bajo el cuerpo masculino, pensaba en el futuro y se preguntaba cómo encontraría la fuerza necesaria

para alejarse. De repente, Wolfe empezó a despertar.

Casi de inmediato, se dio cuenta de que la estaba aplastando bajo su cuerpo.

—Lo siento. ¿Por qué no me has despertado? —preguntó apoyándose sobre sus codos.

Inclinó la cabeza y cubrió de besos tiernos y leves las sienes y mejillas de ella.

Su respuesta fue un abrazo que lo acercó más hacia ella.

Después de un momento, Wolfe se levantó, separándosele ella y se recostó sobre el colchón. Se volvió hacia los ventanales e hizo moverse a Susy hacia la misma posición que él.

Ella sintió un último beso sobre el hombro. Por un momento, Wolfe le acarició los senos que estaba estrechando, luego, los dedos, permanecieron inmóviles y ella se dio cuenta de que se había dormido de nuevo.

Capítulo 8

Susy despertó con lentitud, sabiendo antes de abrir los ojos que había dormido durante mucho tiempo.

La sensación de estar desnuda le hizo abrir los ojos, esperando ver a Wolfe a su lado. Pero no fue así. Estaba ella sola.

Recordar las experiencias de la noche anterior, la manera en que él le había hecho el amor y se había quedado dormido entre sus brazos, le hizo emitir un largo suspiro.

Había sido la experiencia más maravillosa de su vida, infinitamente superior a lo que esperaba. Se sentía otra; como si todas aquellas emociones arrolladoras la hubieran cambiado por completo.

Después de un rato, se sentó, apoyándose sobre tres almohadas que había colocado detrás de la espalda. Acostumbrada a hacerlo, cubriéndose con la sábana.

Probablemente Wolfe estaba en el baño, afeitándose y tomando una ducha. Cuando regresara, ¿le haría el amor de nuevo? Esperaba que fuera así. Era domingo. Podían pasar todo el día en la cama si lo deseaban.

La puerta del interior se abrió. Wolfe entró en la habitación. Usaba una bata blanca de toalla. Sus pies morenos estaban desnudos y tenía el cabello húmedo.

—Buenos días —saludó dirigiéndose hacia ella.

—Buenos días —la sonrisa que ella le dirigió era radiante.

Él se sentó a los pies de la cama y se le quedó mirando pensativo.

—¿Hace mucho que estás despierta?

—Cerca de cinco minutos. ¿Y tú?

—Hace media hora. ¿Cómo te sientes esta mañana?

—Maravillosamente.

—¿No tienes dolor de cabeza?

—¿Por qué me debería de doler? —preguntó confundida.

—Bebiste bastante anoche.

—¿Lo hice? No bebí más que todos vosotros.

—Probablemente no, pero quizá bebiste más de lo acostumbrado, lo suficiente como para no darte cuenta de lo que hacías. Pero yo tengo la cabeza dura, no tengo excusa para mi comportamiento —él arrugó el entrecejo—. Te deseaba y te poseí.

—Yo consentí. —Susy rió nerviosa.

Su reacción la confundió. Que lamentara lo que había sucedido la noche anterior era lo último que esperaba.

—¡Oh, Wolfe, por favor no te molestes! ¡No ha pasado nada malo! —exclamó ella—. Si yo no lo lamento, ¿por qué tú sí?

—¿No lo lamentas?

—No. Fue algo maravilloso. Pero desearía que me besaras en lugar de estar sentado —ella le abrió sus brazos.

La sábana se fue deslizando hasta dejar al descubierto los senos. La mirada masculina quedó fija en ellos. Momentos más tarde se encontraba entre sus brazos, y su boca estaba a pocos centímetros de la suya.

—Pero lo lamentarás, lo presiento. Los dos lo haremos. El mezclar los negocios y el placer nunca resulta —le dijo, antes de besarla. El fresco aliento de su boca le recordó que no se había lavado los dientes.

Ella le apartó de su lado y dijo:

—Regresaré dentro de cinco minutos, voy al tocador. ¿Tienes un cepillo de dientes para prestarme?

—En el lado derecho del cuarto de baño.

Mientras se separaba de él, intentando salir de la cama, las manos de él recorrieron las cálidas y suaves curvas femeninas, mostrándose impaciente por su regreso.

Ella estaba en medio de la habitación, cuando le oyó decir vivamente:

—¡Dios mío!

Ella se volvió.

Wolfe tenía la vista fija en el centro de la cama.

—¡Hay sangre en la sábana! —Él la miró, su faz bronceada estaba tensa por la preocupación. Te debí hacer mucho daño. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Sólo fue un momento… ¡Oh, querido! ¿Qué pensará la doncella?

—Déjala que piense lo que quiera —expresó él de forma brusca —. Eres tú la que me preocupa. Tiene que verte un doctor. Aunque no hayas hecho esto desde hace mucho tiempo, no es normal que sangres —él avanzó hacia donde ella se encontraba parada y la abrazó—. ¡Mi pobre niña! ¿Qué puedo decir? ¿Por amor de Dios, por qué no dijiste nada?

Susy intentó esconder el rostro en su hombro.

—No quería que te detuvieras. Fue algo hermoso —le dijo ella, con voz apagada.

Él se alisó el pelo.

—Pero acabas de reconocer que te hice daño.

—Sólo por un segundo. Luego sólo sentía placer; eso fue todo lo que sucedió. —Ella desabrochó la bata de Wolfe y besó con suavidad el pecho fuerte y bronceado—. Pero estoy terriblemente avergonzada por lo que ha ocurrido. Las doncellas van a murmurar.

Wolfe la apartó de sí con gentileza.

—Las doncellas pueden murmurar hasta que se cansen. Olvídalo. Ve y lávate los dientes mientras preparo un café.

—¿Me puedes prestar algo para ponerme? ¿Uno de tus pijamas?

Él asintió y se dirigió hacia un armario de dónde sacó una túnica de algodón parecida a las proporcionadas a los pasajeros de las aerolíneas orientales.

—Esto te quedará mejor que un pijama.

El baño era casi tan grande como la habitación. Tenía bañera y lavabo de superficie de mármol oscuro.

Cuando Susy regresó a la habitación, él ya estaba bebiendo café al lado del ventanal. Se levantó de su silla cuando ella entró y no se sentó hasta que Susy lo hizo.

—Iba a pedir el desayuno, pero creo que es preferible que lo pidamos por separado —le dijo, mientras le servía el café—. Hay pocas probabilidades de que alguien te vea cuando regreses a tu habitación. Pero si desayunas aquí con la ropa que traes puesta o

con la de la noche anterior, será como decir claramente que pasamos la noche juntos. Por el bien de tu reputación, creo que debemos ser lo más discretos posible.

Mientras ella sorbía el café caliente, le dijo:

—Y tú siempre corres antes del desayuno, aun los domingos.

—No siempre. Y hoy, menos. Tan pronto como desayunemos te llevaré a un ginecólogo. Esa lesión puede necesitar algún tratamiento.

—No es nada, Wolfe… nada en realidad. Por favor, no te preocupes… y no necesito ver a un doctor, y menos un domingo por la mañana.

—Harás lo que te diga —dijo él, con firmeza—. Conozco a un especialista excelente que atendía a Hannah cuando pensaba que podía tener algún problema. No le importará verte hoy si le explico las circunstancias.

—¡Pero no puedes! Digo… ¿qué va a pensar?

—¿Lo que piensa la gente te importa más que tu salud?

—No pasa nada malo con mi salud. Te estás preocupando sin motivo. —Susy hizo lo posible por mantener el tono de su voz—. Por favor, no le des importancia. Te aseguro que estoy perfectamente bien.

Wolfe le dirigió una mirada penetrante antes de decirle:

—Creo que imaginas que en realidad te ocurre algo y tienes miedo de enterarte. Es una actitud demente, Susana. Probablemente es algo muy sencillo que puede corregirse con facilidad. Dime algo: ¿no has hecho el amor con nadie desde que murió tu esposo?

Evitando su mirada ella contestó:

—No… no, no lo he hecho.

—¿Hace cuánto tiempo de eso? ¿Cuatro años?

Ella asintió.

—Entonces eso lo explica todo. Debí ser más gentil contigo.

—Lo fuiste.

—No lo suficiente para alguien que ha vivido como una monja durante cuatro años. En esta época es mucho tiempo, sobre todo para alguien con tu temperamento. Desde la primera vez que te vi pensé que tu boca no armonizaba con tu manera de ser.

Él se inclinó sobre la mesa y tocó sus labios con el dedo índice. Por vez primera en sus ojos se reflejaba un brillo que manifestaba

cierto regocijo.

—¿No fue suficiente una noche, verdad? ¿Quieres que hagamos el amor de nuevo?

Los labios femeninos temblaron bajo su contacto.

—Sí —asintió ella en voz baja.

—Entonces sé buena niña y deja de contradecirme. No hay razón para sentir vergüenza. Un especialista quien, según he escuchado, es el confesor de algunas de las mujeres más promiscuas de Nueva York, no tiene por qué asombrarse… —se interrumpió y luego dijo —: Si no has tenido relaciones sexuales durante cuatro años, ¿quiere decir que no tomas la píldora?

—No, no lo hago —aceptó ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó furioso.

—No… no lo sé.

Todo estaba saliendo mal; su plan había fallado.

Wolfe tomó la cafetera y se sirvió café de nuevo. Su furia parecía haberse abatido o por lo menos se controlaba lo más posible.

—¿No quieres más café? —preguntó él.

—Todavía no me he tomado éste.

Wolfe cogió la taza de café y se la llevó hasta la cama, donde se sentó después de haberla colocado sobre la mesita de noche. Abrió un estante que contenía ocho o nueve agendas telefónicas y comenzó a buscar algo.

Cuando él cogió el auricular, Susy supo que tenía que confesarle toda la verdad. No había escapatoria posible.

—No, detente… espera un minuto… por favor, Wolfe —exclamó, mientras él comenzaba a marcar el número.

El tono de ella era tan desesperado que le hizo detenerse.

—No me irás a decir que no apruebas que…

—No, no es eso —interrumpió con rapidez—. Iré a ver al doctor pero hoy no. Si fuera ahora los dos nos íbamos a sentir un poco ridículos. Tú… tú me has preguntado que cuanto tiempo no hacía el amor. Yo… yo nunca había hecho el amor. Todavía anoche era virgen.

Era la primera vez que veía desconcertarse a Wolfe. Después de mirarla fijamente durante unos instantes, él colgó el auricular.

—Tengo entendido que has estado casada durante algún tiempo y que tu esposo ha muerto.

—Un año y medio.

Ella inclinó la cabeza, mientras retorcía el anillo de oro qué tenía puesto en la mano izquierda, recordando el día que Chris lo había puesto en su dedo.

Wolfe se levantó de la cama y se acercó a la silla que estaba al lado de ella.

—Creo que será mejor que me cuentes todo.

—Íbamos a pasar nuestra luna de miel en Escocia. Nos casamos a las once de la mañana y abandonamos la recepción a las tres, intentábamos pasar noche de bodas en el Monasterio de Dryburgh, a cuarenta kilómetros al sur de Edimburgo. Nunca llegamos allí. Pasamos esa noche en un hospital de Newcastle. Un coche que iba en el carril de la derecha, tuvo un reventón e invadió el otro carril. Si ese carril hubiera estado libre de tráfico, no hubiera sucedido nada. Pero no fue así. Había tres coches circulando a mucha velocidad. Murieron siete personas y cuatro más resultaron seriamente heridas. Una de ellas fue Chris… mi esposo.

Wolfe no dijo nada y esperó a que ella continuara.

—Yo tuve heridas de poca importancia —continuó ella—: Me dieron de alta en menos de una semana. Pero no pude irme a casa porque Chris estaba muy grave. Él… él estuvo a punto de morir, pero de algún modo le salvaron la vida. Más tarde… deseé que no lo hubieran hecho —dijo ella con voz entrecortada.

Se volvió hacia él, con los ojos brillantes por las lágrimas, pensando que él la podía haber malinterpretado.

—No por mí… ni por un momento. Por él. Mi pobre y querido Chris.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron con lentitud sobre sus mejillas.

—Verás… perdió las dos piernas, y no sólo eso… tenía otras heridas terribles y… —La invadieron los sollozos.

Wolfe se levantó de la silla e intentó tranquilizarla, haciéndole apoyar la cabeza sobre su pecho.

Poco a poco, fue calmándose; él sacó del bolsillo de su bata un pañuelo de lino. Susy secó sus húmedas mejillas y se sonó.

—Lo siento —murmuró con voz ronca.

Después de un rato, él preguntó:

—¿Nunca vivisteis juntos antes de casaros?

—Oh, no, la gente no lo hace en el norte de Yorkshire. Por lo menos no con tanta frecuencia como en Londres. Yo vivía con mi familia. También él. A nuestros padres les hubiera dado un ataque si hubiéramos vivido juntos antes de casarnos. Ellos saben que ocurre en otros lugares, pero no en una pequeña ciudad como la nuestra. Las personas todavía se comprometen allí. Chris y yo estuvimos comprometidos durante seis meses.

—¿Y nunca hicisteis el amor en ese tiempo? ¿Por qué no? La mayoría de la gente lo hace.

—Lo sé y Chris quería que lo hiciéramos, pero yo no. Después de todo lo deberíamos haber hecho. Ése fue mi más grande error.

—¿Por qué no querías?

—Oh… había toda clase de dificultades. No podía comentárselo a nuestro doctor, un hombre ya anciano que no lo hubiera aprobado. También no había adonde ir… algún lugar realmente privado. En verano hubiera sido diferente, pero era invierno. Hacer el amor en el coche me parecía… ruin. Yo era muy joven y bastante inhibida. Quería esperar hasta nuestra luna de miel, cuando no existiera nada de qué arrepentirse. Pienso que, en aquel tiempo, yo estaba más interesada en los arreglos del casamiento y en amueblar el apartamento que los padres de Chris nos habían obsequiado que en el matrimonio en sí. No fue hasta después de casados cuando me di cuenta de lo que había perdido.

Como él no decía nada, ella prosiguió:

—Por eso no me arrepiento de nada de lo que ocurrió anoche. Hace mucho tiempo me hice a la idea de que, la próxima vez, si alguien me deseaba y yo a él… —Ella dejó la frase sin terminar.

—¿Estás segura de que era a mí a quien deseabas, o solamente querías terminar con tu virginidad que habías conservado durante tanto tiempo?

Lo que acababa de decir Wolfe le había sorprendido y molestado al mismo tiempo. Ella se separó de él.

Regresando a la silla que había dejado, dijo con rigidez:

—Si ése hubiera sido el problema, el mundo está lleno de hombres que me hubieran ayudado a resolverlo… Quería que mi primera experiencia fuera con alguien a quien yo… quisiera.

Wolfe se levantó de la silla y comenzó a pasear a lo largo de la habitación. Con las manos metidas en los bolsillos de su bata.

—¡Maldita sea! Si hubiera adivinado que eras virgen, ni siquiera te habría tocado —exclamó furioso.

—¿Por qué no? ¿Cuál es la diferencia?

—Hace años me hice el propósito de no comprometerme con mujeres que no fueran completamente maduras, independientes y seres racionales. Las muchachas jóvenes, aunque son atractivas, tienen muchas limitaciones.

—No soy ninguna jovencita.

—No en años, pero no tienes experiencia, o no la tenías hasta que te seduje —añadió con un estallido.

—¡Pero eso es absurdo! Tú no me sedujiste. Pasé toda la noche insinuando que yo… yo estaba disponible. Quería que sucediera y no lo lamento. De todo lo que una escucha, la primera noche es horriblemente decepcionante. No fue así en mi caso. Hiciste que fuera maravillosa.

Más tarde sabría que la mayoría de los hombres se sentían halagados por una noche así. Pero no Wolfe.

Él le dijo bruscamente:

—Cualquier hombre que no pueda dar placer a una mujer tan sensible como tú tiene que ser idiota. No soy esa clase de tonto, pero obviamente me estoy saliendo del tema. ¡Oh, Dios! Debería ir a que me, revisaran la cabeza. La noche pasada sabía que existía el riesgo de echar a perder nuestra relación de trabajo, pero ni siquiera me pasó por la mente que estaba acostándome con una chica que confiaba en la suerte únicamente para que no hubiera repercusiones fatales. ¿Piensas que no me hubiera gustado hacerlo si tú me lo hubieras advertido? ¿O sólo cruzaste los dedos y esperaste lo mejor?

Ella retrocedió ante este último sarcasmo.

—Si… si pasa cualquier cosa, será mi responsabilidad. No te culparé, ni te pediré que me ayudes. Puedo… arreglármelas yo sola —expresó obstinada.

Muy en su interior, deseaba llorar. Todo era tan diferente a como se lo había imaginado.

—Oh, ¡lo harás, lo harás! —exclamó Wolfe furioso. Avanzó a grandes pasos hacia donde ella se encontraba sentada y tomó su barbilla con su poderosa mano, levantándole el rostro hacia él—. Si eso significa lo que estoy pensando, olvídalo. No eres la clase de

mujer que pueda tomar una solución así. Dejaría horribles cicatrices en tu alma. Aparte de eso, no tengo la intención de permanecer en la oscuridad por segunda vez. Si quedas encinta, ya decidiremos qué hacer al respecto.

Él soltó su barbilla.

—Ahora ve y toma un baño caliente mientras yo me visto y voy a tu habitación. ¿Qué ropa quieres que te traiga?

Con un esfuerzo Susy puso en orden sus ideas y le dijo dónde podía encontrar la ropa adecuada.

—La caja en que fue guardado mi vestido está sobre la cama. Puedes colocar la ropa allí —sugirió.

Poco después se encontraba dentro de la bañera, cubierta de agua caliente hasta el cuello; preguntándose si ahora que sabía todo acerca de ella con toda seguridad no le iba a hacer el amor de nuevo. Su corazón se llenó de desilusión al pensar que nunca más iba a repetir esa experiencia inolvidable.

Se preguntaba qué habría querido decir con eso de que cualquiera que tuviera una compañera tan sensible como ella y no le proporcionara placer era un idiota.

¿Significaba que ella era más sensitiva que las otras mujeres que compartían su vida? No sabía cómo es que podía serlo. Quizá el hecho de que le amaba hacía la ligera diferencia.

Estaba aún en la bañera, cuando escuchó una llamada a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Wolfe.

—Por supuesto —se sentó con rapidez.

Wolfe entró y colocó la caja del vestido sobre un taburete que había enfrente de la mesa del tocador. Entonces se le quedó mirando.

—Tienes tu habitación muy ordenada, un lugar para cada cosa.

—Trato de ser organizada.

Él cogió una de las esponjas y se la extendió.

—Vamos, afuera.

Ella se levantó, con la piel húmeda y brillante, las gotas de agua refulgían en su cuerpo como si fueran joyas.

Sintió que los ojos de Wolfe la recorrían mientras salía de la bañera, poniendo los pies sobre la alfombra. Entonces él la envolvió con la toalla.

La última vez que alguien la había envuelto en una tibia toalla fue cuando era niña y no tenía formas femeninas definidas. Ahora era consciente de ser una mujer; un ser diferente por completo a la Susana Walker del día anterior.

Esperaba que Wolfe la dejara secarse y vestirse. En lugar de eso él se quedó; sus manos se movían sobre su cuerpo, primero con viveza y después lenta y delicadamente hasta que, muy pronto, ella deseó que le quitara la toalla y acariciara su carne desnuda.

Se dio cuenta por la manera que la observaba que lo estaba haciendo deliberadamente y aguardaba su reacción. Al principio, ella trató de mantener una expresión impasible. Pero fue imposible. Pronto sintió el deseo de responder a la presión de sus manos sobre su cuerpo.

Wolfe parecía inconmovible. Susy no pudo ver ninguna señal de que su creciente excitación fuera mutua.

—Por favor… —murmuró inútilmente—. No…

—¿No? —Él arqueó las cejas irónicamente.

Con brusquedad, inclinó la cabeza, atrapando la boca femenina entre la suya y demostrándole que su indiferencia era fingida.

Susy se asió a él, mareada por el placer y el alivio de saber que no sólo ella deseaba esto. Respondió con apasionado abandono a la vehemente fuerza de sus besos. La tomó allí mismo, en el baño, sobre la suave alfombra color crema y con varias toallas más, acomodadas bajo sus hombros y caderas. Su reciente inmersión en la bañera había hecho más sensitiva su piel. Cualquier movimiento de sus manos, cualquier exploración de sus labios la hacían retorcerse con sensaciones exquisitas.

Poco tiempo después, Wolfe ya no estaba con ella. La había dejado sobre el suelo mientras él tomaba una ducha.

Por algunos minutos, ella permaneció donde estaba, escuchando el sonido del agua al caer y sintiéndose demasiado débil para moverse.

Después de un rato, se levantó y se sumergió en la bañera para refrescar su piel caliente. Fue solo entonces cuando notó que era extraño que Wolfe, habiéndola acusado de un comportamiento irresponsable, la fuera a culpar de nuevo por su temeridad.

Wolfe estaba tardando demasiado, pues hacía poco tiempo que había tomado otra ducha. Deseaba imaginar qué era lo que estaba

pensando mientras permanecía parado bajo el agua.

Ella ya se había puesto su ropa interior cuando él salió. Llevaba puesta una toalla enredada alrededor de sus delgadas caderas. Mientras se ponía las medias negras, Susy le sonrió.

—¿Qué te gustaría desayunar? —le preguntó él.

—Ciruelas… hígado y bacón con tomates asados… Cereal entero tostado con miel y té, por favor.

Él sonrió, encontrando muy excitantes sus medias negras. Se acercó hacia donde ella estaba parada y deslizó sus manos sobre sus caderas, luego bajó la vista y contempló la hendidura exhibida por el delicado encaje.

—Tienes un talento inesperado para hacerme sentir bien —le dijo él atrayéndola hacia sí—. Estoy tentado… —se interrumpió, sonriendo y moviendo la cabeza—. No, creo que no. Después del desayuno, quizá.

Dándole un beso en la frente, se marchó y la dejó para que acabara de vestirse. Antes que se reuniera con él para desayunar, ella pasó unos minutos en la oficina de tal modo que si el camarero aún se encontraba en la estancia, pensara que había comenzado a trabajar temprano. Que ella trabajara un domingo no le sorprendería; los hábitos de su jefe eran muy conocidos.

Sin embargo, el hombre acababa de irse cuando ella entró en la oficina, Wolfe estaba sentado a la mesa esperando que se reuniera con él antes de empezar a desayunar.

Wolfe se levantó y le retiró una silla para que se sentara.

—Muy discreta —fue su comentario, mientras ella cruzaba la ancha habitación en dirección a él—. ¿Te preocuparía si la gente se enterara de que estamos durmiendo juntos?

Capítulo 9

Mientras él hablaba por teléfono, Susy le miraba fijamente, incapaz de creer lo que había escuchado.

Wolfe colgó el auricular y regresó.

—Bueno… ¿qué es lo que piensas? —le preguntó a ella, sentándose de nuevo.

—Yo… creo que debes estar bromeando —expresó con voz suave.

Él cogió la cuchara pero hizo una pausa antes de empezar a comer.

—No quiero que los hijos de mis amigos me confundan con su abuelo —expresó él—. Y si tú también quieres hijos, es mejor que los tengas antes que cumplas treinta años.

—Pero… ¿por qué yo? ¿Por qué no…? —Ella dejó la pregunta sin terminar. Él debía saber qué era lo que estaba pensando.

—Porque creo que nos complementamos el uno al otro. Sabemos que podemos trabajar juntos día tras día, sin interponerse nada entre nosotros.

—Pero con Hannah tampoco tuviste ningún problema.

—Cierto, pero Hannah no me atraía sexualmente. Siento confesártelo. La noche pasada fue una de las raras ocasiones en que me dejé llevar por mis sentimientos —el sonrió—. Quizá debería hacerlo con más frecuencia.

Después de una pausa, Susy dijo:

—El primer día que empecé a trabajar para ti, te enfadaste cuando hice un comentario sobre… tu vida privada. Aunque corro el riesgo de que te enfades de nuevo, hay algo que quiero

preguntarte.

—Las circunstancias son diferentes ahora. Vamos, pregunta lo que quieras.

—Todo el mundo sabe que tenías tres, bueno, ahora son dos amigas íntimas. ¿Por qué nunca has pedido a Belinda o a Madame Dupont que se casara contigo?

—Porque su compañía es como el caviar, lo disfruto, pero no lo deseo todos los días. Para casarse uno tiene que encontrar a una mujer que sea como el pan, el queso y las manzanas, éstas son cosas que uno puede comer diariamente sin cansarse de ellas. ¿No te vas a comer tus ciruelas?

Susy se dio cuenta de que sólo las había estado empujando al rededor del plato.

—Oh… sí —empezó a comer sin apetecerle demasiado.

—¿Pero no querrás probar el caviar de nuevo? —aventuró ella.

Wolfe levantó la vista, su mirada era enigmática, cuando se topó con la suya sobre la mesa.

—Todo depende de mi esposa. Pocos hombres buscan placeres en cualquier parte, cuando los pueden encontrar en su casa —contestó con frialdad.

Hubo otro silencio hasta que ella preguntó:

—¿Y sobre el amor?

—El amor, según mi punto de vista, es la culminación del matrimonio y no su inicio. Mucha gente joven se casa o viven juntos basándose únicamente en la atracción sexual. No se dan cuenta si se quieren hasta que pasa el tiempo. Considero que una pareja puede decir que se ama cuando han estado juntos durante veinte años y todavía hacen el amor y tienen mucho de qué hablar.

—Tú tienes… los pies sobre la tierra.

—No debería resultarte extraño, ya deberías estar familiarizada con mis peculiaridades.

—Todavía no puedo creer que estés hablando en serio —expresó Susy.

—He estado pensando mucho tiempo sobre el matrimonio. Siempre había deseado tener una familia muy grande, cuando encontrase a la mujer adecuada. Hasta esta mañana, no me había dado cuenta de que esa mujer la tenía muy cerca. Una vez que te hagas a la idea, verás que te va a parecer excelente. ¿Tú quieres

tener niños, no es así?

—Sí, sí, claro. Cuando has dicho que te gustaría tener una familia muy grande, a ¿cuántos niños te refieres?

—Por lo menos a cuatro. Posiblemente más.

—Supongamos que te casas conmigo y no tenemos ninguno. ¿Qué va a pasar entonces?

—Sería difícil de creer algo semejante. Nos preocuparemos por ello si es que sucede. Sin embargo, quiero saber tu decisión.

—Tendré que pensarlo —dijo ella—. No puedo tomar decisiones importantes tan rápido como tú.

—Sin duda, pero no lo vayas a pensar demasiado. Cuando tomo una decisión me gusta llevarla a cabo inmediatamente. Deberás decírmelo esta noche.

—¡Esta noche! —exclamó ella, consternada—. Pero eso es muy pronto. Necesitaré más de un día.

—Tonterías. Cuanto más lo pienses, menos segura estarás —expresó Wolfe vigorosamente.

* * *

Dos semanas después, con su primer anillo de bodas reemplazado por otro, Susy se encontraba en el vuelo sin escalas a Munich, dirigiéndose hacia un sitio que Wolfe no le había querido decir, para pasar su luna de miel.

Ya era de noche cuando aterrizaron en Alemania. No le sorprendió encontrar un lujoso coche esperándolos.

—Me temo que aún nos queda camino por recorrer. Cerca de una hora de viaje —le dijo Wolfe—. Pero cuando lleguemos allá descubrirás que valió la pena el viaje.

Por primera vez, ella se preguntó si, en visitas anteriores a los lugares que conocía, él había estado con alguna mujer.

¿Traería a su esposa a un lugar donde había estado ya con alguna de sus amantes?

Su esposa. Aunque llevaba su anillo y ya muchas personas le habían llamado señora Vyner, encontró difícil creer que estuvieran casados. La breve ceremonia que se había llevado a cabo esa mañana, había sido muy sencilla comparada con su primera boda.

Había usado en la ceremonia el mismo traje que llevaba durante el viaje, un suéter de color tostado, abotonado a la izquierda, y una falda que combinaba con él. El tiempo era templado, no necesitaba una chaqueta. Sin embargo, camino del aeropuerto, Wolfe le proporcionó una ya que posiblemente la necesitaría en Europa.

Era una chaqueta larga, le llegaba a las caderas, de lince canadiense, muy elegante y carísima. Era su segundo regalo costoso. Él había insistido en que ella conservara la gargantilla y los pendientes de Bulgari. Ahora, sentada en el asiento posterior del coche, con una I manta de viaje sobre las piernas y con la parte superior de su cuerpo cubierta por la opulenta piel, no podía resistir el acariciar su esponjosa y sedosa textura. Era la clase de piel que combinaba con todo tipo de ropa. No tuvieron que cruzar la ciudad para llegar adonde se dirigían.

Susy deseaba que Wolfe la abrazara, o por lo menos la cogiera de la mano. Sus modales hacia ella eran muy parecidos a los que acostumbraba en los viajes que habían hecho juntos antes, corteses y considerados pero de ninguna forma románticos.

Por cierto, desde aquella mañana que le pidió que se casara con él, no le había vuelto a hacer el amor. Ya que había dormido sola en su propia habitación, como antes. Le dio una semana de plazo para que se decidiera. Cuando finalizó la semana, ella le confesó su decisión, esperando que la llevara a la cama, pero él le había dicho que lo mejor era que continuaran comportándose con discreción hasta que se casaran.

Desde entonces deseó pasar otra noche entre sus brazos, y se había sentido desconcertada por su falta de entusiasmo. La semana anterior a su casamiento, Wolfe la besó más a menudo en la mejilla y en la mano que en la boca.

—Había olvidado que Munich se encuentra cerca de la frontera con Austria. Siempre quise conocer Salzburgo. ¿Has estado en el Festival?

—Sí, dos veces. El próximo año, si quieres, podemos ir juntos. Pero en Salzburgo hay mucho que ver aparte del Festival. Nosotros vamos a permanecer en lo que se llama Salzkammergut, situado en la zona lacustre de Austria. Pero eso es todo lo que te voy a decir.

Para deleite de Susy, él alcanzó su mano y la apretó con delicadeza entre la suya. Ella respondió a la caricia e

impulsivamente, levantó su mano, besándolo suavemente.

Un momento más tarde, él quitó la mano de entre las suyas, ella se preguntó si su actitud habría sido demasiado atrevida. Quizá a él le gustaría tomar la iniciativa y lo mejor sería que no le obligara a acariciarla.

Pero en contra de lo que estaba pensando, él deslizó una mano bajo la manta de viaje, intentando acariciar sus piernas lentamente y avanzando hacia el interior.

Cuando las yemas de sus dedos tocaron su piel desnuda, ella sintió un espasmo de placer tan agudo, que todo su cuerpo se estremeció y sólo pudo controlar un jadeo.

Era terrible la facilidad con que Wolfe la hacía perder el control. Después de haberla excitado completamente, dejó de acariciar su suave piel, sacando su mano de debajo de la falda, que volvió a cubrir sus piernas.

Para ella, el resto del viaje transcurrió en la bruma del deseo anhelante de encontrarse ya a solas con él.

* * *

Casí dos horas después de haber llegado a Munich, Susy se encontraba sentada ante el resplandeciente fuego de una chimenea, en una habitación privada, bebiendo el champán que Wolfe le había servido antes de ir a darse una ducha.

Susy se acababa de bañar, le había preparado el baño una doncella, la misma que sacó el equipaje de su maleta y arregló su ropa de noche. La joven llevaba puesta una larga bata de terciopelo de color rosa pálido, encima de un camisón del mismo color. Sus zapatillas eran abiertas, de tacón alto, forradas en seda y adornadas con plumas de avestruz. La clase de zapatillas que sus abuelas hubieran calzado en su luna de miel, si hubiesen sido las hijas de algún hombre rico.

Se preguntaba cómo iba a reaccionar su familia cuando, mañana o pasado mañana, recibieran la carta que les había enviado, en donde decía que para cuando ésta hubiera llegado ya estaría casada con Wolfe.

Creía que era mejor escribir que hablarles por teléfono.

Resultaba más fácil comunicar las noticias por medio de una carta extensa y escrita cuidadosamente que una conversación a larga distancia. Sin duda, les iba a sorprender. Había mencionado muy pocas veces a Wolfe en sus cartas.

Probablemente esta sorpresa no les iba a gustar. Presentía que sus padres estarían ofendidos ya que Wolfe no se había presentado a pedir su mano antes de casarse con ella. En Yorkshire, entre personas como sus padres, no era habitual casarse con personas desconocidas para la familia. A una viuda se le permitía casarse discretamente, pero no de una forma apresurada y escondida, que sería la manera en que sus padres juzgarían la breve ceremonia civil que había convertido a Wolfe en su nuevo yerno, un yerno que jamás habían visto.

Sin embargo, pensándolo bien, a ella no le importaba la reacción de su familia. De ahora en adelante, Wolfe era la única persona significativa en su vida.

Tomando otro sorbo de champán, ella contemplaba la hermosa habitación con sus largas cortinas de seda y sus muebles antiguos.

—Ésta se asemeja más a una casa privada que a un hotel. ¿Cómo se llama? —preguntó ella, mientras su esposo atravesaba la habitación, usando una bata de seda de color café oscuro y unas pantuflas de piel negra.

—Schloss Fuschl. Austria posee gran cantidad de castillos que se han convertido en hoteles, y éste es el mejor de ellos. Es un castillo medieval. Como verás mañana, algunos salones son muy selectos.

Wolfe sirvió un poco de champán, llenó nuevamente la copa y se sentó a su lado, en el sofá forrado de plumas y tapizado en seda café claro.

Mientras él extendía sus largas y bronceadas piernas, cubiertas de oscuro vello, ella notó que no usaba pijama, solamente llevaba la bata de seda.

—Por nosotros —expresó él levantando su copa.

—Por nosotros —repitió ella.

Bebieron, mirándose el uno al otro.

—¿Has añorado la última vez que pasaste la noche conmigo? —le preguntó Wolfe.

—Sí —reconoció la chica, después de una fugaz vacilación.

—¿Por qué no te quitas la bata? Creo que no tendrás frío.

Después de un titubeo, Susy dejó su copa y se levantó. La bata tenía un cinturón de satén, sostenido con unas cintas de seda a los lados. Lo desató y dejó los extremos colgando. Se quitó la bata y la arrojó sobre uno de los sillones que estaban al lado opuesto de la chimenea.

Wolfe no dejaba de observarla. Sólo con mirarla de esa forma hacía que sus senos se dilataran y su vientre vibrara lleno de excitación.

Con el aliento contenido, lo observó vaciar su copa, al mismo tiempo que apagaba la lámpara de la mesa. Él se levantó, y caminó por toda la habitación, apagando todas las luces hasta que sólo permanecieron los destellos rojizos del fuego.

Mientras él se dirigía hacia ella, dijo:

—Me gusta tu camisón, pero no creo que lo vayas a necesitar excepto si hay un incendio. Yo siempre duermo desnudo, como tú lo harás desde hoy.

Se detuvo a pocos pasos de ella, con las manos cerradas dentro de los bolsillos de su bata. Susy sabía que estaba esperando que se quitara el camisón y que no se movería hasta que lo hiciera.

La chica levantó las manos lentamente y desató primero una de las cintas que sujetaban su camisón y después la otra. El camisón no era lo suficientemente holgado como para que cayera al suelo por su propio peso. Tuvo que bajarlo hasta su cintura, luego deslizado sobre sus caderas hasta que a la altura de sus muslos cayó alrededor de sus pies. Ella dio un paso sobre él, se inclinó y lo recogió, colocándolo después encima de su bata.

Cuando volvió la cara hacia Wolfe, ya se había despojado de su ropa y estaba tan desnudo como ella; su figura, alta y de anchos hombros parecía de bronce a la tenue luz de las llamas. Durante unos instantes se sintió como una criatura indefensa a punto de ser devorada por un animal salvaje. Wolfe era mucho más alto y fuerte.

De pronto él se movió hacia ella, la chica quiso retroceder, pero no lo hizo. Permaneció muy quieta, mientras él la cogía de la cintura y la acercaba hacia sí. Las puntas de sus senos se apoyaron sobre el duro pecho masculino; ella sintió una caricia ardiente pero inesperada en la suave carne, debajo de su vientre.

—No estás tan fría como esto, ¿o sí? —preguntó con voz ronca.

Susy negó con la cabeza. La aprensión momentánea había

desaparecido, disipada por la delicadeza de su abrazo. Se apretó contra él, levantando su rostro y tocando con las puntas de los dedos la nuca masculina.

Se besaron, suavemente al principio y después con una pasión creciente.

Cuando él la levantó entre sus brazos, sus zapatillas cayeron al suelo. Con los ojos cerrados, ella sintió que él cruzaba la habitación y se dejaba caer sobre la cama. Relajó sus miembros, con los brazos preparados para estrecharlo contra sí.

De pronto, ella sintió que le besaba la planta del pie. Susy emitió un suspiro de sorpresa ante el estremecimiento que recorrió sil pierna. La primera noche que había estado con él, únicamente la había acariciado con las manos, pero ahora exploraba todo su cuerpo con su boca, besándola en todas partes, volviéndola loca de placer.

—¿Agradable? —preguntó él.

—¡Maravilloso! —Ella no podía expresar la maravillosa sensación que recorría su cuerpo.

Wolfe continuó haciéndole jadear de nuevo.

—¡Oh, Dios, no! ¡No, no, no puedo soportarlo!

Pero él parecía saber que lo que ella quería decir era que no se detuviera. Y no lo hizo. Una y otra vez, él la hizo retorcerse, jadea y temblar mientras sus manos seguras y ardientes proclamaban su derecho para explorar cada centímetro de su cuerpo.

Al final, cuando ya no había ni un solo sitio de su piel que no hubiera acariciado, Susy sintió el duro peso masculino sobre su cuerpo.

Esta vez fue más salvaje que en aquella ocasión en Nueva York.

Poco después, exhausta, cayó dormida, todavía entre sus brazos.

La despertó un murmullo de voces masculinas, que hablaban en alemán. Por unos instantes, no recordó dónde se encontraba, después, escuchando con atención, reconoció la voz de Wolfe pero no la del hombre que le contestó.

El sonido de la porcelana y la platería le hizo imaginar que debería de tratarse del camarero que atendía la habitación. ¿Ya había amanecido? Pero si era así, ¿por qué no se filtraba la luz a través de las cortinas? ¿Y por qué era luz artificial la que provenía de la puerta ligeramente entreabierta de la habitación?

Levantándose de la cama, se dirigió hacia el baño, donde había dejado su reloj. Eran las doce y cuarto.

Wolfe debía haber despertado, sentido hambre y decidido pedir el desayuno.

Pero lo que a Susy le apetecía era darse una ducha. Después de ponerse el gorro de baño, pasó tres o cuatro minutos bajo el chorro de agua caliente.

Cuando terminó, se envolvió en una toalla y fue a la habitación. El camarero ya no se encontraba allí. Wolfe estaba sentado ante el fuego, tomando café y comiendo un emparedado.

Cuando la vio, se levantó y dijo:

—He oído el ruido del agua cuando fui a buscarte hace un rato. ¿Te sientes mejor ahora que ya has dormido?

—Sí, gracias. ¿Tú no has podido descansar?

Él hizo un ademán negativo.

—Tenía que hacer algunas llamadas. He hablado con mi abuela y se puso muy contenta al saber la noticia, quiere que pasemos a visitarla cuando nos vayamos de aquí. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor.

Viendo que él tenía intención de servírselo, ella se acomodó en uno de los sillones.

Se preguntó a quién más habría llamado. ¿A Madame Dupont? ¿A Belinda? Seguramente él no iba a permitir que sus amantes formales se enteraran de su matrimonio por la prensa. Los periodistas aún no sabían que se había casado, pero no tardarían mucho tiempo en enterarse, y posiblemente la noticia saldría en primera plana, por lo menos en los periódicos sensacionalistas. Era exactamente la clase de historia que les deleitaba.

Ella casi podía ver los titulares.

Boda secreta de magnate industrial. La secretaria Susana atrapa a su jefe. Seguramente los periódicos que publicaran una historia así tratarían de obtener comentarios de las mujeres a las que había sustituido. Lo menos que podía hacer Wolfe era decirles personalmente a Belinda y Jacqueline la noticia, antes que fueran acosadas por periodistas ansiosos de conocer sus reacciones.

No obstante le dolía el imaginar que las había llamado mientras ella dormía en la habitación contigua.

—He pedido emparedados, pero quizá tú prefieras otra cosa —le

dijo, llevándole la taza con café—. El servicio es hasta la una de la mañana. ¿Qué te apetece?

—En realidad no tengo mucha hambre. Comeré uno de tus emparedados, ¿puedo?

Él le llevó un plato, una servilleta y la elegante bandeja de plata, forrada de lino, que contenía blancos emparedados, sin corteza, rellenos de salmón, pechuga de pollo y su queso favorito, aparte de unos dátiles picados.

—¿Qué ha dicho tu abuela? ¿No se ha asombrado? —preguntó Susy.

—No me pareció así. Quizá ella intuyó en un instante lo que yo tardé en reconocer: que mi secretaria perfecta también podía ser una esposa perfecta —añadió inclinando con gentileza la cabeza.

El cumplido debería haberla halagado, pero no fue así. Presentía que era más adulador que sincero.

—No habrá manifestado su asombro, pero estoy segura de que realmente ha sido una sorpresa para ella —contestó Susy—. Espero que no esté muy contrariada. No soy lo que ella había deseado para ti.

—Ella es una mujer muy inteligente, que sólo deseaba que yo estuviera satisfecho con mi elección, y verdaderamente lo estoy —replicó él.

Por un ligero tono de irritación contenido en su voz, ella imaginó que darle la noticia a su abuela no había sido nada comparado con lo que tuvo que decirle a las otras dos.

Susy no creía que Belinda, educada dentro de una rígida tradición, diera un escándalo; pero Madame Dupont sí lo haría. Ella tenía un carácter más fuerte e incontrolable, capaz de hacer una escena. Susy no creía que Wolfe le hubiera permitido que le gritara; simplemente le habría colgado el teléfono, aunque debería ser demasiado insensible para que los insultos de una amante rechazada le dejaran impasible.

—¿Estás enfadada? —preguntó él—. Una recién casada no tiene por qué estar molesta en su luna de miel, a no ser que la actitud de su esposo como amante la haya decepcionado. Espero que no sea ésa la razón para que estés tan pensativa.

—Tú sabes que no es así —evitando su mirada, Susy añadió—. Fue todo y mucho más de lo que esperaba. Fue un… éxtasis.

—En ese caso —él caminó y se sentó sobre el brazo del sillón—, ¿por qué no lo hacemos de nuevo?

Antes que ella pudiera contestar, él ya estaba desatando la toalla que la envolvía. Y al soltarla, sus senos quedaron al descubierto.

Poniendo su mano, con delicadeza, en el cabello, besó sus labios entreabiertos, mientras acariciaba sus senos.

Muy pronto estuvieron en la alfombra, abrazados estrecha y apasionadamente, calentados por el avivado fuego de la chimenea.

Mientras permaneció entre sus brazos, su pasado se borró ante el abrumador deleite del presente.

Por la mañana, Wolfe fue a correr como acostumbraba. Dejó a Susy en la cama. Pero en el momento en que él salió, ella se levantó y se puso el traje deportivo nuevo de color amarillo. No cambiaría sus hábitos simplemente porque estuviera en su luna de miel.

Aunque nunca había corrido con Wolfe antes, ni tenía por costumbre hacerlo sola, ella sabía que se encontraba en excelente condición, sobre todo desde que había ido a un gimnasio cuando se lo sugirió él.

El mantenerse en forma, que había comenzado como una disciplina, se transformó en un pasatiempo gratificante.

Susy encontró a Wolfe en el parque que rodeaba el hotel. Él regresaba de correr.

—Qué mañana tan agradable —lo saludó Susy, mientras corría, esperando a su marido, que se aproximaba a ella.

Él sonrió.

—Ese traje deportivo es muy elegante, pero si quieres correr conmigo, lo mejor será que regresemos caminando —le dijo él, disminuyendo en paso—. No quiero una esposa que no pueda mover sus piernas sin quejarse.

Susy rió.

—No te preocupes; lo tendré en cuenta —ella continuó caminando, intentando ir al mismo ritmo que él.

La chica sabía que pasaría algún tiempo antes que pudiera correr a la misma velocidad que él. Pero su propio ejercicio diario mantenía sus huesos lo suficientemente flexibles como para soportar una buena carrera sin tener molestias musculares.

No muy lejos del castillo, ella le retó:

—¡Una carrera a ese árbol! —Y empezó a correr.

Aunque ella había empezado primero, sabía que él le iba a ganar. Así fue, Wolfe llegó primero al árbol. Después, abrió los brazos y ella se lanzó contra él.

Wolfe la atrapó, estrechándola contra sí fuertemente mientras Susy jadeaba, tratando de recuperar el aliento y relajar sus músculos.

Fue entonces, mientras se miraba fijamente cuando ella sintió la necesidad de decirle que le amaba al mismo tiempo que deseaba que él también le confesara de nuevo su amor.

Pero no podía decir estas palabras a un hombre que pensaba que el amor era una tontería romántica.

—Ahora estoy hambrienta —dijo ella, respirando sin dificultad —. ¿Cómo son los desayunos que acostumbran a servir en Austria?

—Bastante grandes. Pero lo mejor será que antes tomes un baño. Todo este ejercicio al que no estás acostumbrada, podrá causarte molestias si te enfrías rápidamente.

—Lo que tú digas. Tú eres el experto.

Entraron en el castillo y se dirigieron a su suite, donde él le preparó la bañera.

Mientras Susy estaba dentro del agua, él comenzó a afeitarse. La chica observaba.

La única parte de su cuerpo que no estaba bronceada por el sol de Acapulco y Tobago, era la zona cubierta por su traje de baño. Ahora, mientras él estaba de espaldas a ella, desnudo, Susy se percató que aún sus áreas sin broncear no eran tan pálidas como su propia piel.

Cuando terminó de afeitarse, se metió en la ducha. Ella podía verle a través de la puerta de vidrio mientras se enjabonaba vigorosamente y tarareaba una canción. Parecía un buen presagio escucharle cantar en la ducha la mañana después de su noche de bodas. Quizá se debía a que ella era una novedad para él. ¿Cuánto tiempo podría durar esto? ¿Cantaría Wolfe todas las mañanas después de estar durmiendo juntos durante un mes… seis meses… un año?

Cuando Wolfe salió de la ducha, ella salió también de la bañera y dijo:

—Creo que me lavaré el pelo allí.

Mientras buscaba su champú, Susy trató de comportarse con

tanta naturalidad como él.

No tardó mucho en encontrar el frasco. Mientras pasaba frente a él para meterse en la ducha, Wolfe la cogió por la cintura y le besó el cuello. Una palma de su mano se deslizó hacia arriba para acariciarle un seno, la otra le acarició las caderas.

—¿Quieres que te ayude a lavarte el pelo? —preguntó él.

—Si tú quieres —respondió la chica con voz temblorosa.

Cada vez que él le hacía esas cosas, sus respuestas eran más rápidas e impetuosas. Si eso seguía así, en una semana…

Él continuó acariciándola durante un minuto más, entonces la metió en la ducha.

—En Singapur llueve así.

Él abrió el grifo de la ducha y al momento una corriente de agua caliente cayó sobre sus cabezas y hombros.

Más tarde, después de lavarle el cabello con sorprendente eficacia, él esparció toallas sobre el suelo y le hizo el amor.

—El suelo del baño parece ser tu lugar favorito —comentó, bromeando, poco después, mientras se secaba el cabello.

—Prefiero el suelo a la mayoría de las camas, aunque tengan madera bajo el colchón. Para hacer el amor se necesita una superficie firme.

Después de un tranquilo desayuno, el Rolls Royce los llevó a Salzburgo, dejándoles en una plaza, donde estaba la estatua de Mozart, el personaje más famoso de la ciudad.

Susy cayó rápidamente bajo el hechizo de las calles estrechas, decoradas por altas y antiguas casas seculares.

—Durante cerca de mil años, esta ciudad había sido gobernada por obispos católicos, aunque se comportaban como si hubieran sido príncipes —le comentó Wolfe—. El Castillo de Mirabell fue construido por un obispo para una de sus amantes.

Era sólo una observación que hubiera hecho cualquiera que conociera la historia de Salzburgo. Proviniendo de su esposo, era un irónico comentario sobre los convencionalismos sociales que, aun en estos tiempos modernos, gobernaban las vidas de las personas como sus padres y hermanas.

La calle donde se encontraban la mayoría de los establecimientos era la Getreidegasse.

Wolfe insistió en comprarle un dirndl, el encantador vestido

nacional que estaba formado por un corpiño ajustado sobre una blusa blanca y una falda suelta, a menudo usada con un delantal encima.

A ella le hubiera gustado que él se comprara una de las chaquetas Junker, con solapas grandes y botones plateados que muchos hombres de la localidad usaban, pero él rió, negando en la cabeza.

Dejaron el dirndl, para recogerlo más tarde y fueron a comer al Goldener Hirsch, que según Wolfe, significaba «ciervo dorado».

En el interior, las blancas paredes estaban decoradas con muchos cuernos de ciervos, con cofres pintados y sillas muy antiguas talladas en madera que contribuían a resaltar el aspecto rústico y personal del hotel.

Mientras se encontraban tomando una copa en el bar, un hombre reconoció a Wolfe y le saludó. Cuando los dos hombres se estrecharon las manos, Wolfe lo presentó como el Conde Walderdorff cuyos padres habían inaugurado el hotel un poco después de la Segunda Guerra Mundial.

—Ésta es mi esposa, Johannes. Nos casamos en Nueva York ayer por la mañana. Pero por favor, sé discreto por ahora.

Más tarde, mientras comían en un espacioso salón, cubierto por una gran cúpula, donde las mesas para cenar de etiqueta, después de las representaciones del Festival, se reservaban con ocho meses de anticipación, Wolfe le aseguró que el Conde Walderdorff no iba a traicionar su confianza.

—Él ha demostrado su discreción con personalidades mucho más famosas que tú y yo. La realeza… presidentes… la gente más rica y más conocida mundialmente ha estado aquí —le comentó a ella.

Hablaba sobre los músicos más conocidos que usaban el hotel como un club durante el Festival.

—Herbert von Karajan, el director de orquesta internacionalmente conocido, nacido en Salzburgo, cantantes como Plácido Domingo y Kirite Kanawa.

Escuchando las anécdotas que contaba acerca de ellos, Susy se preguntaba que quién estaría con él en esas ocasiones. No parecía muy probable que hubiera venido solo a los Festivales. ¿Habría estado en alguna de las habitaciones de ese hotel con otras mujeres?

¿Sería ésa la causa por la cual él había reservado una suite en el Castillo en lugar del Goldener Hirsch?

Tales pensamientos le quitaron el apetito para poder apreciar la deliciosa ternera sin huesos, aderezada con berros y servida con una mezcla de arroz y chicharros.

A esto le siguió una confitura maravillosa de claras de huevo batidas y enriquecida con azúcar, yemas, vainilla y corteza de naranja.

Wolfe tomó una segunda ración y le aconsejó que ella pidiera otra.

—Puedes permitirte engordar unos kilos más —le dijo él, mirando su delgada figura.

—Si lo hago, no podré usar el dirndl —expresó la chica con ligereza.

El comentario de Wolfe la dejó pensativa; no sabía si había sido un halago o si por el contrario, había querido insinuar que prefería curvas más voluptuosas que las de ella. No quería aumentar de peso, pero si eso le agradaba a él…

Después de la comida fueron de compras de nuevo.

El piso bajo de la casa donde había nacido Mozart era ahora una tienda de flores. Mientras permanecían contemplando el edificio, Wolfe dijo:

—Él tenía tres años cuando empezó a tocar el piano y doce cuando escribió su primera obra. Cuando murió, dejó seiscientas obras musicales, todas de excelente calidad. Era un hombre que nunca tuvo buena salud y además muy pobre.

—¿Se casó? —preguntó ella.

—Sí, a pesar de la oposición de su padre, se casó a los veintiséis años. Su esposa Constanza era músico, pero también compartió sus problemas económicos.

—Quizá no les importaba ser pobres si se tenían el uno al otro y aparte de eso, su música —sugirió Susy.

La reacción de Wolfe a su comentario fue una risa irónica.

—El amor no sacia el hambre ni te mantiene caliente, excepto en la cama.

Ella contestó espontáneamente.

—No, yo creo que un buen fuego es más importante para pasar el invierno en Viena.

Aunque el intelecto de ella aceptaba la validez de su comentario, sirvió para subrayar, otra vez, las limitaciones de su relación. Ningún esposo, en su luna de miel, hubiera cortado su romántico comentario con una respuesta tan realista y fría.

En otras tiendas, donde vendían hermosos ramos de flores secas, les dijeron que esta artesanía se había originado en los conventos austríacos, donde las monjas habían buscado con avidez la forma de decorar sus capillas en invierno.

En el centro de una tienda que se dedicaba a las hierbas había un trineo antiguo cargado de bolsas de algodón que contenían hierbas silvestres, recolectadas por campesinas. Una de las tiendas más pequeñas pero atractivas de la ciudad era la de quesos de Franz Raudaschl; era tan pequeña que sólo había espacio para dos o tres clientes, que hacían su elección de entre más de cien quesos de diferentes clases.

Después de haber comprado muchas cajas pintadas a mano y velas decoradas en la tienda Heimatwerk, se dirigieron a la plaza donde los esperaba el Rolls Royce del hotel para llevarlos de regreso al castillo.

Cuando estuvieron allí, Wolfe sugirió que nadaran en la piscina, después tomaron el té en el balcón, desde el que se contemplaba el lago.

—Ahora creo que debes descansar antes de la cena —dijo él, sonriendo.

Lo que significaba, por supuesto, que Wolfe quería hacerle el amor de nuevo.

Durante seis días Susy vivió una vida dedicada a los placeres sensuales. El tiempo permaneció soleado y cálido, ellos habían corrido juntos cada mañana antes de tomar su desayuno.

Una mañana Wolfe llevó a Susy al Café Winkler, situado en la cima de la Colina Monschberg, que tenía un paisaje maravilloso de la ciudad y una pintura mural llamada el Panorama Sattler, que permitía a los visitantes comparar el Salzburgo actual con la ciudad que había sido en mil ochocientos veintiocho, pero el Winkler adolecía del elegante confort del Tomaselli.

Después del café, exploraron la antigua ciudad y buscaron regalos para la familia de ella. Ésta era una idea de Wolfe. Le gustaba hacer compras, e invariablemente escogía algo para ella.

Por la tarde hicieron largas caminatas en la hermosa campiña austríaca. Una noche cenaron en el Plomberg, el restaurante campestre más elegante. En otra ocasión, cenaron en un bello local donde se podía escoger entre tres restaurantes, incluyendo un romántico reservado.

Y a todas horas del día y de la noche, Wolfe le enseñó cómo hacer el amor, demostrándole que realmente no sabía mucho sobre eso. Pero las expresiones verbales del amor, los diminutivos, el código privado, el lenguaje secreto que inventaba la gente que se amaba, no existía en lo que a Wolfe y a ella concernía.

Él alabó su apariencia cuando ella se vistió para ir a la cena. Dijo cosas elogiando su cabello. Pero nunca le decía cariño ni se dirigía a ella en un diminutivo; todo el mundo le llamaba Susy, excepto él.

Ella deseaba que Wolfe la llamara también Susy o Sue, antes de oír el diminutivo a su familia. El hecho de llamarla por su nombre implicaba falta de confianza y parecía acentuar la falta de armonía verdadera que existía entre ellos.

Durante seis días estuvieron juntos cada minuto del día y de la noche y todo este tiempo permanecieron tan cerca físicamente como dos seres humanos podían estarlo, respirando aun el mismo aire.

Sin embargo, a pesar de haber estado tan unidos, eran todavía dos extraños en muchos aspectos, pues no sabían nada de sus pensamientos y sentimientos más íntimos.

Los servicios del hotel también incluían el telegráfico. Wolfe recibió un buen número de mensajes, pero no se los mostró, diciéndole que ahora ella ya no necesitaba preocuparse por negocios.

La mañana del séptimo día en el Schloss Fuschl, él le avisó que tenía que viajar a Londres.

—No es necesario que me acompañes. Si no puedo regresar esta noche, estaré aquí mañana, antes de la hora de la comida. Puedes aprovechar este tiempo para recargar tus baterías, como dicen —comentó burlón.

Él no le había explicado por qué era necesario interrumpir su luna de miel, y ella titubeó en preguntárselo. Tampoco había dicho nada sobre cuánto tiempo iban a permanecer en Austria ni ella se lo

preguntó. Esto probablemente dependería de cómo se sintiera o como lo estuviera pasando, quizá todavía no había llegado a aburrirse.

Le despidió en el aeropuerto de Salzburgo y pasó el resto de la mañana en la ciudad.

Cuando, se encontró sola en su suite, sin nada que hacer, excepto escuchar música en la radio o escribir mensajes en las postales que había enviado, comenzó a preocuparse por algo que hasta entonces había intentado ignorar.

¿Había ido su esposo a Londres para aclarar las noticias de su matrimonio a la aristócrata mujer inglesa que tanto tiempo había estado unida a él?

¿Habrían comido juntos? ¿Habría ocultado Belinda su angustia detrás de una apariencia valiente, haciéndole sentir agradecimiento hacia ella por haberlo tomado de tan buena manera? Agradecimiento y también pena de que una larga y agradable relación hubiera llegado a su fin; ¿y si Wolfe, arrepintiéndose de lo que había hecho, había decidido que no era necesario romper sus relaciones si ella estuviera dispuesta a continuar?

Recorriendo la lujosa habitación privada en una agonía de celosas conjeturas, Susy tuvo la seguridad de que ninguna mujer que hubiera amado a Wolfe escatimaría esfuerzo alguno con tal de mantenerlo dentro de su vida.

Ella misma había accedido a ser su esposa, sabiendo que él no la amaba. ¿Sería más fuerte Belinda? Todas las evidencias estaban contra esto. ¿Si ella no había tenido objeciones en compartirlo con Jacqueline y Dena Sawyer, por qué habría de hacerlo con Susy?

Quizá en este preciso momento, ellos se encontraban en la cama de la suite del Connaught.

Odiándose a sí misma por concebir tan horribles sospechas, pero incapaz de rechazarlas como imposibles, Susy continuó vagando sin descanso hasta que una doncella vino a correr las cortinas y a preparar la cama.

Más por hacer tiempo que por hambre, Susy llamó al servicio y pidió una cena ligera, una botella de champán Dom Ruinart, la misma que habían bebido en la cena de la noche anterior. Pronto se arrepintió de haber pedido el champán, pues ella había preferido una botella de agua mineral Apollinaris. Se preguntaba lo que el

camarero estaría pensando, mientras descorchaba la botella.

Entonces se dio cuenta que preocuparse por la opinión de otras personas acerca de sus actos era una actitud pueblerina que irritaría a Wolfe si lo llegara a saber. Sus padres podrían pensar que se encontraba en el camino hacia la ruina si pudieran ver su cena, pero el camarero estaba acostumbrado a gente que, si se le ocurría fantasear, pediría caviar en el desayuno y mimosas a media mañana. Debía hacer un esfuerzo para mantener una apariencia más internacional, acorde a su nuevo papel como la señora de Wolfe Vyner, esposa de un magnate internacional.

La señora Walker, la seria viuda joven de Yorkshire, ya no existía. Su segundo matrimonio la había convertido en una ciudadana del mundo, a semejanza de su esposo y, como tal, tenía la obligación de cuidarse para mantener una imagen de acuerdo con su posición.

La primera copa de champán abrió su apetito. Había pedido que le sirvieron sopa fría de aguacate, seguida de huevos revueltos en croute con frutas, y una ensalada de pepinos aderezada con ajo, aceite y vinagre de vino blanco.

Su segundo vaso le hizo olvidarse de Wolfe y de lo que posiblemente estaría haciendo.

Había pedido una taza de café. Parecía que por vez primera el impecable servicio del hotel había fallado, hasta que, a poco de saborear el último bocado de su postre, escuchó una llamada en la puerta y era de nuevo el camarero.

—¿Quizá a la señora le agradaría tomar el café al lado del fuego? —sugirió él.

—Sí… gracias. Eso sería perfecto.

Se levantó y se dirigió a uno de los sofás. El camarero colocó la bandeja con el café sobre la mesa. Habiendo puesto la copa y el recipiente con hielo a su alcance, dobló el mantel, recogió los restos de la comida, bajó las hojas plegables de la mesa donde había comido y la colocó en otro lugar de la habitación, deseándole una noche tranquila antes de cerrar la puerta.

En la bandeja había un plato que contenía algunos de los tentadores bombones hechos a mano, que ella había visto a la venta en Salzburgo. Se sirvió una taza con café, le añadió crema y probó uno de esos dulces de chocolate, relleno de fruta y licor.

Había comido dos bombones más y estaba a la mitad de su tercera copa de champán, cuando sonó el teléfono. La extensión de la habitación se encontraba en la mesa que estaba al lado del otro sofá. Mientras cruzaba la alfombra de piel, se dio cuenta de que estaba ligeramente mareada. El licor de los dulces, aunque ínfimo, debía ser más fuerte de lo que imaginaba.

¿Sí?

—¿Te sientes muy sola sin mí?

—¡Wolfe! —No esperaba que la llamara y el sonido de su voz hizo que su corazón se acelerara.

—¿Qué es lo que estás haciendo?

—Yo… yo acabo de cenar y estoy sentada frente al fuego comiendo bombones —dudó un momento antes de preguntarle—. ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Estoy bebiendo vino hablando a alguien que también está comiendo bombones. Le he comprado una gran caja de sus dulces favoritos esta tarde. Ella desearía hablar contigo.

—Querida, estoy tan feliz de saber que Wolfe al fin ha encontrado a la compañera de su vida. Estaba comenzando a temer que nunca hallaría alguien que lo llenara. Pero ahora todo está bien. Deseo convertirme en bisabuela antes de dejar este mundo.

Después de hablar con la anciana durante algunos minutos, la mujer le pasó el auricular a Wolfe.

—Como te habrás imaginado, no he podido tomar el último vuelo a Salzburgo, así que he decidido pasar la noche en París. Llegaré al mediodía —dijo él.

—Oh… muy bien. Hasta mañana, entonces. Gracias por llamarme. Buenas noches, Wolfe.

Él dijo en francés:

—Duerme bien, mi única amada.

Pero mientras colgaba el auricular, la felicidad sentida, al haber podido oír su voz y por la agradable reacción de la abuela ante su matrimonio, empezó a desvanecerse por la suposición de que quizá Belinda no había podido retenerle en Londres, pero que una noche en la cama de Jacqueline sería una gran tentación.

La abuela de Wolfe no le reprochó el haber abandonado a Susy a la mitad de la luna de miel, ya que posiblemente imaginaba el motivo que le obligaba a hacerlo. Si hubiera pensando que los

negocios habían sido la causa de su falta, sin duda habría manifestado su desaprobación por haberla dejado sola, en lugar de mostrar su descontento por haberse casado con ella. Pero obviamente, con su amplio conocimiento del mundo y de los caminos errantes de su nieto en particular, debía sospechar que la razón había sido que existían otras además de ella, a quienes debía informar de su matrimonio antes de que éste se hiciese público.

Susy terminó su champán en la cama. La mezcla de bombones y el champán le Hizo dormir tan pronto como se acostó.

A la mañana siguiente se sentía muy mal, lo que indicaba que el champán que bebió no le había sentado bien, a no ser que el dolor de cabeza fuera la consecuencia de haber comido demasiados bombones.

Como no tenía apetito se dio una ducha, pero no le hizo sentirse mejor. Antes de recurrir a los analgésicos, pidió café y tostadas. Tenía que estar en forma antes que Wolfe regresara. Una cara descolorida podría inspirar ternura a un hombre enamorado, pero no a su esposo.

Tomó café solo y una tostada sin la mantequilla ni la jalea de cereza negra con que la había comido los días anteriores.

Luego, al sentir un ligero dolor en la parte inferior de su abdomen, se percató de que su malestar no era solamente el resultado del exceso de alcohol que había ingerido la noche anterior.

Con la mente tan ocupada, había olvidado la fecha. Dándose cuenta de que a pesar de los excesos emocionales de las pasadas tres semanas su cuerpo continuaba manteniendo su rutina, dio un quejido de desaprobación.

Ahora no solamente Wolfe se debería abstener de hacerle el amor por unos días, sino que podría empezar a arrepentirse de haberse casado tan precipitadamente. Susy pensaba que él deseaba que se quedara embarazada, pero no sólo Wolfe sino que también ella lo deseaba inmediatamente.

Fue a pasear por el jardín después del desayuno, el aire fresco y el ejercicio la hicieron sentirse casi normal.

Cuando, un poco después del mediodía, el Rolls Royce se detuvo en frente de la entrada principal, ella ya estaba esperando a su esposo, vistiendo un atuendo que le sentaba muy bien y que él no

había visto antes. Le lanzó una alegre sonrisa de bienvenida.

Como era usual en él, había viajado sin más equipaje que un pequeño maletín y llevaba una bolsa de plástico dorada y negra de las librerías londinenses.

—Pensé que te gustaría leer los últimos *best sellers* ingleses —dijo, después de haberla besado en la mejilla.

—Sí, me agradaría… qué amable… gracias. ¿Has tenido buen viaje? —preguntó ella mientras entraba en el castillo. El no haber preguntado le hubiera parecido extraño.

—Sí. Siento haberte dejado sola, pero tenía que hacer este viaje. Creo que esta noche deberíamos ir a una cervecería. ¿O no te apetece?

El repentino cambio de tema no le pasó inadvertido.

—Me gusta probar de todo una vez —contestó ella, con fingida alegría.

—Muy bien, hay muchas cosas que no conocemos todavía.

Iban subiendo por la escalinata y la amable mirada que le dirigió le hizo comprender que no se refería a las atracciones turísticas de la localidad.

—¿Las hay? —Ella no podía imaginar cuáles. Él le había enseñado tantas variaciones que no podía imaginar que hubiera más.

Cuando llegaron a la habitación, él colgó el letrero de no molestar en la puerta exterior, la cerró y le puso el seguro. Tirando su maletín y la bolsa con los libros sobre una silla, él abrió los brazos.

—Ahora podemos saludarnos como deben hacerlo dos recién casados.

Ella dio unos pasos hacia Wolfe, entonces se detuvo. Sabía que la mayoría de las mujeres son menos deseables en este período mensual.

—Me temo que estoy… fuera de combate en estos momentos.

—En tal caso tal vez prefieras posponer la experiencia de la cervecería y pasar esta noche leyendo uno de los libros que te he traído.

—No, no… no me siento mal. Me encantaría salir esta noche.

Wolfe se dirigió con rapidez hacia el teléfono.

—Ya veremos cómo nos sentimos más tarde. Por el momento,

me gustaría tomar un aperitivo.

Cuando escuchó que estaba pidiendo champán, quiso interrumpirle para decirle que ella no le apetecía, pero decidió no decir nada. Cuando sirvieron la bebida, intentó terminar su primera copa, mientras él bebía el resto.

Sin embargo, después de los dos primeros sorbos bebidos a desgana, advirtió que el champán no había disminuido su dolor de cabeza ni las náuseas, pero pareció calmar sus molestias.

Después de la comida, Wolfe le sugirió que leyera unas revistas mientras él iba a correr, porque no había podido hacerlo esa mañana en París.

¿Por qué no lo había hecho?, se preguntaba ella, después que él se marchó.

¿Acaso había pasado la noche con Madame Dupont? ¿Quizá la astuta Jacqueline lo había persuadido para que se quedara a su lado hasta el último momento?

Susy reconocía que sus sospechas eran infundadas y que se estaba preocupando sin razón pues Wolfe había regresado. Había podido inventar una excusa para quedarse otra noche pero no lo hizo. Una esposa siempre ocupa un lugar más importante que una amante.

Cuando él volvió de correr se dio una ducha. Después, cogió uno de los seis libros que le había traído de Hatchards y muy pronto estuvo abstraído en la lectura.

Ya que era obvio que encontraba el libro de Dick Francis muy emocionante, Susy no tuvo objeciones cuando él le sugirió de nuevo cenar en el hotel.

Poco después de la cena, Wolfe continuó leyendo y ella aprovechó la oportunidad para darse un baño tranquilamente y prepararse una mascarilla, cosa que no podía hacer cuando él estaba presente.

Después, ella regresó a la habitación vistiendo su ropa de noche.

—Voy a irme a la cama temprano como tú me has aconsejado.

Él levantó la vista.

—¿Te gustaría tomar un chocolate caliente o alguna otra cosa más?

Ella negó con la cabeza.

—Sí ya estás dormida cuando yo vaya, trataré de no molestarte

—él continuó leyendo.

Colocando sus dos almohadas y la de Wolfe, que nunca usaba, Susy se sentó cómodamente para continuar leyendo el libro que había empezado.

Leyó cerca de una hora, entonces sacó dos de las almohadas, apagó la lámpara y se acostó. Tratando de evitar que su mente vagara con pensamientos indeseables, comenzó a pensar en la próxima visita a su familia.

Durante un momento se encontró en una habitación de la granja de los Walker… pero enseguida se dio cuenta de que estaba sentada en la cama entre los brazos de Wolfe, temblando por el horror de su pesadilla.

—Estaba soñando. Ya ha pasado —acercándola a sí él acarició su espalda.

La había despertado la luz; ese brillo que provenía de la lámpara que se encontraba sobre la mesita de noche, tan diferente de la luz de un atardecer invernal en aquella lejana habitación de Yorkshire en donde…

Todavía desorientada, presa de aquellas espantosas imágenes del pasado, Susy rompió a llorar.

Wolfe la abrazó aún más, acariciando su cabello, dejándola llorar, con la cara apoyada contra su hombro. Cuando ella estuvo más calmada, él cogió unos pañuelos desechables que estaban sobre la mesita de noche y los puso en sus manos.

—Ahora vuelvo —dijo, saliendo del dormitorio. Wolfe estaba completamente vestido y las luces de la otra habitación continuaban encendidas. Quizá él había estado leyendo todavía cuando escuchó su grito de terror.

Ella miró a través de sus pestañas húmedas por las lágrimas, su reloj de pulsera, que estaba sobre la mesita, eran más de las doce.

Él volvió con una bandeja, en la cual había una botella de vino, un vaso y pequeño recipiente con hielos. Él vertió algo de líquido en el vaso, lo diluyó con soda y se lo dio, sentándose y ayudándole a sostener el vaso en un lado de la cama, mientras ella ingería la bebida.

—Lo siento, Wolfe —dijo, después de beber lo que su marido le había preparado.

—No necesitas disculparte, querida.

Él encendió la radio, sintonizando dos o tres emisoras hasta que halló una música tranquila y placentera. Ella supo que él estaba haciendo todo lo posible para hacerle olvidar el horrible sueño.

—Ya he terminado el libro. Me acostaré —le dijo él.

Se levantó y empezó a desvestirse.

Después de haber apagado las luces, él se acercó a ella y la abrazó contra su pecho. Como siempre, se había acostado desnudo, pero esa noche Susy llevaba puesto su camisón.

—Buenas noches, Susana —él acarició con un beso su hombro.

—Buenas noches —mentalmente ella añadió «mi amor».

En esos momentos, abrigada y segura entre sus brazos, era muy fácil imaginar que él la amaba.

A la mañana siguiente corrieron como acostumbraban.

Durante el desayuno Wolfe la sorprendió al preguntarle: ¿Qué fue lo que soñaste?

Susy lo había olvidado ya y no le agradaba que se lo hubiera recordado. Como no deseaba hablar de ello, contestó con cierta indiferencia.

—Oh… fue muy confuso. Tú sabes cómo son los sueños.

Él le dirigió una larga mirada intencionada.

—Estabas llamando a tu primer esposo.

Ella quedó petrificada, tratando de no dejar que el sueño reviviera, pero Wolfe siguió hablando de lo sucedido.

—¿Sueñas frecuentemente con él?

—No. No, sólo algunas veces. Yo, me dormí pensando en Yorkshire, quizá por eso soñaba con Chris, pero hablemos de otra cosa. ¿Qué vamos a hacer hoy?

Él la miraba, pensativo a través de la ventana. Susy presintió que Wolfe estaba aburrido y cansado, aunque reconocía que posiblemente era imaginación suya; sin embargo, su sospecha se confirmó cuando Wolfe dijo:

—Tal vez deberíamos volar a Génova y navegar en velero. Hace mucho tiempo que no he estado allí.

Ya llevaban casados tres semanas, cuando llegaron a Yorkshire a visitar a la familia de ella. Para entonces, Susy estaba convencida de que Wolfe lamentaba haber perdido su libertad.

Él lo disimulaba con mucho esfuerzo, pero ella le conocía desde hacía mucho tiempo y sabía que algo le estaba carcomiendo. Le

hacía el amor todas las noches. Pero después, en lugar de quedarse dormido, esperaba hasta que consideraba que ella ya estaba dormida y, entonces, teniendo cuidado de no despertarla, abandonaba el lecho y salía de la habitación.

Algunas veces, ella le miraba disimuladamente para no sorprenderle cuando la observaba fijamente.

Cada vez que lo sorprendía, él hacía un comentario halagador sobre sus pestañas, o sobre sus oscuras cejas que contrastaban con su natural cabello rubio.

Sin embargo, Susy sentía que en realidad él no había estado contemplándola. La expresión de sus ojos no manifestaba admiración sino más bien insatisfacción, como si se arrepintiera de haberla elegido a ella para ser la madre de sus hijos.

Susy creía que lo que le había irritado era el no haberse quedado embarazada ya. Quizá le preocupaba que, entre todas las mujeres que había podido escoger para esposa, se había decidido por una que iba a tener problemas en concebir, o tal vez sería estéril.

Pero si realmente lo que pensaba era cierto, lo más normal es que Wolfe hubiera hablado con ella, aunque esto no serviría de mucho, ya que no se solucionaría el problema. Sin embargo debía confesarle que había hecho todo lo posible por engendrar ese hijo y que por lo tanto uno de los dos había fallado, aunque seguramente él la haría totalmente responsable.

Viajaron a Yorkshire en avión, luego alquilaron un coche, desde Leeds hasta Brockthorpe.

—Hace algún tiempo que no ves a tu familia. ¿Estás nerviosa? —le preguntó Wolfe, cuando se encontraban a unos pocos kilómetros del lugar donde había nacido.

Ella murmuró asintiendo, pero en realidad, aprensión era el término más exacto para su estado mental en ese momento. Le preocupaba que ellos no le pudieran agradar y de que encontrara la visita aburrida y, por lo tanto, otra razón para arrepentirse de su precipitado matrimonio. Sabía que si él los encontraba tediosos, ellos nunca se darían cuenta. Pero podía conseguir que su presencia fuera requerida en Londres y poner de esta manera fin a su aburrimiento.

Llegaron a la casa de los padres de Susy, encontraron a toda la familia junta para recibirlos. Su madre y sus hermanas, con el

cabello recientemente arreglado, los hombres con sus impecables trajes, servicio de té sobre el mejor mantel preparado en la mesa del comedor.

Ella había telefoneado dos veces la semana anterior. En las dos ocasiones intentó convencer a su madre para que se comportaran lo mejor posible cuando llegaran; pero no sólo demostraron ser una maravillosa familia cuando los recibieron sino que la señora Campbell se había tomado tantas molestias como si hubiera sido una visita de la Reina.

Si se hubiera sentido feliz y relajada, Susy hubiese podido disfrutar de ese agradable recibimiento. Pero, debido a su preocupación, le supuso un gran esfuerzo tener que presentar a su esposo a todos sus parientes al mismo tiempo.

Fue la amabilidad de Wolfe lo que relajó la tensión del momento. A los primeros diez minutos de haber entrado en la casa, él logró la serenidad entre todos los presentes.

A pesar de ello, Susy deseaba irse a un lugar más tranquilo y espacioso.

Había un buen hotel campestre a un par de kilómetros, fuera de Brockthorpe, en la primera conversación telefónica que sostuvo con su madre, le había hecho saber que ellos deseaban pasar la noche allí. Pero parecía que la señora Campbell había echado a perder este plan, convenciendo a su esposo de que preparara la habitación de los huéspedes.

—Pero, mamá, hemos reservado una habitación en El Cortijo. Wolfe es demasiado alto para dormir confortablemente en una cama ordinaria. En América, ellos tienen camas grandes —protestó Susy, tratando de encontrar una razón para evitar dormir en la no muy confortable habitación de huéspedes, donde cada movimiento hacía crujir los resortes de la vieja cama y donde cada sonido mayor que un murmullo, sería audible en la habitación de sus padres a través del angosto pasillo.

Para colmo de los males había sido Wolfe quien la interrumpió para decir:

—Dudo que las camas en El Cortijo sean más amplias que las de aquí. Fácilmente podemos telefonear y cancelar nuestra reserva si es que usted, señora Campbell, está segura de que no hay problema para dormir arriba.

—De ninguna manera. Deseamos teneros entre nosotros y nos sentiríamos ofendidos, si fueseis a cualquier otro lugar, ¿no es así, querido? —dijo a su esposo.

—Por supuesto. Os ayudaré a traer vuestro equipaje —se ofreció el padre, esperando, sin embargo, que ellos cogieran las maletas más grandes y pesadas.

Pero en realidad sólo traían dos pequeñas. Susy había dejado la mayoría de su ajuar, incluyendo la piel, en el Connaught.

Más tarde, cuando sus hermanas y los esposos de ellas se llevaron a sus hijos, el ruido disminuyó y ella comenzó a sentirse menos nerviosa.

Cuando se quedaron los cuatro solos, su madre le recordó al señor Campbell que pronto sería la hora de la cena.

—Tienes razón, querida. El asado está resultando perfecto, pero debo tener cuidado en la verdura.

El saber que pronto iba a tener otra sustanciosa comida hizo que Susy dijera:

—No preparen demasiadas cosas, no comemos tanto como vosotros.

Su madre dijo:

—Deberías comer más hija. Cada vez que te veo estás más delgada. ¿No piensas que está adelgazando demasiado, Wolfe?

—Oh, mamá, ¡por amor de Dios! Acabamos de comer suficientes pasteles como para hundir un buque de guerra. En lugar de reprenderme por estar delgada, deberías regañar a las otras para que rebajaran peso. ¡Elena está muy gorda e incluso resulta fea!

Pero inmediatamente se arrepintió de haber hablado así de su hermana.

Su madre dijo, enfadada.

—No deberías hablar así, Susy. Elena puede estar un poquito gordita, pero no puede evitarlo. Así es su naturaleza y así le gusta a Bob.

En lugar de disculparse por su comentario anterior, Susy se sintió impulsada a decir:

—Espero que tengas razón, porque al paso que va…

En este punto Wolfe, intervino.

—Susy está más delgada que sus hermanas, señora Campbell, pero no debe preocuparse por su salud. Está muy bien. Aunque

haya estado gordita cuando era más joven, creo que es de naturaleza delgada y así es como me gusta —añadió sonriendo.

Susy se emocionó cuando vio que Wolfe la defendía y sintió una gran alegría al oír que se dirigía a ella llamándola Susy en vez de Susana; era la primera vez que utilizaba el diminutivo.

Necesitaba tiempo para calmar sus alterados nervios, así que dijo:

—Creo que subiré y guardaré nuestras cosas.

Llevaba ya bastante tiempo en el piso de arriba, cuando Wolfe entró en la habitación, llevaba una copa de vino dulce, que su madre acostumbraba a beber en las ocasiones especiales. Su padre siempre bebía un vaso de *whisky* después de la cena, pero los Campbell nunca tomaban vino con las comidas y consideraban que el champán era solamente para las recepciones de bodas y fiestas de cumpleaños. Se escandalizarían si supieran con cuánta frecuencia lo bebían ellos.

—La comida estará preparada dentro de veinte minutos —le dijo él.

Ella cogió la copa que Wolfe le ofrecía.

—Gracias. El baño está al lado, si deseas lavarte las manos.

—Gracias —él se sentó encima de la cama, que rechinó bajo su peso.

Susy sorbió un poco de vino, hizo una mueca al probar el sabor dulzón y dejó la copa al lado.

—¿A ti te han ofrecido algo de beber?

—Sí, pero no he querido tomar nada. Tu padre sugirió que fuéramos a una taberna después de la comida, y me parece una buena idea pues nunca he estado en las afueras de Londres, además tendrás la oportunidad de hablar a solas con tu madre.

—No quiero hablar con ella. Sé que lo que voy a decir es detestable, pero ya no tengo nada en común con mi madre ni con mis hermanas. Sólo nos une el pasado, pero si nos referimos al presente y al futuro, no lograremos entendernos, nuestro lenguaje es completamente diferente. Ya no pertenezco a su mundo… y no pertenezco al tuyo tampoco.

Su voz se quebró. Con rapidez se volvió hacia la ventana, y el paisaje familiar que solía contemplar a través de los cristales se iba borrando a causa de las lágrimas, que intentaba contener.

Los resortes rechinaron de nuevo cuando él se levantó. Momentos después las manos de Wolfe descansaban sobre sus hombros mientras permanecía detrás de ella, mirando sobre su cabeza el bien cuidado jardín.

—¿Es el pasado lo que te preocupa? —preguntó él apaciblemente—. Te sigues acordando de él, ¿no es así?

La última pregunta fue tan inesperada que, con un nudo en la garganta, Susy no pudo responder de inmediato.

Antes que ella hablara, él prosiguió:

—No podemos seguir ignorando algo que es crucial para nuestra vida. Cuando sugerí que nos casáramos, nunca imaginé que todavía estuvieras enamorada de tu esposo… o que yo estaba enamorado de ti.

Estupefacta, se volvió rápidamente, encontrándose con el rostro masculino.

—¿Qué… qué has dicho?

—No te lo iba a decir. Pensé que aumentaría tu sufrimiento si te hubiera pedido algo que no podrías darme. Pero creo que debemos ser honestos el uno con el otro. No podemos seguir ocultando nuestros sentimientos. Sé lo que sientes por Chris, y ahora ya sabes lo que siento por ti. Si lo intentamos podemos llevarlo a cabo. Los matrimonios, se han edificado con menos —dijo él, apacible.

Ella apoyó sus manos sobre el pecho de él.

—¡Oh, Wolfe… querido Wolfe… estás tan equivocado! No he estado sufriendo por Chris. Yo nunca pienso en él ahora… ni aun mañana, si regresara aquí. Todos mis pensamientos son para ti, mi corazón ha estado sufriendo por ti.

Él la miró y ella vio la incertidumbre en sus ojos.

—Hannah me aconsejó que no me enamorara de ti, pero lo hice. Desde el primer día que nos conocimos, supe que no existía otro hombre que pudiera compararse contigo. Tú eres todo lo que yo admiro, respeto, y valoro… ¡y aparte de eso te encuentro terriblemente atractivo! Si eso no es amor, no sé por qué podrá ser. ¿No se te ha ocurrido pensar que una chica chapada a la antigua como yo, no hubiera ido a la cama contigo si no hubiera estado loca por ti?

—Sí, lo he pensado muchas veces —añadió él—. Especialmente cuando descubrí que era tu primer amante. Antes de eso no estaba

seguro de lo que hacías en tu vida privada. Una vez te vi en París, en un café al aire libre, acompañada de Roberto Marigni. Yo pasaba en un taxi. Me molestó que siguieras viéndole y no podía soportar la idea de que te acostaras con él; en realidad sentía celos, pero yo no me había dado cuenta de eso. No supe que te amaba hasta esa noche en Austria, cuando despertaste llorando y llamando a Chris. Oh, Susy… Susy…

Sus fuertes brazos se pusieron tensos. Cuando ella cerró los ojos, su cálida boca se posó sobre la suya en un beso largo y apasionado.

Después de mucho tiempo, Susy dijo:

—Hay algo que no te había dicho porque trataba de olvidarlo. Chris no murió a causa de sus heridas, el se suicidó. Lo hizo para evitar que yo estuviera atada a alguien que siempre tendría que cuidar y que nunca podría ser un padre… o un esposo en todos los sentidos. Esa noche en Austria, estaba soñando con aquel día en que sucedió todo. Estábamos viviendo con sus padres, que habían salido de fin de semana, porque su madre necesitaba descansar. Ella lo pasó muy mal como te podrás imaginar. Yo había salido y cuando regresé era… demasiado tarde. Lo peor de todo fue que después de un tiempo, cuando me repuse de la impresión, lo que sentí fue… alivio.

—Ésa fue una reacción natural, no debes sentirte culpable por ello. Eras muy joven para estar casada —dijo Wolfe con delicadeza —. El matrimonio es para gente adulta, y nadie es adulto a los diecinueve.

—Lo sé. Más tarde le eché la culpa a mis padres por no haber impedido que me casara. Por supuesto que, legalmente, ellos no tenía poder para impedir nuestro matrimonio, pero hubieran podido influir en nuestra decisión. Por desgracia, mi madre piensa que el matrimonio es la meta a la que debe llegar la mujer. Quizá sea cierto, pero es necesario conocer otras opciones antes de elegir ésta definitivamente —alzó su rostro para que la besara de nuevo.

* * *

Unos días más tarde, en Londres, mientras salía de James Drew, donde había comprado una camisa de seda, Susy encontró a Belinda

Stratton.

Para entonces Susy no dudaba de que la pasión de su esposo por ella excluía cualquier posibilidad de haber continuado con sus antiguos romances; estaba segura de que no había otra mujer en su vida.

Tan segura estaba de la fidelidad de Wolfe que fue capaz de decir serenamente:

—Hola. ¿Cómo estás?

—Oh… Susana… buenos días —contestó Belinda, desconcertada.

Susy advirtió que Belinda no era feliz, compadeciéndose sinceramente de ella; sentía lástima por aquella mujer que había perdido al hombre que ella amaba tanto.

Intercambiaron unas cuantas palabras y enseguida se despidieron, Susy pasó por el Burlington Arcade para ir a comer a su hotel.

Wolfe ya estaba allí. Hace tiempo no hubiera mencionado su encuentro con Belinda, pero ahora ya no había secretos entre ellos. Hubiera parecido algo falso si no se lo hubiera dicho.

—Sí, yo también la encontré en mi camino de regreso al Christie's. Si no estás muy ocupada esta tarde, me gustaría que fuéramos a ver un par de esculturas que tienen allí.

Inmediatamente comenzó a contarle cómo eran estas obras de arte, sin darle importancia al encuentro casual con Belinda, no hace mucho tiempo, Susy hubiera pensado que esta falta de interés era fingida.

Ahora su confianza en él era completa y firme.

Ella se dirigió a su habitación para probarse su nueva blusa de seda.

Wolfe la siguió.

—Quizá en lugar de buscar esculturas deberíamos empezar a pensar en dónde colocarlas permanentemente. Aunque la pregunta primordial es dónde vamos a instalar nuestra casa.

—Dónde tú prefieras —dijo la chica.

Ella terminó de desabrocharse la blusa que había usado para ir de compras y la dejó a un lado. Y en lugar de probarse la nueva, se dirigió hacia él y le abrazó.

—«Casa» para mí significa exactamente esto —manifestó

mientras se apretaba contra él.

FIN



JAY BLAKENEYL (nació 20 de junio 1929 en Inglaterra y falleció 24 octubre de 2007) fue una periodista británica, conocida como escritora de novelas románticas bajo los seudónimos Anne Weale y Andrea Blake. Publicó su primera novela romántica como Anne Weale en 1955 y su última novela en 2002. Escribió más de 88 libros para Mills Boon 1955-2002. En el momento de su muerte estaba escribiendo su autobiografía llamada «88 Héroes… 1 *Mr* derecha».

Weale comenzó su carrera como escritora cuando aún estaba en la escuela, historias cortas para una revista femenina. Más tarde, trabajó como periodista para seguir su carrera y perfeccionar su escritura. Trabajaba como reportero para tres diferentes periódicos británicos hasta que decidió centrarse más exclusivamente en sus novelas.